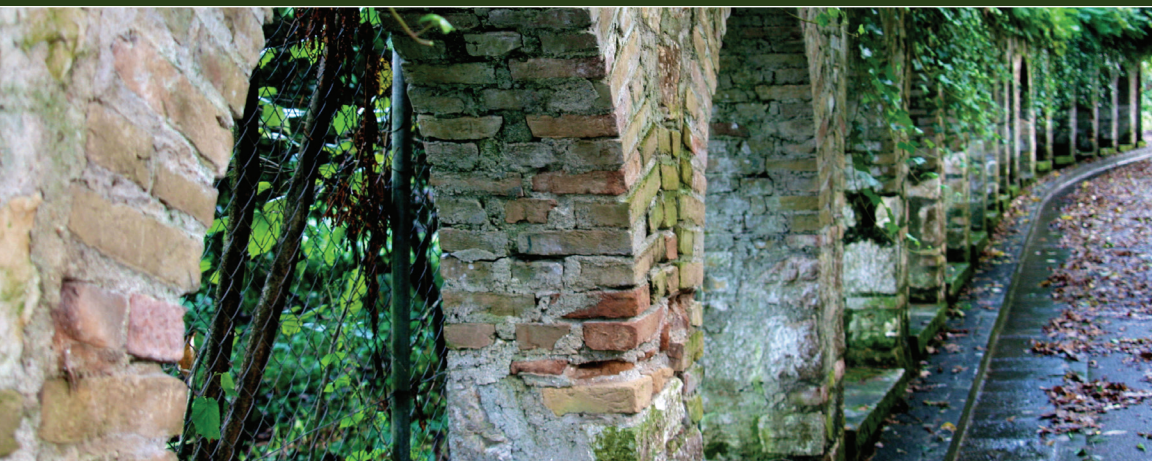


La gracia salvadora



La gracia salvadora



LA VERDADERA IGLESIA DE JESÚS

Asamblea General de La Verdadera Iglesia de Jesús en los EE.UU.

21217 Bloomfield Avenue

Lakewood, CA 90715, USA

www.tjc.org

usga@tjc.org

© 2015 La Verdadera Iglesia de Jesús

Si deseas saber cuál es la congregación más cercana o deseas obtener el catálogo de nuestras publicaciones, por favor, mándanos un correo electrónico a la dirección especificada arriba o visita nuestro sitio web.

Las citas bíblicas contenidas en el presente libro son de la versión Reina-Valera 95® © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995, a menos que se indique lo contrario.

ISBN-13: 978-1-930264-19-9

*La gracia
salvadora*

Índice

Introducción	5
I. Venir a Dios	6
1. Encontrada por mi Padre celestial	7
2. Encontrar a Dios	12
3. Victoria sobre los espíritus malignos	18
4. En busca de una esperanza y un propósito	25
5. Cómo encontré a mi familia espiritual	32
6. Las puertas de la salvación y nuestro padre.....	38
7. Conmovido por Dios.....	42
8. Mi camino hacia la salvación	47
9. Verdadero sosiego	50
10. Una nueva vida a través de Dios	53
11. La misericordia de Dios sobre mi familia	60
12. Cómo fui escogida por Dios.....	68
13. El Espíritu vivificante de Dios.....	77
14. Jesús guarda a los suyos hasta el fin.....	85
15. Iré una vez más	90
16. En mi desesperanza conocí a Dios.....	95

II. Perdido y encontrado	100
1. Dios ha estado siempre conmigo	101
III. Milagros de sanación	108
1. En sus manos	109
2. Dios obra de maneras misteriosas	114
3. Maravillosa gracia, maravillosa sanación	118
4. Mi travesía cristiana	122
5. En memoria del décimo aniversario de la gracia de Dios	127
6. La paz trascendental de Dios	133
IV. Visiones provenientes de Dios	138
1. Mi Padre celestial	139
2. Convocado a salir del mundo	141
3. Bendiciones sobre bendiciones	145

Introducción

“Nacemos desnudos, húmedos y hambrientos. Después la cosa empeora.”

– Autor desconocido

Ciertamente, no toma mucho tiempo para que la inocente felicidad de la infancia desvanezca y dé paso a las duras realidades de la vida. Algunos dicen que la vida consiste simplemente en reemplazar una preocupación por otra. A veces estas preocupaciones nos derrocan violentamente: enfermedad, desempleo, depresión, soledad, y la lista continúa. En este tipo de situaciones desesperantes, la gente a menudo se pregunta: “¿A alguien le importa lo que me está pasando? ¿Es este el final? ¿Por qué a mí?”. Muchos se habrán preguntado las mismas cosas, pero ¿alguien halló alguna vez las respuestas?

De hecho, muchos han encontrado las respuestas a estas preguntas en Cristo al hallar paz en momentos difíciles y alegría en momentos de soledad. En este libro, tales individuos comparten sus propias experiencias acerca de la gracia salvadora de Dios y narran cómo Jesús los ha rescatado de los problemas de esta vida y les ha dado esperanza en la vida venidera.

De la misma manera en que Jesús les dio esperanza a estos creyentes, Él puede hacer lo mismo por nosotros. Jesús mismo ha dicho que Él ha venido “a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Sólo Jesús puede llenar el vacío de nuestros corazones. Sólo Jesús puede liberarnos de nuestros problemas, reparar lo que está dañado y concedernos paz verdadera.

Las experiencias compartidas en LA GRACIA SALVADORA revelan que Jesús conoce nuestros problemas, sabe cuáles son nuestras debilidades y entiende nuestras necesidades. Las respuestas a todos nuestros problemas pueden ser encontradas en Cristo. Él nos da a todos una esperanza y un futuro cuando nos trae a su redil. Muchos ya han descubierto la gracia salvadora que ofrece Cristo. ¡Ven y disfruta hoy de la gracia salvadora de Dios en La Verdadera Iglesia de Jesús!

Venir a Dios

I

1. Encontrada por mi padre celestial

Autora: Alice Jung

Lugar: El Monte, California, EE.UU.

Nunca olvidaré el día en el que el Espíritu Santo llegó a mi vida. Sucedió en el verano de 1986, el final de mi segundo año en la universidad. Nunca pensé que iría a la ciudad de Nueva York por mi cuenta, y mucho menos a una iglesia. Sin embargo, allí estaba, en La Verdadera Iglesia de Jesús en Queens, Nueva York.

En esa época, vivía en un pequeño pueblo universitario en el centro de Texas. Mi familia era atea, con excepción de mi madre, quien apenas había comenzado a interesarse por La Verdadera Iglesia de Jesús. Antes de viajar a Queens, sólo tuve dos encuentros con la iglesia a causa del aliento de mi madre.

No me sentía cómoda con la manera en que la gente oraba en la iglesia, pero estos primeros encuentros despertaron en mí cierta curiosidad por el Dios que los miembros predicaban. Me impresionó cómo siempre utilizaban la Biblia como referencia para responder mis preguntas. También sentí cierto calor durante una de mis oraciones.

Sin embargo, fue necesario un milagro para que decidiera ir a Nueva York para participar de un evento especial de la iglesia. Para alguien sin ningún trasfondo religioso como yo, asistir a una convocatoria espiritual, donde lo único que se hace es orar y escuchar sermones todo el día, puede ser algo muy aburrido e intimidante.

Por lo tanto, originalmente lo que tenía planeado era pasar sólo un par de días en la iglesia para que los jóvenes que había conocido en Texas me pudieran llevar a conocer la ciudad de Nueva York. Luego, tenía planeado visitar a una amiga en Boston.

Podemos planear como queramos, pero el plan que Dios tiene para nosotros puede resultar muy diferente. Recuerdo cómo los hermanos y hermanas en Queens me recibieron tan pronto llegué a Nueva York y me hicieron sentir

como en casa. De hecho, sentí como si hubiera vuelto a mi propia casa a pesar de que sólo conocía a un par de personas allí. Sentí una fuerte atracción por las palabras que escuché durante los sermones y por el amor que los hermanos y hermanas de la iglesia me mostraron.

Algo maravilloso sucedió. Era la hora de la oración vespertina del segundo día, y yo estaba orando por una hermana que tenía un dolor de cabeza severo. Poco después de arrodillarme, sentí nuevamente un calor por todo mi cuerpo. El calor comenzó a viajar desde mi cabeza hacia el resto de mi cuerpo. Luego, sentí que mis rodillas daban contra el suelo de madera repetidamente, como si una fuerza levantara mi cuerpo media pulgada por encima del suelo y me bajara rápidamente de nuevo.

Lo primero que cruzó por mi mente fue “¡Ay no, debe ser un terremoto!”. Pero luego recordé que no había terremotos en la costa este de los Estados Unidos. Por lo tanto, concluí que debió ser porque estaba demasiado cansada de tanto arrodillarme en los últimos dos días. Cambié de posición rápidamente para intentar detener el golpe, pero fue en vano.

A continuación, teniendo los ojos cerrados, vi una luz muy intensa que me alumbró directamente desde arriba, cilíndricamente. En ese momento creí que esa luz me conectaba directamente con Dios; vi lo que debió ser la gloria de Dios y mis manos comenzaron a sacudirse arriba y abajo. Mi lengua comenzó a moverse de una manera diferente de cuando trataba de repetir “aleluya”, y de mi boca salió un sonido totalmente desconocido para mí.

Luego de haber sido envuelta por esa luz maravillosa por unos diez minutos, sentí que mi mano derecha sostenía la mano de otra persona. De hecho, era la mano de un hombre, grande y áspero al tacto. Estaba totalmente en shock. Tuve que abrir los ojos para mirar, a pesar de que el predicador nos alentó no “espíar” durante las oraciones. Quería saber a quién pertenecía la mano que estaba sosteniendo.

Cuando abrí los ojos, vi que mi mano derecha simplemente estaba sosteniendo a mi mano izquierda. Entonces, algo me hizo saber que era Jesús quien estaba sosteniendo mi mano. De repente, lágrimas comenzaron a caer a cántaros de mis ojos. No comprendí por qué estaba llorando, pero recuerdo la inmensa paz y alegría que inundaron mi corazón en ese preciso momento. Las palabras no pueden describir las increíbles sensaciones que sentí en ese momento.

¡Por fin mi Padre me encontró! Me sentí como una niña que se había perdido por tanto tiempo que hasta ella misma se había olvidado de que estaba perdida. Pero el Padre amoroso finalmente tomó mi mano y me llevó a casa.

El amor de Jesús me colmó de tal manera que llenó todos los “agujeros” que había en mi corazón. Agujeros que no sabía que estaban allí. Nunca había sentido tanta satisfacción en mi vida. A partir de ese momento, supe que nunca soltaría la mano de Jesús.

Luego de levantarme de aquella oración, supe que había recibido el Espíritu Santo. Todos los hermanos y hermanas que habían estado orando por mí estaban muy felices y me animaron a recibir el bautismo al final de la convocatoria espiritual.

Esto significaba que tendría que quedarme por más tiempo del que había planeado originalmente y que le tendría que avisar a mi amiga en Boston sobre el cambio de planes. Estaba segura de que ella iba a estar muy decepcionada.

Al principio, no quería comprometerme a algo tan serio como el bautismo. A pesar de que no sabía mucho acerca de la Biblia en ese momento, al menos sabía que el bautismo implicaba un compromiso de por vida. Mientras seguía posponiendo la decisión de bautizarme, muchos jóvenes de la iglesia oraron por mí. Finalmente, la noche previa al bautismo Dios me hizo saber que debía recibir el bautismo a través de una forma milagrosa.

JESÚS LLENÓ EL VACÍO DE MI CORAZÓN

Luego de regresar a casa, no supe cómo llevar una vida cristiana. En la iglesia, nadie sabía qué clase de persona era antes, aunque tal vez mi apariencia les hubiera dado algún indicio.

¿Qué aspecto tenía? Solía estar orgullosa de mí misma por ser “única”. Mi cabello era extremadamente corto de un lado, para mostrar y destacar mi gran arete, y largo del otro, tan largo que colgaba delante de mi cara, casi cubriendo uno de mis ojos. Me encantaba usar diferentes tipos de sombreros, y cuando hacía frío, usaba un piloto negro.

En una de las fotos que tomé en Queens, tenía puesto un sombrero rojo, botas rojas y una cartera grande al estilo de los repartidores de periódicos. Disfrutaba del hecho de que mi forma de vestir, muy distinta a los demás, llamaba la atención de otros. Aunque no lo había notado al principio, luego me di cuenta que mis apariencias “extrañas” sólo eran una señal de que tenía un corazón muy vacío.

Antes recurría a la música y al baile para llenar el vacío que sentía. Vivía de videos musicales y ponía la música a todo volumen en el estéreo. Cada vez que podía, iba a bailar a discotecas o fiestas. Yo era tan popular entre la gente con quien me solía juntar que incluso fui elegida presidente de un club social asiático-americano de la universidad.

Pero lo extraño era que cuanto más me juntaba con las personas que disfrutaba bailar y escuchar música a todo volumen, más vacía me sentía. A veces, ese hueco en mi corazón era tan profundo que casi podía sentir el dolor físicamente. Para aliviar el dolor, fui a más discotecas y fiestas para encontrar cierta satisfacción.

En esta búsqueda de “felicidad”, mis calificaciones sufrieron terriblemente. La universidad me puso en probatoria académica. Había perdido todo sentido de propósito y dirección en mi vida. No pensé que bailar fuera nada malvado, ya que no era nada comparado con beber, fumar o tomar drogas.

Consideraba que bailar era una buena forma de hacer ejercicio. Sentía que era una muy “buena” persona de muy alta moral porque tenía muchos amigos. Pero no me había dado cuenta de que me había convertido en una persona muy orgullosa, egoísta y rebelde.

No quería hablarle a nadie que parecía no estar a la altura de mis estándares. No quería hablar en chino porque concluí que no quería perder el tiempo con gente que no entendía el estilo de vida americano. Gastaba el dinero que mis padres ganaban duramente en mi propio placer y no tomaba en serio la universidad. Además, no prestaba atención a las súplicas de mi madre a que volviera a casa más temprano durante la noche.

Debo agradecerle a Dios por haberme encontrado antes de que tuviera la oportunidad de comenzar con adicciones fuera de escuchar música y bailar. Probablemente hubiera terminado en el camino de la drogadicción porque estaba muy perdida en aquella vida sin rumbo. A pesar de que mis padres no sabían todo lo que me estaba pasando, nuestro Padre celestial lo supo, extendió sus brazos tiernos y asió los míos. ¿Por qué quiso Jesús venir a alguien tan malvada como yo? Eso es algo que nunca me lo voy a poder explicar.

TRANSFORMADA POR EL AMOR DE DIOS

Lo que sí sé es que una vez que recibí el Espíritu Santo, Dios me quitó el deseo de escuchar música a alto volumen y de bailar. Por alguna razón, dejé de necesitar esas cosas que antes me estimulaban.

En vez de bailar, sólo quería leer la Biblia y orar. En lugar de escuchar música pop, sólo quería cantar himnos para alabar y darle gracias a Dios. Decidí que nunca más iba a necesitar a ninguno de mis amigos de fiesta. En cambio, todas las semanas anhelaba la llegada del sábado para estar cerca de la gente de Dios.

Sentí tanta paz y alegría en mi corazón que ya no me importaba estar sola. Algo tan simple como leer la Biblia en mi habitación o cantar los pocos himnos que había aprendido me conformaba. Mi antiguo ser se aterrorizaba

de estar solo. Es por eso que ponía la música a todo volumen: para ahogar la terrible soledad que sentía.

También noté que ya no necesitaba usar atuendos extraños para atraer la atención de los demás. Estaba feliz con salir con cualquier camiseta vieja y jeans que tenía en mi armario. Empecé a considerar comprar algunas faldas y vestidos que podía usar para ir a la iglesia. Hasta ese momento de mi vida no poseía ninguna prenda femenina como faldas o vestidos. Además, empecé a dejar crecer mi cabello.

Estos cambios sorprendieron a mi familia e incluso a mí misma. Nadie me había mostrado lo que tenía que hacer para vivir como cristiana. Sin embargo, el Espíritu Santo mismo me guió y me conmovió a hacer cosas que le agradan a Dios. El Espíritu Santo también me enseñó lecciones de humildad, obediencia y sacrificio.

DIOS PUEDE TRANSFORMAR VIDAS

Es realmente increíble lo que el Espíritu de Dios puede hacer para transformar totalmente la vida de alguien cuando así lo dispone. Todo lo que se requiere es la voluntad de abrirnos a Él y tener un corazón simple y humilde ante Él. He experimentado cuán poderoso el Espíritu de Dios puede llegar a ser. Él me guió a sí mismo, a pesar de que he tratado de huir de Él pensando que no necesitaba a Dios.

Cuando el espíritu de Dios vino a mí con poder, ya no pude negar su existencia. Comprendí por primera vez que mi mayor pecado había sido negar el hecho de que necesitaba a Dios. Pensé que tenía todo bajo control y que podía manejar mi propia vida.

Pero cuando sentí el amor de Jesús, cuando Jesús sostuvo mi mano, comprendí cuánto le importaba. Dios satisfizo mi corazón vacío con su Espíritu y tuve una nueva esperanza y una nueva dirección en mi vida. Ya no quería vivir para mí misma, sino que quería dedicarle mi vida a mi Creador, Salvador y Amigo.

Son innumerables los casos en los que Dios ha transformado vidas totalmente y es posible que cualquiera experimente esta transformación hoy. Todo lo que necesitas hacer es reconocer tu necesidad, hacer todo lo posible para leer y escuchar la palabra de Dios, y tener un corazón sencillo y humilde. Jesús está siempre listo para transformar tu vida en una mucho mejor.

Pero la pregunta es: “¿Estás listo?” 🗨️

2. Encontrar a Dios

Autora: Caroline Ho

Lugar: Miami, Florida, EE.UU.

DIOS ESTÁ EN ESTADOS UNIDOS

En el nombre del Señor Jesucristo doy testimonio. Mi búsqueda de Cristo comenzó cuando me mudé a los Estados Unidos.

Lo primero que noté cuando llegué a Miami, Florida, fue que en comparación con los chinos los estadounidenses son mucho más civilizados. A pesar de que China posee una larga y milenaria herencia histórica, Estados Unidos pudo desarrollarse y progresar de forma más eficiente. Mientras ponderaba esto, también concluí que el éxito de este país también se debe a su religión.

Aparentemente, los estadounidenses confían su bienestar nacional a Dios. El hecho de que ponen su fe en una autoridad superior para que los proteja y guíe es evidente cuando dicen: “God bless America” (Dios bendiga a los Estados Unidos). Además, las cuatro palabras que están impresas al dorso de sus billetes, “In God we trust”, sirven como un constante recordatorio de que uno debe confiar en Dios. Así que supongo que por esta razón, Dios le ha dado abundantes bendiciones a esta nación.

Mientras analizaba y exploraba este país, también comencé a buscar una iglesia porque podía ver que este Dios estaba con su pueblo. Sin embargo, pronto me di cuenta de que esto no era una tarea sencilla. El problema no era mi determinación, sino la multitud de iglesias que existen en los Estados Unidos. Como no sabía cuál era la iglesia correcta, le pedí a Dios que me guiara a donde Él moraba.

Sabemos que si queremos degustar comida china auténtica tenemos que ir a donde se reúnen los chinos. Sólo hay dos lugares en Estados Unidos donde se puede conseguir buena comida china: California y Nueva York, los dos estados más densamente poblados por asiáticos.

Esta fue la “regla” a la que recurrí cuando estaba tratando de encontrar la iglesia correcta. Dado que el cristianismo surgió del Occidente, me pareció lógico comenzar la búsqueda entre las religiones occidentales, así que la primera iglesia que visité fue una iglesia católica. Los pisos eran de mármol, las ventanas de vitral, y el coro cantaba de forma angelical.

Luego fui a una iglesia bautista, a una iglesia presbiteriana y a muchas otras denominaciones. Por lo general, estas iglesias tenían grandes congregaciones y los miembros compartían sus comidas al estilo de bufet libre.

Un día, leí un informe que identificaba al estado de Utah como el estado más seguro del país, así que pensé en los mormones. Al día siguiente, me encontré con dos mormones que andaban en bicicleta. Me obsequiaron el Libro de Mormón y comencé a leerlo. Por un período de seis meses aproximadamente, también estudié con los Testigos de Jehová.

Al final de esta búsqueda regresé a la iglesia católica porque me pareció que sus servicios eran los más solemnes. Encontrar a Dios era un asunto serio para mí y no quería perder ninguna oportunidad de encontrarlo.

AMIGOS ESPIRITUALES

En una ocasión, alguien me dijo que el Espíritu Santo es el Espíritu de Dios, y que cuando uno lo recibe habla en una lengua diferente. No pude dormir aquella noche porque pensé que si eso era verdad, entonces Dios es un Dios verdadero y no uno imaginario.

Estaba ansiosa por conocer a alguien que hubiera recibido el Espíritu Santo. ¿Quién podría ser esta persona?, y ¿qué hace que esta persona sea especialmente amada por Dios? Pero la idea de que entre los miles de cristianos sólo unos pocos fueran a recibir el Espíritu Santo me desanimó.

Cada vez que me encuentro con un cristiano pregunto si habla en una lengua diferente. Si su noción del Espíritu Santo difiere de la mía, lo dejo de escuchar.

En julio de 1992, una de mis amigas vino de visita. La noche en que llegó, fui a encontrarme con ella a la casa de otra amiga. Allí mi amiga me presentó a un amigo suyo, el hermano Lin, quien me contó que su esposa y toda su familia eran cristianos muy devotos. Ellos habían sido miembros de La Verdadera Iglesia de Jesús por dos años ya.

En ese momento, su esposa aún se encontraba en Taiwán, así que le pedí que le preguntara a su esposa acerca del Espíritu Santo la próxima vez que hablara con ella. Pero él dijo: “No necesito preguntarle. Sé que el Espíritu Santo es real y que lo recibiremos si se lo pedimos a Dios”. Pero como tenía la idea de

que sólo unos pocos recibirían el Espíritu Santo, pensé que su respuesta era incorrecta.

Cuando llegué a casa esa noche, noté que habían entrado a robar a mi casa y toda mi casa estaba revuelta. Todas mis joyas de casamiento habían sido robadas. Cuando se fue la policía, me senté en el garaje y lloré. Si no me hubiera quedado en la casa de mi amiga hablando del Espíritu Santo, nada de esto hubiera pasado.

Un par de meses después del robo, me recuperé de la conmoción y volví al tema del Espíritu Santo. Cuando finalmente me encontré con la esposa del hermano de Lin, la hermana Lin, ella me dijo que La Verdadera Iglesia de Jesús bautizaba en agua viva, y enfatizó que ellos anhelaban y buscaban recibir el Espíritu Santo. Se refirió a la Biblia para mostrarme evidencias del Espíritu Santo, pero cuando le pregunté por qué era esencial el bautismo en agua viva, no supo cómo responderme.

Cuando llegué a casa ese día abrí la Biblia y el primer pasaje que vi fue el relato del bautismo de Jesucristo. Estaba muy emocionada porque no creo en coincidencias. Estoy segura de que esto fue la guía de Dios.

Fue entonces que decidí asistir a servicios con esta hermana y su marido. Sólo teníamos un himnario entre los tres, pero igual cantamos y oramos juntos. En ese momento, ninguno de los tres tenía el Espíritu Santo, así que sólo decíamos “aleluya” cuando orábamos.

MI CONVERSIÓN

En mayo de 1993, un pastor de California y algunos hermanos y hermanas hicieron una visita a mi casa. Esa también fue la primera vez que vi y escuché de qué se trataba el Espíritu Santo.

Un mes después, tuvimos otro culto religioso en mi casa. Tenía muchas ganas de bautizarme, pero La Verdadera Iglesia de Jesús alienta a los que buscan la verdad a tomarse el tiempo para aceptar y comprender la verdad completamente antes de recibir el bautismo.

No pude concentrarme durante el culto religioso porque lo único sobre lo que pensaba era el bautismo. En ese momento, el ministro leyó Hechos 22:16:

“Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre”.

Al final del servicio, decidí mencionar el tema del bautismo a pesar de que era demasiado pronto para mí. Gracias a Dios, aceptaron bautizarme.

Pronto habría una convocatoria espiritual en Tampa, Florida, donde recibiría el bautismo. Me dijeron que participar de la convocatoria espiritual era una buena oportunidad para recibir el Espíritu Santo, ya que duraba tres días y podía orar y escuchar sermones durante el transcurso del día. Por otra parte, habría ministros que podrían imponer las manos sobre mí y orar por mí.

La decisión de ir a Tampa creó muchos conflictos entre mi marido y yo. En ese momento, estaba en el primer trimestre de embarazo, y dado que sufrí un aborto espontáneo antes, el médico me dijo que tenía que guardar cama. Mi marido no me dejaba ir a Tampa y dijo que tendría que hacerme cargo de las consecuencias yo sola si decidía poner en riesgo a nuestro bebé.

Al final decidí ir de todas maneras porque pensé: “La vida viene del Señor. Si mi corazón lo busca a Él, Él no permitirá que sufra otro aborto espontáneo”. Una vez que el asunto estuvo decidido, el hermano Lin, la hermana Lin y yo manejamos a Tampa para asistir a la convocatoria espiritual.

El lugar de culto era una pequeña oficina donde veinte o treinta personas estaban congregadas. Estábamos algo apretados, y a causa de mi embarazo tuve dolor de cabeza y no pude concentrarme.

Aquella noche comencé a sangrar y sentí un gran dolor abdominal. Cuando llamé a mi marido, él estaba muy enojado y me ordenó volver a casa inmediatamente. En ese instante exploté en llanto.

Todo era nuevo para mí, y después de haber buscado a Dios por tanto tiempo, sentí que no me había protegido. Había arriesgado la posibilidad de perder otro bebé para venir a Tampa, pero a Dios no le importó. Este Dios es demasiado difícil de complacer. No sabía qué más tenía que hacer para mostrarle a Dios que tenía muchas ansias de acercarme a Él.

Al día siguiente, el pastor vino con unos hermanos y hermanas a mi habitación del motel y oraron por mí. Oré muy duro para recibir el Espíritu Santo y dejé de lado todas mis preocupaciones. En ese momento sólo podía pensar sobre los pecados que había cometido en el pasado. Cosas que pensé que había olvidado inundaron mi mente de nuevo, y me di cuenta profundamente cuán pecadora era.

Después del bautismo, manejamos de vuelta a Miami y recibí el Espíritu Santo al día siguiente. ¡Gracias a Dios!

VISIONES DE CONSUELO

Cuando estábamos en Tampa, una hermana vio una visión durante uno de los servicios evangélicos.

Primero, ella me vio a mí vestida de blanco, con un bebé desnudo en brazos. Luego, vio una figura sin rostro vestida de blanco y con dos alas, que venía a sostener al bebé, y el bebé ahora estaba vestido de celeste.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas del niño. Las manos desaparecieron y el niño estaba suspendido en el aire contra un telón de fondo blanco. Un tercer par de manos vino a sostener al bebé, pero el rostro de la persona era indistinguible. Al día siguiente, otra hermana vio la misma visión, pero ninguna de ellas contó lo que vio porque ninguna quería testificar en frente de la congregación.

Estas visiones ocurrieron durante la convocatoria espiritual, cuando apenas tenía seis semanas de embarazo. No comprendí el significado de estas visiones hasta luego de sufrir un parto dificultoso, y tuve la convicción de que este Dios es un Dios viviente.

La persona en la primera visión era yo y estaba vestida de blanco porque había recibido el bautismo y la sangre de Jesús me había limpiado. Al principio estaba sosteniendo a mi hijo, pero luego desaparecí y otro par de manos sostuvo al niño. Del bebé cayeron dos lágrimas porque yo tenía que pasar por un parto difícil.

Luego de haber dado a luz, sufrí hemorragias por varios meses. El doctor dijo que no podía cuidar a mi hijo ni hacer ningún quehacer en la casa. Por tanto, durante los primeros meses después del parto, fui incapaz de cuidar a mi hijo o a mi marido, y me sentí muy impotente.

Ahora sé que las manos de un ángel vinieron a sostener a mi hijo porque yo era incapaz de cuidarlo a él. Dios me estaba consolando y me estaba diciendo que Él se haría cargo de todo.

Al final de la visión, fui yo quien volví a sostener al bebé. Cuando estaba en Tampa participando de la convocatoria espiritual, me había sentado delante de las hermanas que vieron las visiones. Pasé mis manos sobre mi cabello y las hermanas reconocieron que eran las mismas manos que volvieron a sostener al niño. Esto significaba que iba a recuperarme.

Cada vez que pienso en esto me siento animada. Poco después de haberme recuperado pude bajar de la cama y cuidar a mi familia. El médico me había dicho que no podía tener más hijos, pero, a causa de la visión, decidí no ligar mis trompas de falopio.

En 1995, fui a otra convocatoria espiritual en Carolina del Norte. Allí le pedí a Dios que me diera otro bebé, y esta vez me concedió una niña.

Gracias a Dios por haberme guiado y protegido en el proceso de esta búsqueda espiritual. Él me confirmó que esta es la iglesia verdadera. Él nunca se me apareció en otras iglesias que hube visitado.

Doy gracias a Dios por haberme guiado a la iglesia que Él profetizó, y estoy colmada de alegría por haber recibido el Espíritu Santo. También le doy gracias a Dios por haberme hecho madre. Cuando veo a mis hijos, recuerdo el amor de Dios.

Luego de haber sido madre, comprendí más profundamente el inmenso amor de Jesucristo. Que toda la gloria sea al Señor Jesús. Amén. 🗨️

3. Victoria sobre los espíritus malignos

Autora: Susan Lane

Lugar: San José, California, EE.UU.

En el nombre del Señor Jesucristo doy testimonio. Este testimonio se trata de cómo mis padres guiaron a nuestra familia a creer en Cristo.

Como la mayoría de las típicas familias chinas, mis abuelos eran budistas y transmitieron sus creencias a mis padres. Sin embargo, ninguno de mis padres practicaba el budismo.

Un día, la tía de mi madre le contó a mi madre que había ido a un templo donde había dioses de verdad y que muchas personas habían recibido espíritus de esos dioses.

Para no ofender a su tía, mi madre fue con su tía al templo junto con otros amigos. Cuando llegaron, mi madre vio que las personas estaban poseídas por espíritus y que hablaban sobre el pasado o sobre sus vidas anteriores.

Cuando estaban por irse, se dieron cuenta de que el conductor había dejado las llaves encerradas en el coche. Una de las pasajeras, que también estaba poseída, extendió su dedo hacia la ranura de la llave y luego de recitar cierto mantra movió su dedo hacia arriba apuntándole a la traba de la puerta. La traba subió automáticamente y la puerta se destrabó sola. Desde entonces, mi madre se convirtió en una budista muy ferviente.

Mi madre se dio cuenta de que había algo más allá de la vida terrenal y que realmente existe un reino espiritual con espíritus y dioses. A partir de ese día se entregó al budismo.

UNA BUDISTA DEVOTA

Mi madre compró cada libro budista respetado en la sociedad budista, los cuales estudió detalladamente. Además, seguía todas las instrucciones de los libros al pie de la letra.

Ella se memorizaba todos los mantras y se compraba todos los artículos religiosos, incluyendo abalorios budistas, que se parecían a los rosarios católicos, y togas. Ella tenía abalorios de todo tamaño y togas de todo color para las diferentes ceremonias y los distintos mantras.

Incluso convirtió una de las habitaciones más grandes de nuestra casa en un pequeño templo, donde había un santuario que contenía todo tipo de ídolos. La habitación se convirtió en el lugar donde la familia se reunía a recitar mantras.

Mi madre recitaba mantras religiosamente todas las mañanas y todas las noches. En ese entonces, yo era aún muy pequeña y no iba a la escuela. Sin embargo, recuerdo que mi madre hacía que mis hermanos recitaran sus mantras por la mañana frente al santuario, incluso cuando se les hacía tarde para ir al colegio.

Además de los mantras, mi madre también seguía los principios y las enseñanzas budistas minuciosamente. Ella participaba muy activamente de los eventos y actividades que organizaban los monjes para recaudar fondos para la construcción de templos.

También tuvimos que seguir el calendario budista y abstenernos de comer carne en ciertos días. Recuerdo que veinte de los treinta días del mes tuvimos que abstenernos de comer carne.

Al creer que todo ser vivo tenía un espíritu o alma, cada vez que encontramos un insecto en la casa, como arañas o cucarachas, teníamos que abrir la puerta y dejarlos ir.

A pesar de que mi madre era una budista tan devota y ferviente, ella nunca sintió paz en su corazón. Todos los mantras y todas las actividades en el templo nunca la satisficieron realmente, pero en ese momento ella no pensó demasiado en ello.

En 1980, inmigramos a los Estados Unidos. Siendo budistas devotos, no osamos meter los ídolos en el equipaje. Entonces, para mostrar nuestro respeto hacia los ídolos, cada miembro de la familia llevó un ídolo en la mano.

“Cada miembro de la familia llevó un ídolo en la mano” no significa que pusimos los ídolos en el equipaje de mano y luego los colocamos en el compartimiento superior de nuestros asientos. Lo que quiero decir es que tuvimos que sostener los ídolos en nuestras manos, literalmente, y los pusimos en nuestros regazos durante el vuelo. En ese momento, ni siquiera nos importó que la gente nos mirara de forma extraña.

IDENTIFICANDO AL ESPÍRITU MALIGNO

Cuando llegamos a los Estados Unidos, mi padre se puso en contacto con uno de sus antiguos colegas, el hermano Ke-Chi Chen, que era miembro de La Verdadera Iglesia de Jesús. El hermano Chen y su esposa nos invitaban frecuentemente a su iglesia, pero como éramos budistas, rechazábamos su invitación.

Un día, el hermano Chen nos dijo que había un servicio familiar en su casa y nos invitó de nuevo. Esta vez mis padres aceptaron ir porque no querían ofender al hermano Chen, especialmente porque ya habíamos rechazado muchas invitaciones anteriores.

Además, como la reunión era en la casa del hermano Chen y no en una iglesia, mis padres pensaron que no había por qué preocuparse. Sin embargo, para minimizar el contacto con la comunidad cristiana, ninguno de nosotros, los niños, fue.

El servicio familiar comenzó con un sermón y luego todos se arrodillaron a orar. Para no ofender a nadie, mis padres también se arrodillaron, pero en vez de orarle a Dios como les habían instruido, mi madre le oró a Buda. Ella simplemente le pidió a Buda que la bendijera y que le mostrara el camino.

La mañana siguiente, mi madre empezó a oír una voz, muy clara y nítida, hablándole a ella. Al principio, la voz le decía que era uno de los espíritus budistas buenos y que ella debía estar honrada por hospedarlo. Mi madre recordó los espíritus del templo al cual su tía la llevó en el pasado y creyó en este espíritu. Mi madre creía que a causa de su fervor hacia el budismo, este espíritu finalmente había venido a ella.

Al principio, el espíritu sólo decía cosas simples como “tu hijo va a llegar tarde hoy”, pero poco a poco, el espíritu comenzó a hablar mal de los miembros de la familia.

El espíritu causaba muchos malentendidos y discusiones en nuestra familia; era como si estuviera tratando de ponernos uno en contra del otro. De a poco, mi madre empezó a darse cuenta de que este no era un espíritu bueno, sino que era un espíritu maligno.

BUSCANDO AYUDA DONDE NO CORRESPONDE

Mi madre le contó a mi papá lo que sospechaba y él pensaba lo mismo. Entonces, toda nuestra familia fue inmediatamente a Eureka, una localidad ubicada al norte de San Francisco, donde se suponía que había un monje famoso y un templo de muchos Budas.

El monje era muy famoso en la sociedad budista y era conocido por tener muchos poderes. Lo primero que el monje nos dijo fue que cada miembro de nuestra familia tenía que convertirse en su discípulo.

Teníamos que pagar una tarifa de discipulado, y puesto que él era como una celebridad en la sociedad budista, la tarifa era bastante alta. Sin embargo, mis padres obedecieron fielmente.

Para convertirnos en sus discípulos, cada uno de nosotros tuvo que tomarse su turno para arrodillarse delante de él y recitar ciertos mantras. Cuando les tocó a mis padres, el monje tomó un palo y comenzó a golpearlos en sus hombros.

El monje aseguró de que esa era la manera de reprender al espíritu maligno y echarlo afuera. Luego del ritual, mi madre le dijo al monje que el espíritu maligno todavía estaba allí. El monje nos dijo que el espíritu malo se iría una vez que llegáramos a casa.

El monje también nos pidió que donáramos \$100.000 dólares estadounidenses para añadir una fuente al templo. Mi padre le informó que no tenía esa cantidad de dinero, pero le entregó un cheque de varios miles de dólares como depósito.

Cuando llegamos a casa, la situación de mi madre empeoró. El espíritu maligno no sólo hablaba mal de los miembros de la familia, sino que no dejaba que mi madre durmiera. Como mucho, mi madre podía dormir dos horas cada noche. Cada vez que mi madre estaba a punto de dormirse, el espíritu maligno levantaba y soltaba una de sus extremidades para mantenerla despierta.

El espíritu maligno no sólo hablaba con mi madre sino que también controlaba su cuerpo. Con frecuencia, el espíritu maligno la hacía gritar y correr por toda la casa en el medio de la noche, y la hacía venir a nuestras habitaciones a sacudirnos para asegurarse de que nadie durmiera.

Cuando la gente llamaba a casa, en lugar de decir lo que quería decir, el espíritu maligno utilizaba su boca para decir otra cosa. Por ejemplo, cuando alguien llamaba a casa para buscar a mi padre y él no estaba, la gente le preguntaría a mi madre cuándo iba a regresar, y mi madre diría algo como: “Y a ti qué te importa”.

Durante todo este tiempo, mi madre estaba muy lúcida. Ella sabía lo que quería decir o hacer, pero no tenía control sobre sí misma. También puedes imaginarte cómo se veía mi madre, una persona que no dormía más de dos horas por día. La gente se asustaba cuando la veía.

Fue realmente un período muy difícil para nosotros. Pedimos consejo y buscamos ayuda en todas partes. Si alguien decía “oye, este templo es muy famoso” o “ese monje es muy poderoso”, entonces íbamos.

No importaba si era en los Estados Unidos o Taiwán, volábamos de acá para allá, con la esperanza de encontrar una cura. La rutina era siempre la misma: los monjes nos pedían dinero y nos prometían que mi madre sanaría.

Sin embargo, después de darles dinero, la condición de mi madre permanecía igual. En un momento dado, mi padre hasta consideró la posibilidad de que tal vez no había ningún espíritu maligno sino que mi madre padecía de esquizofrenia.

Mi padre incluso trató de hospitalizar a mi madre en una institución mental. Luego de dos días completos de observación, los médicos no pudieron encontrar nada y le dieron de alta.

Todo esto ocurrió en un lapso de un año aproximadamente. Durante ese tiempo, mi familia no tenía paz y mi madre se volvió muy asustadiza. Lo intentamos todo, pero nada sirvió.

VOLVIENDO A LA VERDADERA IGLESIA DE JESÚS

Mi madre se puso a pensar: “¿Acaso no hay Dios que pueda detener este espíritu maligno?”. Entonces, recordó el Espíritu Santo del hermano Chen que vio durante el servicio familiar.

Mi madre pensó que tal vez el Espíritu Santo podría echar al espíritu maligno. Fue así que se puso en contacto con la esposa del hermano Chen y le habló de su situación y le dijo que le gustaría ir a la iglesia con ella. Sucedió que al día siguiente había una convocatoria espiritual.

Mi madre le advirtió a la esposa del hermano Chen que tal vez los miembros de la iglesia se irían a asustar porque ella se veía bastante espantosa. Pero la esposa del hermano Chen respondió: “No te preocupes. En La Verdadera Iglesia de Jesús vimos muchos casos similares y hemos echado fuera a muchos espíritus malignos”.

La iglesia alentaba a la gente a alojarse en la iglesia durante la semana de la convocatoria espiritual, por lo que mi madre empacó sus cosas y fue.

Durante el primer día de la convocatoria, el pastor que dirigió la oración matutina impuso sus manos sobre mi madre y ella pudo oírle hablar en lenguas. Aunque ella no podía entender lo que decía, supo que estaba diciendo una frase y sonaba como si estuviera reprendiendo al espíritu maligno.

La oración vespertina fue dirigida por otro pastor, y cuando éste impuso sus manos sobre mi madre, también habló en lenguas y dijo la misma frase. Luego de esta experiencia, mi madre comenzó a poner su fe en Dios, ya que hubo dos pastores distintos en dos momentos diferentes que le dijeron la misma frase al espíritu maligno.

Aquella noche, cuando llegó la hora de dormir, mi madre empezó a entrar en pánico. Temía que el espíritu maligno la mantuviera despierta, y como no estaba en su casa, no podía levantarse y caminar por ahí.

Mientras estaba pensando en esto se quedó dormida y la siguiente cosa que oyó fue a una hermana tocar la campana diciendo: “Son las siete de la mañana, hora de levantarse para la oración matutina”. Mi madre no lo podía creer. Era la primera vez en más de un año que durmió de la noche a la mañana. Asimismo, ella fue capaz de dormir bien todas las noches de la convocatoria espiritual.

El sábado por la noche, el pastor le preguntó a mi madre si estaba interesada en ser bautizada al día siguiente. A pesar de que mi madre había comenzado a dormir y se estaba sintiendo mejor, le dijo al pastor que el espíritu maligno todavía estaba dentro de ella. Pero el pastor le dijo que no se preocupara y que el espíritu maligno suele irse después del bautismo.

Poniendo su fe en Dios, mi madre aceptó ser bautizada. La noche antes del bautismo, el espíritu maligno entró en gran ira y se rehusó a dejar dormir a mi madre. El espíritu le habló a mi madre toda la noche y le levantaba los brazos o las piernas y luego los soltaba para mantenerla despierta.

Pero mi madre no fue disuadida. Confió en Dios y oró constantemente en su corazón. Finalmente amaneció y fue bautizada. Luego del bautismo, nunca supimos más del espíritu maligno.

De hecho, para mostrar cuán dramático fue el cambio, una semana después del bautismo, mis padres se reunieron con unos amigos que veían prácticamente todas las semanas.

Mi madre no los había visto por dos semanas a causa de la convocatoria espiritual. Cuando ellos la vieron, se quedaron atónitos. Le preguntaron a mi padre a qué médico la había llevado, y por supuesto, mi padre les contó el testimonio.

Mi padre tiene sesenta años ahora, y cada vez que cuenta este testimonio, tiene lágrimas en los ojos.

Ciertamente hubo un período en el cual nuestra familia perdió toda esperanza. Parecía que habíamos agotado todas las posibilidades, pero en Dios

siempre hay esperanza. Esto me hace recordar una canción que una vez oí,
“Promesa de alegría”. Parte de la letra dice así:

Hay un arco iris en cada lágrima.

Hay paz en cada tormenta.

Hay un arroyo en el desierto.

Sí, hay esperanza en el Señor.

Que toda la gloria y alabanza sean al Señor. 🗨️

4. En busca de una esperanza y un propósito

Autora: Wun-Chiao Cheung

Lugar: Queens, Nueva York, EE.UU.

NUNCA FELIZ

Antes de conocer a Jesucristo yo era una adolescente típica. Iba a la escuela todos los días y salía con mis amigos después de la escuela. Decía malas palabras, chismeaba y mentía, entre otras cosas. Era una persona muy descontrolada y activa.

Como mis padres eran muy estrictos, no me dejaban hacer muchas cosas que mis amigos hacían. Para que mis padres no se dieran cuenta de que los había desobedecido, mentía, y a menudo, después de decir una mentira, tenía que decir otra para cubrir la anterior.

Había muchos problemas en mi familia y el peor era las constantes peleas entre mis padres. Ellos discutían permanentemente. Como crecí en este tipo de ambiente, nunca fui feliz.

Otra razón por la que era infeliz era que yo era la menos amada por mis padres entre mis hermanos.

En una familia tradicional china como la mía, los hijos varones eran preferidos por sobre las mujeres, y esto es especialmente cierto cuando el hijo varón es el primogénito. Así que en comparación con mi hermano mayor, siempre me sentí menospreciada. Y como tenía una hermana menor, ella era siempre la más mimada y protegida de la familia.

Como era la hija del medio, siempre era yo la que terminaba haciendo los quehaceres de la casa y soportando las frustraciones de mis padres. Comencé a creer que mis padres me odiaban y que me cuidaban sólo porque era su responsabilidad y no porque me amaban.

En ese momento no creía en Dios porque sentía mucho dolor, tristeza y depresión a causa de las peleas y miserias de mi familia. A menudo me

refugiaba en el baño porque era el único lugar donde podía llorar. Me miraba al espejo y lloraba.

Un día, cuando aún estaba en la escuela secundaria, estaba tan deprimida que pensé en suicidarme. Estaba en el baño llorando sin parar y pensé que ya que mi vida era tan miserable y cada día era igual al anterior, lo mejor era poner fin a esta situación de inmediato.

Pero al final no llevé a cabo mi plan porque tenía miedo de terminar en el hospital en el caso de que mi suicidio fracasara. No quería que eso sucediera, así que continué con mi vida porque no había nada que podía hacer para cambiarla.

UN LUGAR AL CUAL PERTENECER

En el verano de 2002, mis primos de Nueva Jersey vinieron con sus padres a visitarnos como solían hacer todos los años. Pero esta vez, nos empezaron a predicar.

Nuestra familia practicaba el culto a los antepasados, pero recientemente mis primos conocieron a La Verdadera Iglesia de Jesús. Nos dijeron a mi hermana y a mí que debíamos creer en Dios porque Él era bueno. Pero cada vez que nos predicaban, les decíamos “no, gracias”.

Como una gentil, simplemente no podía creer en lo que predicaban. En ese momento, yo era una adolescente que usaba el nombre de Dios en vano y me reía de la religión porque tenía el prejuicio de que Dios no podía ser real. Siempre pensé que nunca iba a creer en Dios o ir a la iglesia.

A pesar de nuestros rechazos, mis primos nos invitaron a asistir a una convocatoria estudiantil en agosto. No fui en aquella ocasión porque me sonaba extraño, pero mi hermana fue. Cuando volvió, parecía una persona diferente. Tuve la sensación de que ella ya no pertenecía a este mundo, sino que pertenecía a Dios.

Le pregunté qué pensaba de la convocatoria estudiantil y ella me dijo que le había gustado y que era divertido. A partir de ese momento, nuestra relación mejoró y fuimos íntimas como son la mayoría de las hermanas.

Empecé a interesarme por ir a la iglesia, así que mi tío vino a buscarnos a mi hermano, a mi hermana y a mí para llevarnos a la iglesia de Elizabeth en Nueva Jersey para participar de los servicios del sábado. En esa primera visita, vi a muchos jóvenes y todos eran muy amables. Sentí que tal vez yo también podía pertenecer a este lugar.

Antes de que comenzara el servicio de la mañana, una hermana me explicó cómo oraban porque a menudo los visitantes se asustaban. Quería ver de qué se trataba antes de ponerme a orar, así que me quedé observando al principio. No me había asustado en absoluto como la hermana me había advertido, más bien, pensé que era algo interesante.

Seguí inocentemente las instrucciones que la hermana me había dado sobre cómo orar, y me pareció que era una experiencia agradable porque de algún modo pude expresar los pensamientos y sentimientos más profundos de mi corazón—sentimientos que nunca le había contado a nadie. Desde ese momento, empecé a orar con frecuencia.

Luego de aquella primera visita, mi hermana y yo asistimos a los servicios regularmente en la iglesia de Elizabeth. Mi tío venía a Nueva York todos los viernes por la noche para poder llevarnos a las dos a la iglesia el sábado por la mañana con el resto de su familia. En abril de 2003, me bauticé en La Verdadera Iglesia de Jesús.

LA ÚNICA IGLESIA VERDADERA

Después del bautismo, empecé a darme cuenta de la importancia de Dios y sus mandamientos. Todas las semanas esperaba la llegada de los viernes y sábados, porque a partir del viernes comenzaba el día de reposo, y realmente disfrutaba ir a la iglesia los sábados.

Gracias a Dios, mis padres no se opusieron a que mi hermana y yo fuéramos a la iglesia. La relación con mi familia había mejorado, porque vi cómo mi sufrimiento en el pasado había creado un carácter fuerte en mí. También recordé que no debía culpar a mis padres y que ahora que había encontrado la verdad, debía perdonarlos.

Unos meses después del bautismo, empecé a atearme porque además de estudiar para la escuela, tenía que prepararme para rendir los exámenes de ingreso a la universidad. Cada vez se hacía más difícil guardar el sábado todas las semanas, especialmente porque tenía que levantarme temprano para ir a la iglesia en Nueva Jersey.

No sabía qué hacer porque había oído en las clases de educación religiosa y en los sermones que guardar el sábado era muy importante; pero viajar tan lejos todas las semanas era muy difícil. En el último año de la secundaria, de repente se me ocurrió buscar La Verdadera Iglesia de Jesús en Internet. Encontré que había una La Verdadera Iglesia de Jesús en Queens, así que le pedí a mi papá que me llevara allí un sábado.

Sabía que no estaba bien ir a otras iglesias, porque los miembros de la iglesia de Elizabeth me habían explicado que éramos la única iglesia verdadera. Por alguna razón, en ese momento pensé que querían decir que la iglesia de Elizabeth era la única iglesia verdadera. Así que a pesar de que había encontrado la iglesia de Queens, no estaba segura si estaba bien guardar el sábado allí.

Me había dicho a mí misma que me marcharía de allí si no hacían las cosas a la manera de la iglesia en Elizabeth. A medida que avanzaba el servicio, vi cómo todo era igual. Luego me enteré de que “la única iglesia verdadera” se refería a La Verdadera Iglesia de Jesús en general, y que había muchos lugares de culto en el mundo que pertenecían a esta iglesia.

DECIDIDA A RECIBIR EL ESPÍRITU SANTO

Mi hermana y yo comenzamos a ir a Queens en lugar de Elizabeth. Para ese entonces, ya me había bautizado por alrededor de un año, pero todavía no había recibido el Espíritu Santo.

Cuando mis primos nos vinieron a visitar, sugirieron que oráramos juntos. En ese momento, uno solo de mis primos tenía el Espíritu Santo, pero cuando estábamos orando, oí dos voces que hablaban en lenguas.

Estaba muy sorprendida, sobre todo cuando luego descubrí que mi hermana era la otra persona que hablaba en lenguas. No sabía que ella había recibido el Espíritu Santo. Cuando ella confirmó que había recibido el Espíritu Santo, empecé a pedir el Espíritu Santo con más anhelo, porque me reafirmó que La Verdadera Iglesia de Jesús era la iglesia verdadera.

Quería ir al Seminario Teológico Nacional de Jóvenes en 2004 porque sabía que allí tendría mucho tiempo para orar y estudiar la palabra de Dios. Sin embargo, tenía miedo de que mis padres no me dejaran ir porque a ellos no les gustaba la idea de que pasara la noche en otro lugar.

Además, tendría que volar a California, y sabía que a ellos no les iba a gustar la idea de que viajara sola. Así que decidí que les pediría permiso para ir el año siguiente, porque sería un año mayor y ellos estarían más abiertos a la idea de dejarme ir.

En los meses que siguieron, me conmovía cada vez que leíamos un pasaje de la Biblia durante los sermones o en las clases de educación religiosa. Sentía que mi fe aumentaba y mi depresión disminuía cada vez que aprendía más acerca de la Biblia. El pasaje de Mateo 17:20 fue el que más me conmovió y animó:

Jesús les dijo: —Por vuestra poca fe. De cierto os digo que si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: “Pásate de aquí allá”, y se pasará; y nada os será imposible.

Así que unos meses antes de pedirles permiso a mis padres para ir al seminario teológico, empecé a orar por el asunto. Le dije al Señor que si Él era capaz de mover montañas, entonces me podría ayudar a ir al seminario. Gracias a Dios, cuando les pregunté a mis padres si podía ir, dijeron que sí. Mi fe aumentó después de esto porque vi cómo Dios escuchó mis oraciones.

MI MISIÓN EN EL SEMINARIO TEOLÓGICO

Antes de ir al seminario teológico en 2005, decidí que mi misión durante esas dos semanas sería recibir el Espíritu Santo. Me sentía muy cerca de Dios y quería hacer muchísimas cosas por Él, pero no podía hacer mucho porque no tenía el Espíritu Santo. Así que les dije a todos los hermanos en Queens que tenía muchas ganas de recibir el Espíritu Santo esta vez.

Dos años habían pasado desde que fui bautizada y todavía no había recibido el Espíritu Santo. Había oído muchos testimonios sobre cómo otros miembros habían recibido el Espíritu Santo: algunos lo recibieron el último día del seminario teológico, otros tuvieron que orar por cuarenta años antes de recibirlo y otros lo recibieron la primera vez que vinieron a la iglesia.

Quería recibir el Espíritu Santo en ese seminario teológico. Durante esas dos semanas, ayuné todos los días y oré con todo mi corazón en todas las sesiones de oración. Era como si fuera el asunto más difícil que jamás hubiera enfrentado.

Al final de la primera semana, algunos miembros de Queens vinieron a cocinar para los participantes del seminario. Una de las hermanas me preguntó si había recibido el Espíritu Santo. Yo estaba un poco desanimada, pero ella me consoló y me dijo que debía seguir intentando.

Yo sabía que los miembros de Queens y los miembros de mi grupo en el seminario estaban orando por mí, así que traté de no estar tan desanimada. Pensé que si seguía tan desanimada, Dios no me iba a dar el Espíritu Santo.

En mis oraciones, pensé en la creación de Dios:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas (Génesis 1:1, 2).

Pensé que yo era similar a la tierra, estaba cubierta por las tinieblas y el Espíritu de Dios se movía sobre mí, pero aún no estaba dentro de mí. Sabía que mi orgullo era lo que impedía que el Espíritu Santo de Dios entrara en mí, porque siempre había usado mi propia fuerza de voluntad para manejarme en la vida. Tenía que dejar mi orgullo de lado y entender que Dios es quien todo

lo controla y que puedo confiar en Dios y descargar mis preocupaciones y cargas sobre Él.

Esta lucha por recibir el Espíritu Santo era una prueba de mi fe, y le dije a Dios que no me iría del seminario sin el Espíritu Santo. Quería ir al cielo con los hermanos y las hermanas de la iglesia y ver al Señor.

El día antes de que terminara el seminario, la esposa de un pastor me dijo que yo estaba a punto de recibir el Espíritu Santo y que todos los pastores opinaban que si me esforzara un poco más en la oración, lo recibiría. Esto me animó mucho.

Le oré a Dios diciendo que si me daba su Espíritu Santo, le serviría por el resto de mi vida. Le daría todo lo que tenía porque se lo debía.

Luego de la oración matutina del último día, un pastor me dijo que había recibido el Espíritu Santo. Pero como no había sentido mover mi lengua, pensé que no lo había recibido. Le dije a una hermana que no estaba segura de haber recibido el Espíritu Santo porque no había notado nada diferente. Pero ella me dijo que no debía dudar, porque si dudaba, Dios podía quitarme el Espíritu Santo.

En la última oración del seminario, fui al frente de la capilla y me arrodillé a orar. Decidí no dudar sino creer que tenía el Espíritu Santo, y sentí que mi lengua se movía. En ese momento supe que realmente había recibido el Espíritu Santo y estaba muy agradecida y feliz.

Ahora soy una persona muy diferente en comparación con lo que era antes de venir a Cristo. Solía llorar mucho y estaba triste constantemente, pero ahora entiendo que a pesar de que la vida de los cristianos tampoco es fácil y que a veces también lloramos debido a nuestros sufrimientos, tenemos una esperanza.

Sin Dios, hoy no estaría aquí. En el pasado estaba muy perdida, no sabía lo que me sucedería y no tenía idea qué sería de mi futuro. Pero ahora sé que hay un propósito para todos nosotros en la vida. Mi propósito es servir a nuestro Señor, nuestro Maestro.

He experimentado mucha gracia de Dios y me consuela saber que hay un Creador que me entiende. Solía sentir que nadie jamás entendería mis dolores y sufrimientos porque nadie estaba en la misma situación que yo. Pero ahora, cada vez que oro, sé que Dios está ahí y que se compadece de mí y sabe exactamente cómo me siento cuando le dirijo mis clamores.

Saber que Dios me comprende me da fuerzas para vivir día a día. No tengo nada que temer, porque Dios ya me ha dicho que Él es mi Dios y que siempre estará conmigo.

“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia”
(Isaías 41:10). 🗨️

5. Cómo encontré a mi familia espiritual

Autora: Molica Nol

Lugar: Pacífica, California, EE.UU.

FELIZ POR FUERA

Nací el 16 de abril de 1993. Mi mamá tenía dieciséis años y mi papá no estuvo allí cuando nací. Poco después, mi papá fue encarcelado por dispararle a alguien y mi mamá quiso darme en adopción. Pero gracias a Dios, mis abuelos lucharon por mi custodia y se convirtieron en mis tutores. Gracias a ellos, hoy puedo estar aquí en La Verdadera Iglesia de Jesús y tener hermanos y hermanas en Cristo.

Crecer sin una figura paterna fue difícil para mí porque no tenía a quién admirar. Y a medida que iba creciendo, empecé a odiar mi vida cada vez más porque pensaba que la vida no tenía sentido.

Cuando ingresé a la escuela secundaria, mi depresión empeoró. Todos los días repetía en mi cabeza: “Quiero matarme, quiero matarme”. Sentía un vacío en mi corazón y pensé que nada en este mundo podía reemplazar o llenar ese vacío.

Odiaba mi vida intensamente porque la vida en la escuela secundaria era difícil—sentía que no le importaba a nadie, todos tenían novios o novias, y yo quería ser buena onda, pero ser buena onda no me hizo sentir mejor.

Durante mi primer año de la escuela secundaria, siempre me escabullía para ir a fiestas en donde trataba de encontrar la felicidad. En esas pocas horas, la euforia me dominaba, pero luego me daba cuenta de que en realidad me estaba poniendo en ridículo a mí misma, y nunca sentí verdadera felicidad.

Con el tiempo, esta situación empeoró. Me veía feliz por fuera, pero por dentro me estaba muriendo lentamente y la oscuridad cubría mi corazón. Me era difícil amar y confiar en las personas. Pensaba que todo el mundo se las tenía conmigo y me daba paranoia contarle algo a alguien.

En 2008 cambié de escuela secundaria. Al principio estaba un poco preocupada porque tenía que entablar nuevas amistades, pero esto no resultó tan difícil. Lo que sí es que todos los amigos con los que me juntaba estaban involucrados con la droga y el alcohol. En ese momento pensaba que era normal que los adolescentes consumieran drogas y bebieran, así que no me pareció que fuera algo malo.

ESPERANZA PERDIDA

Después de un mes en la escuela nueva, me enteré de que me tenía que mudar a California al final del año académico para vivir con mi tío. A mi tío lo veía dos veces al año, pero apenas le hablaba. Sólo sabía que era un pastor y que viajaba mucho. No le veía sentido al hecho de vivir con una persona que nunca estaba en casa.

Saber que me estaba por mudar hizo que perdiera la esperanza completamente. No creía que la mudanza mejoraría mi vida. Siempre veía el lado negativo de las cosas porque parecía que todo había ido mal en mi vida y nunca estaba feliz.

Cada vez que pensaba en la mudanza me deprimía, y cuando les conté a mis amigos que me iba a mudar, nadie me creyó. A ellos no les importó porque pensaron que estaba bromeando.

Todo se volvió patas arriba en mi vida: la escuela, mis amigos y mi familia. No me estaba yendo bien en la escuela porque nunca había querido ir y nunca prestaba atención en clase. La relación que tenía con mis amigos terminó porque era gente con la cual nunca me debería haber juntado en primer lugar. Mi familia nunca fue unida o cercana como una verdadera familia; éramos una familia fallida, donde todos iban a fiestas o apostaban, y nunca había nadie en casa.

Al final del año académico, las cosas se pusieron tan mal que quería matarme; empecé a lastimarme y cortarme lo más que pude. Me decía a mí misma: “No valgo nada, soy estúpida y a nadie le importa lo que me pasa”. No me importaba nada ni nadie, ni siquiera las personas que me amaban.

Antes de que terminaran las clases, pensé en suicidarme tirándome de un puente porque creía que era la manera más fácil de terminar con mi vida. Pero alguien hizo que me diera cuenta de que había más en la vida que desear la muerte.

Una de mis amigas más íntimas, que ahora es como una hermana para mí, me dijo: “Nadie puede volver atrás y empezar de nuevo, pero todos podemos empezar el día de hoy y crear un nuevo final”. Ella hizo que me diera cuenta

de que aunque no podía empezar mi vida de nuevo, podía darle un nuevo comienzo a cada día y crear un final diferente para mí.

EXPERIMENTAR A DIOS

Estaba lista para un nuevo comienzo en California, pero estaba triste porque iba a perder a todos mis amigos y no iba a poder ver a mi familia con tanta frecuencia.

Sin embargo, cuando mi tío me llevó a La Verdadera Iglesia de Jesús, sentí el amor de los miembros. Incluso aquellos que no sabían hablar en inglés se esforzaban en saludarme cuando me veían. Nunca en mi vida había conocido a gente tan amable y compasiva.

Disfrutaba ir a la iglesia y aprender acerca de la Biblia. Descubrí que Dios es un Dios grandioso y que su amor se manifiesta a través de los hermanos de la iglesia. Cada vez que entraba a la iglesia, sentía una paz en mi corazón que nunca había sentido antes. Es una sensación que no sé cómo describir.

Mi vida cambió completamente en el verano de 2008 porque experimenté a Dios por primera vez en mi vida. Fue la sensación más reconfortante que jamás había sentido.

El Seminario Teológico Nacional de Jóvenes se estaba llevando a cabo en el norte de California y tuve la oportunidad de visitar un par de veces. Cada vez que iba, participaba de las sesiones de oración, y por medio de las oraciones me di cuenta de que quería cambiar mi vida y recibir el Espíritu Santo.

La primera vez que oí a los miembros de la iglesia orar en lenguas pensé que estaban locos. Pero luego entendí que el Espíritu Santo es un regalo de Dios y que si lo recibía, podría ser una persona diferente. A partir de ese momento, empecé a pedirle a Dios que me diera el Espíritu Santo porque quería dejar de estar triste.

Luego del servicio del sábado durante el seminario, una hermana me preguntó si quería orar con ella y el resto de los estudiantes del seminario. Por alguna razón, en ese momento no quería orar sino que quería irme a casa, así que le dije que no. Pero resultó que todavía no podíamos irnos, así que terminé orando con ellos.

Cuando me arrodillé, sentí que la paz y la alegría volvieron a mi corazón. Me di cuenta de que tenía que abrir mi corazón a Dios, porque Él escucha nuestras oraciones. Por fin estaba lista para dejar mi pasado y contarle todo a Dios, porque sabía que a Él sí le importaba.

En aquella ocasión, no sólo oré por mí misma sino que también oré por otros porque sabía que su sufrimiento era mayor al mío. Luego, sentí una brisa cálida y sentí que el Espíritu Santo se movía dentro de mí. De a poco, comencé a hablar en lenguas y sentí el amor y la calidez de Dios sobre mí.

Cuando terminó la oración, lágrimas de alegría seguían cayendo de mis ojos. Sabía que Dios había entendido todo lo que había sufrido y que había escuchado mis plegarias. Mi corazón por fin se calmó. Fue una sensación que no sé cómo describir, pero las palabras de Dios pueden describirla:

[Y] la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Romanos 5:5).

MI FAMILIA ESPIRITUAL

Pocos días después del término del seminario hubo una convocatoria estudiantil en la iglesia de Garden Grove. Estaba muy entusiasmada porque era la primera vez que participaba de este tipo de eventos, y quería pasar tiempo con Dios y orar por mi prima que todavía no había recibido el Espíritu Santo.

Cierta noche en la convocatoria estudiantil, el aire acondicionado se había descompuesto y hacía mucho calor, así que tuvimos que abrir todas las ventanas de la capilla durante la oración vespertina. Luego de la oración me sentí muy mareada, y mientras caminaba de regreso a mi asiento sentí que estaba a punto de desmayarme. Así que me senté en el banco más cercano y traté de respirar correctamente.

Alguien me preguntó qué me pasaba, pero en ese momento no podía escuchar con claridad. Entonces, una de mis consejeras me llevó a la capilla secundaria, me acostó en el suelo y se aseguró de que tomara suficiente agua. Ella comenzó a tararear mis himnos favoritos, lo cual fue una sensación muy agradable.

Pronto, otras personas entraron a la habitación. Yo los podía oír hablar y preguntar si yo estaba bien. Luego, comenzaron a orar por mí y sentí que la habitación estaba llena del Espíritu Santo. Cuando terminaron de orar, pude levantarme y me fui a descansar a mi habitación. Estaba muy conmovida por el amor de los hermanos porque se tomaron el tiempo para orar por mí cuando podían haber hecho otras cosas.

Estaba triste cuando terminó la convocatoria estudiantil. A pesar de que sólo había pasado unos días con estas personas que nunca había conocido antes, sentí como si las hubiera conocido por años. En la convocatoria estudiantil convivimos como amigos y como familia espiritual. Esta es la clase de familia que había buscado toda mi vida.

Realmente aprendí mucho de los otros estudiantes de la convocatoria estudiantil. Ellos me enseñaron a relajarme y a ser simplemente una niña por un tiempo. También me enseñaron a amar, porque me mostraron mucho amor, y me dijeron que ellos aman porque Dios los amó primero.

Un versículo de la Biblia que leímos durante la convocatoria estudiantil me conmovió mucho:

Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley (Gálatas 5:22, 23).

Este versículo me conmovió porque nos dice que si tenemos el Espíritu de Dios, podremos tener todas estas cualidades que Dios también tiene. A través de la convocatoria estudiantil, por fin encontré el camino que había estado buscando: el camino de la salvación. Regresé a casa con un corazón tranquilo y puro, sabiendo que Dios es mi Salvador, el autor y consumidor de mi fe.

EL ABRAZO DE DIOS

Por la gracia y misericordia de Dios, unos meses después de la convocatoria estudiantil fui bautizada junto a otros tres miembros de mi familia en la iglesia de Pacífica. Realmente creo que La Verdadera Iglesia de Jesús es la única iglesia que puede salvarnos. Sé que hay un sólo Dios verdadero y que Él es el Dios que adoramos y a quien oramos.

Durante las oraciones de la convocatoria espiritual previas al bautismo, me aseguré de arrepentirme de todos mis pecados. Cuando me estaba arrepintiéndome, sentí que la carga que había oprimido mi corazón por tanto tiempo por fin había sido levantada. Era como si estuviera flotando en el aire, y supe que Dios estaba escuchando mis oraciones.

Cuando llegamos al sitio del bautismo, el agua estaba congelada y hacía mucho frío. Mi tío me dijo que tenía que ser la valiente y ser la primera en bajar al agua. A medida que entraba en el agua fría y congelada, repetía “aleluya” en mi corazón.

Mi cuerpo pecaminoso fue sumergido en el agua en el nombre del Señor Jesucristo y cuando salí del agua sentí calidez. Dios había lavado mis pecados y sentía como si me estuviera abrazando con sus brazos.

Luego de mi bautismo, mi familia notó que cambié mucho como persona. Mi mayor debilidad siempre había sido la ira. Luchaba contra ella todos los días, porque hasta las cosas más pequeñas me solían enfurecer. Cuando me enojaba, no pensaba antes de actuar o de hablar, así que a menudo hería los sentimientos de la gente sin saberlo, y gritaba y golpeaba las cosas que estaban a mi alcance.

Sin embargo, luego de venir a Cristo y de recibir el bautismo, me di cuenta de que nada de esto era la solución a mis problemas. Así que ahora, cuando estoy enojada o frustrada, en lugar de explotar en seguida, puedo dar un paso atrás y preguntarme: “¿Es esto lo que haría un cristiano?”.

La ventaja de vivir en una familia donde Dios es prioridad es que Dios nos puede ayudar a ver qué está bien y qué está mal, y nos puede decir si las decisiones que tomamos son o no son de acuerdo a la voluntad de Dios. He aprendido a confiar en Dios cada vez que me empiezo a enojar, y lo que más me ayuda es saber que Dios está siempre presente y que nunca me abandonará pase lo que pase.

Nuestras debilidades pueden ser la forma en que Dios nos muestra su gracia, comprensión y misericordia. Pude acercarme a Dios mediante el arrepentimiento y cambiando el rumbo de mi vida. Gracias al amor y la misericordia de Dios, pude encontrar una familia espiritual y adquirir un corazón tranquilo y pacífico. Sobre todo, sé que Dios nunca nos dejará a la deriva cuando más lo necesitamos. 🗨️

6. Las puertas de la salvación y nuestro padre

Autores: Vuthy y Ha Nol-Mantia

Lugar: San José, California, EE.UU.

El 10 de julio de 2005, a los 59 años, Frank Mantia nació de nuevo. No del vientre de su madre, sino de la sangre redentora de nuestro Señor Jesucristo. Dos meses antes del fallecimiento de su amado padre, Vuthy y su esposa Nhatha ("Ha") tuvieron la bendición de presenciar su bautismo. Aquí, ellos dan testimonio en memoria de su querido padre y hermano en Cristo.

Padre e hijo caminan codo a codo en el agua, mientras las olas baten suavemente sobre ellos. Vuthy es un joven alto y delgado de origen camboyano, mientras que su padre, Frank, es un siciliano bajo, macizo y de figura redonda. Joyce, la esposa de Frank, observa a su marido nerviosamente mientras éste camina aguas adentro. Es un día soleado y cálido en Boston, pero las aguas del Océano Atlántico permanecen frías a lo largo del año. Lo último que los médicos recomendarían a un paciente de cáncer como Frank es que se zambullera en el mar.

Pero gracias a Dios, el bautismo se llevó a cabo sin dificultad. Frank subió de las aguas con su mirada clavada en los cielos y los brazos levantados en alabanza al Señor. Padre e hijo regresaron a la costa caminando sin prisa, con sonrisas relucientes en sus rostros, mientras el coro entonaba himnos en melodiosa armonía con el ir y venir del océano. Somos muy dichosos por tener este recuerdo siempre con nosotros.

PADRE ITALIANO, HIJO CAMBOYANO

Frank Mantia nació en Palermo, Sicilia el 22 de marzo de 1946. Vuthy Nol nació 26 años después en Swhy Seasapon, Camboya el 6 de marzo de 1972. Ambos cruzaron océanos para venir a los Estados Unidos con sus respectivas familias a los 9 años y se establecieron en el área de Boston, Massachusetts.

En noviembre de 1983, cierta tarde Vuthy y su amigo no fueron a clase porque no tenían los cinco dólares necesarios para participar de una excursión al museo de ciencias organizada por la escuela. Los dos muchachos pasaron por una verdulería donde hombres corpulentos estaban arrojando montones de calabazas en un contenedor de basura. Los muchachos ociosos preguntaron si podían ayudar. Cuando terminaron el trabajo, el pequeño y atrevido Vuthy entró a la tienda para hablar con el jefe. “Oiga señor, ¿me puede dar un trabajo?” El jefe miró al niño escuálido y dijo: “Sí, puedes venir a sacar la basura y te daré algo de dinero”. Así fue cómo Vuthy conoció a Frank y consiguió su primer trabajo.

Frank y Joyce le tomaron cariño a Vuthy. Varios meses después, la pareja italiana y griega se llevó a este niño camboyano de 11 años a casa y lo crió como a su propio hijo. Vuthy tuvo oportunidades y privilegios que pocos niños inmigrantes de Camboya gozaron. Vuthy fue el único de sus cinco hermanos en asistir a la universidad y además obtener un posgrado en trabajo social.

Vuthy enorgulleció a sus padres, tanto biológicos como adoptivos, al convertirse en un líder de su comunidad y consejero de las familias inmigrantes camboyanas que batallaban la depresión y el trauma de posguerra.

Por la gracia de Dios, Vuthy conoció a nuestro Señor Jesucristo en octubre de 1999. Una invitación informal a un estudio bíblico de nuestra iglesia resultó en una experiencia que cambiaría la vida de Vuthy. Ningún miembro de su familia se hubiera imaginado que cinco años después de asistir a dicho estudio bíblico Vuthy se haría pastor.

Dios le otorgó a Vuthy bendiciones sobre bendiciones, pero lo que más deseaba Vuthy era que su familia también viniera a la iglesia y experimentara la misma alegría en el Señor Jesús. Como agradecimiento por todo lo que sus padres le habían dado, Vuthy quería darles la dádiva de la esperanza de salvación en Cristo.

Fue una bendición para nosotros ver esta esperanza convertirse en realidad durante la etapa final de la vida de nuestro querido padre Frank. Él había estado luchando contra el cáncer por más de siete años. Asimismo, fue interinado incontable cantidad de veces. Sin embargo, llegado el final, supo rendir su alma al Señor.

LA LUCHA CONTRA LA MUERTE

El sábado, 8 de enero de 2005 Joyce, Vuthy y yo estábamos reunidos junto a la cama de Frank en el Hospital General de Massachusetts. Sus recuentos de médula ósea eran desalentadores: 90% de células cancerosas y sólo 10% de

células normales. Además, los médicos descubrieron una nueva cepa de bacterias en su sangre que su debilitado sistema inmunológico no podría combatir.

La condición de Frank era tan crítica que los médicos se aseguraron de leerle sus “derechos de muerte”: le preguntaron si deseaba mantenerse conectado a un respirador, si quería recibir choque eléctrico en caso de que su corazón fallara, si quería donar sus órganos, etc.

Esta triste realidad nos dejó perplejos y sin palabras. Otro grupo de médicos entró a la habitación para examinar a Frank, por lo que Vuthy y yo nos retiramos a la sala de espera.

Había sido un día largo y agotador que había comenzado al amanecer con una desesperada llamada al número de emergencias y una ambulancia llevando de urgencia a Frank al hospital. Frank había despertado aquella mañana sin aire, gritando y pidiendo ayuda. Nos asustamos cuando entramos a la habitación: su rostro estaba pálido como un cadáver y no podía decir ni una palabra. Pensamos que quizá estaba sufriendo un infarto. Su condición finalmente se estabilizó en la sala de emergencias y allí Frank nos explicó qué le había sucedido aquella mañana.

Frank tuvo un encuentro sobrenatural con dos seres espirituales. Él percibió que uno de ellos había sido Dios y que el otro, al cual él llamó “el otro tipo”, había sido alguien malvado. Recordó haberle cuestionado a Dios por qué todavía sentía dolor en su cuerpo estando en la presencia de Dios. Dios no le contestó, pero Frank pronto se dio cuenta de que era “el otro tipo” el que tenía control sobre su dolor.

Frank, sofocado y pálido, gritó pidiendo ayuda mientras dormíamos y fue así que la visión concluyó. Frank comprendió que Satanás había venido por él aquella madrugada, pero Dios le tuvo misericordia a Frank e impidió que el diablo tomara su alma.

EXPERIMENTAR LO QUE DICE LA BIBLIA

Poco después de que los médicos terminaron de examinar a Frank, Vuthy y yo volvimos a su habitación y nos sentamos a su lado en silencio. Extremadamente tristes debido a la posibilidad de que Frank muriera antes de recibir a Cristo, lo único que podíamos hacer era orarle a Dios en llanto para que se apiadara una vez más de su alma. Frank rompió el silencio y dijo de manera casual: “Vuthy, ¿recuerdas aquella vez que fuimos a la iglesia? Cuando ustedes estaban orando, sentí como si viento y fuego me atravesaban”.

Vuthy saltó de su asiento diciendo: “¿Por qué no nos contaste? ¿Sabes cuánto tiempo hemos estado orando por ti?”. Frank se sorprendió por la reacción de Vuthy: “Pensé que lo que sentí era extraño... así que no dije nada”.

Vuthy tomó la Biblia y le mostró el pasaje de Hechos que describe cómo el Espíritu Santo descendió en el día de Pentecostés y la gente sintió soplar un viento recio y vio lenguas de fuego. Frank se sorprendió al ver que lo que había sentido en la iglesia varios meses atrás estaba descrito exactamente en la Biblia.

Vuthy continuó explicándole la importancia de recibir el Espíritu Santo en relación a la salvación y le enseñó a pedir el Espíritu Santo en la oración diciendo “aleluya”. Luego, oramos juntos en la habitación del hospital. Después de la oración, Vuthy le explicó la importancia bíblica de bautizarse en el nombre de Jesucristo, y no en el nombre “del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” como lo habían bautizado a Frank de niño en la iglesia católica.

Asombrosamente, Frank fue convencido y declaró querer recibir el verdadero bautismo cuando estuviera algo mejor. Hasta Joyce, que había pertenecido a la iglesia ortodoxa griega desde su nacimiento, estaba entusiasmada y estuvo de acuerdo en bautizar a Frank una vez que él estuviera mejor. Los ojos de Frank se humedecieron al comprender cuánto lo amaba Dios y que Dios lo estaba llamando.

En el lapso de una hora, Dios convirtió milagrosamente nuestras lágrimas de tristeza en lágrimas de gozo. Vuthy y yo salimos del hospital con un corazón sereno, agradecidos por el amor y la misericordia de Dios, ya que Dios le había perdonado la vida a nuestro padre y nos había dejado ver que había esperanza de que él fuera salvo.

Seis meses después, el 10 de julio de 2005, en nuestro aniversario de bodas, nuestro padre Frank fue bautizado. Luego del bautismo, Frank siguió combatiendo el cáncer y tuvo días buenos y malos, pero cada día Dios le proveyó gracia en cantidad suficiente. La última vez que Frank estuvo lo suficientemente bien para asistir al culto del sábado en la iglesia, Dios lo bendijo con una hermosa visión: Frank vio al Señor Jesús entrar por la puerta de la capilla en su luz gloriosa.

Frank será recordado cariñosamente por sus cuentos, su humor y su cálida sonrisa. Aunque lo extrañamos profundamente, podemos anhelar el día en que padre e hijo, cual pareja desapareja, caminen juntos de nuevo codo a codo, pero esta vez para entrar por las puertas del cielo. 🍓

7. Conmovido por Dios

Autor: Vuthy Nol-Mantia

Lugar: Boston, Massachusetts, EE.UU.

En el nombre del Señor Jesucristo doy testimonio. Nací en Camboya y vine a los Estados Unidos en 1981 cuando tenía nueve años. De 1975 a 1979 hubo un genocidio en Camboya; de las 6 millones de personas que había en el país, 3,5 millones murieron en aquellos años. Todos los días morían personas de hambre o por ejecución, incluso parientes y seres queridos míos. Siempre me había preguntado: “¿Qué clase de Dios creó a las personas y permite que mueran de esta manera? ¿Cómo puede éste ser un Dios bueno? ¿Acaso no ve que toda esta gente está muriendo?”.

Luego de venir a este país, empecé a tener pesadillas. Era la misma pesadilla todas las noches. Cinco espíritus malignos me sujetaban: dos me sujetaban las manos, dos me sujetaban los pies y uno me estrangulaba. Tenía miedo de ir a dormir. Siendo adulto, tenía dos o tres trabajos para poder dormir menos. En todo este tiempo sentía temor y soledad. Cuando leí que los budistas dicen que el mundo está lleno de sufrimiento, creí en ello.

AÑOS TURBULENTOS

Había estado buscando a Dios y la verdad toda mi vida, pero aún sentía una gran soledad en mi corazón. Me decía a mí mismo: “La vida tiene que ser mejor que esto”. Una vez, cuando estaba en la universidad, fui a una fiesta en una casa de fraternidad. Allí vi cómo la gente bailaba, bebía y se divertía, y me dije: “Vaya, así que esto es la felicidad, ¿eh?”. Entonces, durante los dos primeros años de universidad, salía, bebía y bailaba a menudo. Cuando iba a las fiestas, me subía al escenario y bailaba como loco. La gente gritaba mi nombre: “¡Vuthy! ¡Vuthy!”. Pero no pude encontrar la felicidad. Finalmente, me dije a mí mismo: “Esta no es la manera de ser feliz”.

Casi fui dado de baja en la universidad en mi segundo año. Me di cuenta de lo que me estaba pasando y en mi tercer año me calmé un poco, pero todavía

me sentía solo. Pensé que quizá cuando terminara mis estudios, consiguiera trabajo y comenzara a ganar un poco de dinero, eso me haría feliz. Pero cuando me gradué y conseguí un buen trabajo, seguía sintiendo un vacío en mi corazón.

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

En todo este tiempo, seguí buscando la verdad, pero no pude encontrar ninguna religión que me convenciera. Durante un tiempo, fui a una iglesia cristiana donde fui bautizado por primera vez. Pero como Dios no me conmovió y no vi a Dios en esa iglesia, me fui. Luego, mi madre me llevó a una iglesia ortodoxa griega, donde me bauticé por segunda vez. Pero cada vez que iba a esa iglesia me quedaba dormido porque ellos hablaban en griego y no entendía lo que decían.

Luego de irme de esta segunda iglesia, me dije a mí mismo: “Olvidalo, Dios no existe”. Puse todos mis esfuerzos en el trabajo que desempeñaba en una agencia de Boston. Una mujer que trabajaba allí pertenecía a La Verdadera Iglesia de Jesús. Un día, ella vio una Biblia en mi escritorio y me preguntó si quería asistir a un estudio bíblico. Pensé “¿Por qué no? No hay nada que perder”, así que fui. Al final del estudio bíblico, cuando se arrodillaron y oraron en lenguas, eso me asustó. Pensé que estaban locos.

Una de las hermanas debió haber estado orando por mí, porque estaba esperando con ansias poder ir al estudio bíblico de nuevo la semana siguiente. Durante aquella reunión, sentí que Dios me conmovió. Empecé a asistir a los estudios bíblicos regularmente, y luego comencé a asistir a los servicios de la iglesia. A pesar de que sólo nos reuníamos en una casa de oración, sentí que Dios estaba allí. Comencé a orar sinceramente todas las noches porque sentía que Dios me conmovía. Todas las enseñanzas bíblicas que aprendí y seguí se hicieron realidad.

DIOS ME CONMOVIÓ

Una noche, cuando estaba durmiendo, un poder vino sobre mí y me dijo: “Vuthy, levántate y ora”. Así que dije: “Bueno”, y me puse a orar. Dije “aleluya” y un poder vino sobre mí y mi lengua comenzó a moverse. Cada vez que decía “aleluya” me caía postrado. Empecé a llorar de alegría porque sentí el amor y la misericordia de Dios. Esta fue la primera vez que sentí alegría en mi corazón y supe que provino de Dios. Durante esa oración, Dios me mostró qué clase de persona era y me reveló todos los pecados que había cometido durante la escuela secundaria y la universidad.

Mientras estaba orando, Dios me conmovió y me hizo decir: “Lee 1 Pedro”. En aquel entonces ni siquiera sabía dónde estaba 1 Pedro en la Biblia. Así que me levanté, encendí las luces y busqué 1 Pedro capítulo 1. A medida que leía la Biblia, las palabras de Dios cobraron vida, casi como si fueran tridimensionales. No podía creer lo que estaba pasando. Cada palabra vino a mí como si estuviera viva y eso realmente me conmovió.

BATALLA ESPIRITUAL

Sin embargo, unos días más tarde mis pesadillas regresaron. No había tenido esas pesadillas por un par de años. Eran los mismos cinco espíritus, pero esta vez, me estrangulaban con más ferocidad. No podía respirar, no podía gritar, pero dije: “En el nombre del Señor Jesucristo”, y se fueron.

Les pregunté a los hermanos y hermanas de la iglesia por qué seguía teniendo pesadillas si ya tenía el Espíritu Santo. Ellos me preguntaron si tenía algún ídolo en mi casa. De hecho, tenía una pequeña cabeza de Buda de oro, y me dijeron que tenía que deshacerme de ella. Así que en el nombre del Señor Jesucristo, la tiré por el inodoro.

La noche siguiente, tuve otra pesadilla, pero esta vez había un sólo espíritu. Este espíritu grande y negro me estaba estrangulando y no podía ver su rostro. Esto me asustó mucho porque era algo nuevo. Así que dije: “En el nombre del Señor Jesucristo”, y comencé a contraatacar al espíritu estrangulándolo. Sujeté al espíritu contra mi cama y vi que su rostro estaba carcomido y lleno de gusanos. Luego, de repente desapareció.

Le pregunté otra vez a una hermana de la iglesia por qué seguía teniendo pesadillas. No entendía por qué, porque creía que ya no tenía más ídolos en mi casa. Ella me dijo que tenía que revisar de nuevo. Así que busqué y busqué, y finalmente encontré otra cabeza de Buda que mi madre me había dado hace mucho tiempo. Me había olvidado de que estaba en mi alhajero. Así que de nuevo, en el nombre del Señor Jesucristo la tiré por el inodoro.

LA “PRÁCTICA” DE MI PADRE

Cierto tiempo después, empecé a hablarle de Dios a mi padre. Mi padre tenía setenta y tres años, y desde que era joven en Camboya, siempre había practicado hechicería. Todo el pueblo sabía que nadie podía matarlo a tiros o a puñaladas. Cuando yo era niño, me sentía orgulloso de él, pero no creía realmente lo que la gente decía.

Cuando nos mudamos a los Estados Unidos en 1981, mi familia fue tratada terriblemente. Quemaron nuestra casa dos veces, y la segunda vez, mi padre

salió y comenzó a pelear con las personas que estaban tratando de incendiar la casa. Uno de los tipos tomó un bate de béisbol y trató de golpear a mi padre, pero mi padre levantó su brazo y quebró el bate por la mitad. Luego de lo sucedido, comencé a creer que mi padre realmente practicaba hechicería.

La primera vez que mi padre fue a una iglesia cristiana en los Estados Unidos, se enfermó tan gravemente que casi murió. Su “espíritu maestro” de hechicería vino y le dijo que lo mataría en caso de que siguiera yendo a la iglesia. Por ende desde 1981 hasta 1999 mi padre nunca fue a la iglesia.

En junio de 1999 fui a pescar con mi padre. En ese entonces, ya había estado yendo a La Verdadera Iglesia de Jesús y realmente creía en la existencia de Dios y sentía su amor. Me dije a mí mismo: “Esta es una gran oportunidad para hablarle de Dios a mi padre”. Le dije: “Nunca te he pedido que hicieras nada, pero he encontrado a Dios y quiero que vengas a la iglesia sólo cinco veces. Si después de estas cinco veces no sientes nada, nunca más tendrás que volver”. Él estuvo de acuerdo y dijo: “Está bien hijo, lo haré por ti”.

Aquella misma noche, mi sobrina se encontraba en la habitación de mi padre. De repente comenzó a gritar: “¡Abuela, abuelo! ¡Alguien quiere matarme!”. Mi padre miró alrededor pero no vio a nadie. Entonces se dio cuenta de que era su “espíritu maestro” de nuevo. Al día siguiente, mi padre me contó lo que había sucedido y le dije que no tenía que preocuparse porque Dios es el Dios más poderoso y sólo Él puede quitar la vida.

DESHACERSE DE LO VIEJO

El siguiente viernes, durante el estudio bíblico, les pregunté a los hermanos y hermanas qué debía hacer con toda la parafernalia budista en la habitación de mi padre. Ellos me dijeron que lo mejor era orar y deshacerse de todo. Pero, ¿quién se atrevería a entrar a su habitación y deshacerse de todo? Mi padre no lo haría, y yo no tenía suficiente fe para hacerlo. Así que lo único que podíamos hacer era orar.

Gracias a Dios, mi padre vino a la iglesia ese sábado. Después de la oración, le pregunté cómo se sentía. Él dijo: “Me sentí frío y con escalofríos”. Cuando escuché esto, pensé: “Esto no es bueno”. Luego me enteré de que llevaba una gran cabeza de Buda alrededor de su cuello, así que le dije: “Este es el problema, tienes que deshacerte de esto. También tienes que deshacerte de todas las otras cosas que tienes en la habitación si realmente quieres orarle a Dios”.

Con la ayuda de Dios, mi padre se deshizo de toda su parafernalia budista, incluyendo su collar, y comenzó a orar todas las noches.

UNA VIDA NUEVA

El siguiente sábado, mi padre vino a la iglesia y se arrodilló a orar de nuevo. Nunca le había contado cómo se siente tener el Espíritu Santo. Luego de la oración, dijo que sintió un hormigueo por todo su cuerpo y que era una sensación agradable. Al escuchar esto, le di gracias a Dios.

Esa misma semana, a mi padre le comenzó a doler la pierna izquierda, a tal punto que ni siquiera podía caminar. No entendía por qué le estaba pasando esto. En el camino a la iglesia me dijo: “Si tu Dios es el Dios verdadero, entonces que cure mi pierna”. Cuando escuché esto, pensé: “¡Es nuestro, Señor!”. Mi padre es un hombre de palabra. Yo sabía que lo único que teníamos que hacer era tener fe y orar y Dios lo sanaría.

La pierna le dolió por una semana, y una noche despertó llorando de dolor. En el instante en que se levantó sintió un poder ir de su pie hasta su rodilla, y luego fue capaz de caminar. Me llamó y me contó lo que había sucedido, y yo estaba feliz. Los hermanos y hermanas de la iglesia habían orado mucho por él.

En el camino a la iglesia el siguiente sábado, mi padre me dijo: “Hijo, seguiré tu fe; ya le dije a tu madre que seguiré tu fe y seguiré a tu Dios”. Doy gracias a Dios. Mi padre ha practicado el budismo toda su vida, al igual que sus abuelos y bisabuelos. Es realmente un milagro que él haya podido creer en Dios y venir a la iglesia.

A través de esta experiencia aprendí que cuando oro con sinceridad y fe, todo es posible en Dios. Que toda la gloria y la alabanza sean al nombre de Cristo. 🗨️

8. Mi camino hacia la salvación

Autora: Lynn Hsieh

Lugar: Irvine, California, EE.UU.

A leluya, en el nombre de Señor Jesús doy testimonio.

En mi juventud nunca pensé que algún día iría a creer en Jesús. En primer lugar, mi familia practicaba el culto a los antepasados y a los ídolos por tradición. En segundo lugar, los cristianos me fastidiaban porque sentía que sus obras no eran tan buenas como las de los budistas. Cuando los cristianos trataban de predicarme el evangelio, los ignoraba y sentía pena por ellos porque creían en la Biblia.

En agosto de 1997, una vecina cristiana de otra iglesia vino y me predicó el evangelio. Ella era muy agradable, y debido a que en ese momento estaba teniendo dificultades en mi matrimonio, fui a la iglesia con ella. Luego de varias visitas, no sentí ningún tipo de conmoción o emoción, pero continué yendo para entablar nuevas amistades y socializar.

En octubre de 1997, una hermana de La Verdadera Iglesia de Jesús me introdujo a la iglesia. Era difícil ignorar su persistencia, así que después de varias invitaciones, finalmente acepté asistir a un servicio familiar. Por primera vez, fui conmovida por el sermón del pastor.

Me pregunté por qué nunca había escuchado palabras tan maravillosas, especialmente en las iglesias anteriores a las que había ido. En su sermón, el pastor enfatizó que la verdadera iglesia contaba con la presencia de Dios. Pensé que esto era interesante porque creía que Buda era Dios. ¿Acaso había otro Dios?

LA PUERTA DEL GARAJE

Cierto día, luego de conducir mi automóvil fuera del garaje de mi casa, traté de cerrar la puerta del garaje con el control remoto, pero no pasó nada. Luego de varios intentos, la puerta seguía abierta. De pronto, recordé que en la

iglesia habían dicho que hay un Dios, así que pensé: “¿Por qué no pedirle ayuda a Dios?”.

Le oré a Dios diciendo: “Si existes de verdad, por favor cierra la puerta del garaje”. Apreté el botón del control remoto de nuevo, e inesperadamente, la puerta se cerró. Estaba muy sorprendida, pero pensé que era sólo una coincidencia, por lo cual seguí mi camino.

Al día siguiente, cuando estaba por salir, tuve problemas cerrando la puerta del garaje de nuevo. Así que pensé: “Esta vez voy a apretar el botón del control remoto con más firmeza. El sensor debió de haber sufrido alguna falla ayer”.

Bajé el vidrio de la ventana de mi automóvil y apunté el control remoto hacia el garaje. Probé toda forma de hacer que el control remoto funcionara.: apreté con fuerza y suavidad, apunté hacia la izquierda y hacia la derecha. Intenté unas veinte veces, pero la puerta del garaje seguía abierta. No tenía más remedio que orar. Y como el día anterior, luego de orar, apreté el botón y la puerta del garaje se cerró.

Al día siguiente, volvió a ocurrir lo mismo. Esta vez, intenté apretar el botón unas cuarenta veces, pero nada, no funcionaba. Pero milagrosamente, después de orar, apreté el botón y la puerta del garaje se cerró. Esto sucedió tres días seguidos. Pero como yo era la única que lo había visto, esto no fortaleció mi fe.

Al día siguiente, luego de recoger a mis hijas de la escuela, abrí la puerta del garaje desde el interior. Reuní a mis hijas y les pedí que se pusieran de un lado. Apreté el control remoto, y como los días anteriores, la puerta no bajó. Entonces, mis tres hijas se turnaron para apretar el botón del control remoto, y aun así la puerta no cerraba.

Entonces dije: “Miren, ahora le voy a pedir ayuda a Dios” y me arrodillé en donde estaba parada. Después de levantarme de la oración, apreté el botón y la puerta se cerró.

Mis tres hijas dijeron: “¡Esto es increíble, mamá! ¿Cómo lo hiciste?”.

Yo les respondí: “No fui yo, fue por la ayuda de Dios”.

Esta vez hubo tres testigos que vieron lo ocurrido. Sentí que había establecido una fe genuina de que Dios realmente existe.

ALEGRÍA EN EL ESPÍRITU

Continué yendo a la iglesia para escuchar sermones y estudiar la verdad, pero tenía muchas dudas sobre la oración en el Espíritu (hablar en lenguas).

Una noche, después de asistir a un servicio familiar, sentí un entumecimiento en la mano. Era un entumecimiento diferente. Así que me dije a mí misma: “¿Acaso esto es el Espíritu Santo?”. Pero como no creía en el Espíritu Santo, ignoré la sensación. Diez minutos después, la sensación se hizo cada vez más fuerte y parecía que todo mi cuerpo vibraba.

Corrí a una pequeña habitación, cerré la puerta y me arrodillé diciendo: “En el nombre del Señor Jesús oro. Aleluya, alabado sea el Señor Jesús”. Mis manos y mi cuerpo comenzaron a moverse inmediatamente y comencé a hablar en lenguas. Esto duró por unos quince minutos. Mis manos se cansaron pero fui incapaz de detener el movimiento. Sin saber qué hacer, le dije a Dios: “Mis manos están cansadas”, y en ese preciso momento, el movimiento se detuvo.

Luego empecé a entonar cánticos espirituales; me escuché a mí misma cantar una melodía muy hermosa, pero parecía que no era yo la que cantaba. Mientras duró el cántico, mi corazón estaba más que gozoso, y sentía como si estuviera en el cielo. Fue realmente una experiencia incomparablemente maravillosa.

Después me di cuenta de que había recibido el Espíritu Santo. Caí postrada en el suelo y repetía: “¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!”.

Luego de esta experiencia, concluí que lo que había escuchado era la verdad, que Dios realmente está en La Verdadera Iglesia de Jesús y que el Espíritu Santo da testimonio de esto. Después de estudiar la verdad por unos meses más, fui bautizada el 5 de julio de 1999 en el nombre del Señor y me convertí en la hija del Señor.

Así fue cómo fui elegida por Dios. Gracias a Dios. Que toda alabanza, gracia y gloria sean para el verdadero Dios del cielo para siempre. 🗨️

9. Verdadero sosiego

Autora: Fay Shen

Lugar: Garden Grove, California, EE.UU.

El 16 de julio de 1999, el avión privado en que viajaban John F. Kennedy, Jr., su esposa y su cuñada se estrelló en el océano Atlántico. La noticia de su trágica muerte trajo a mi mente el pasaje de Eclesiastés 9:5–6:

Porque los que viven saben que han de morir,

pero los muertos nada saben,

ni tienen más recompensa.

Su memoria cae en el olvido.

También perecen su amor,

su odio y su envidia;

y ya nunca más tendrán parte

en todo lo que se hace debajo del sol.

Antes de aceptar a Jesús en mi corazón, meditaba con frecuencia sobre el sentido de la vida. ¿Qué sucedería si tuviera un accidente fatal el día de mañana? ¿Seré reencarnada? ¿Existen el cielo y el infierno? ¿Fui creada simplemente por el proceso de la evolución? Estas preguntas, cuya respuesta no tenía, me causaban preocupación a menudo.

PUNTO DE INFLEXIÓN

Yo crecí en una familia atea. Mi marido desde niño fue miembro de La Verdadera Iglesia de Jesús junto a su familia. Luego de que Zion y yo nos casamos, fuimos a la iglesia una sola vez. Cada vez que había un servicio evangélico, mi suegra siempre nos instaba a ir a la iglesia y buscar la verdad. Pero debido a las largas horas de trabajo, no estábamos dispuestos a renunciar

a nuestro valioso tiempo de descanso, por lo que siempre rechazamos su invitación.

Alrededor de diciembre de 1997, mi suegra nos preguntó de nuevo si queríamos ir a un servicio evangélico. En ese momento, los dos estábamos de vacaciones, así que decidimos darle una oportunidad al servicio evangélico porque “no había nada mejor que hacer”.

Grace, una amiga cercana, fue a iglesia con nosotros por primera vez. Como no queríamos que ella se sorprendiera por la oración en lenguas, Zion y yo le explicamos lo poco que sabíamos acerca del Espíritu Santo.

Durante el servicio, sentí como si el Señor nos estuviera abriendo el corazón y absorbimos la verdad con gran interés.

¿DIOS REALMENTE EXISTE?

A partir de entonces, empezamos a estudiar la verdad. Aunque de niño Zion había ido a la iglesia todos los sábados con sus padres, para él eso sólo había sido una rutina semanal, y nunca había entendido verdaderamente lo que es la verdad.

Durante los servicios evangélicos de 1998 en la iglesia de Baldwin Park, para asegurarse de que Dios realmente existe, Zion le pidió a Dios en la oración que dejara que Grace, mi prima y yo experimentáramos el Espíritu Santo. No se atrevió a pedir el Espíritu Santo para sí mismo, porque sentía que todavía no era digno y que todavía no se había arrepentido totalmente.

Después de la oración, Zion se sorprendió cuando el pastor anunció que tres personas habían recibido el Espíritu Santo esa noche. Cuando se enteró de que esas tres personas eran Grace, mi prima y yo, se sorprendió aún más. Dios le había concedido exactamente lo que él había pedido. Nunca volvería a dudar de la existencia del Señor.

AÑADIDOS AL REDIL

Después de comprender la importancia de creer en el Señor Jesucristo con respecto a la salvación, empecé a preocuparme por mi familia. Entre mis tres hermanos, pensé que mi hermano Charlie tendría la mayor dificultad de aceptar a Cristo. Sin embargo, me di cuenta de que Charlie le hacía caso a su esposa Rio, así que pensé que si Rio aceptara a Cristo, habría esperanzas para Charlie.

También estaba preocupada por mi abuela, porque no sólo tenía problemas de oído debido a su edad avanzada, sino que ella también había sido una budista devota toda su vida. Era difícil transmitirle el evangelio sin una combinación

de escritura y habla en voz alta. Cuando por fin le terminé de explicar la verdad, ella vaciló en renunciar a sus creencias budistas debido a que esa había sido su religión toda la vida.

Grace, Zion y yo oramos con gran diligencia por mis hermanos, Rio y mi abuela. Gracias a Dios, todos aceptaron a Jesús con un corazón sencillo. Rio recibió el Espíritu Santo poco después de su bautismo. Mi abuela quitó todos los ídolos que había en su casa. Más tarde, mi hermana Jean y mi hermano John también aceptaron al Señor Jesús y fueron bautizados, aunque esto requirió largas oraciones de nuestra parte.

Dios escucha nuestras oraciones. Debemos orar con persistencia y no darnos por vencidos, tal como hizo la viuda en la parábola de la viuda y el juez injusto (Lucas 18:1–8). Si nos preocupamos por nuestros seres queridos y otras personas que todavía no han aceptado a Jesús, debemos convencerlos no sólo siendo buenos ejemplos para ellos, sino también por medio de la oración. Nuestras habilidades son realmente insignificantes comparadas con las del Señor todopoderoso. Debemos recordar que el Señor oye el deseo de los humildes y escucha sus plegarias (Salmos 10:17).

Nadie sabe el momento exacto en que dejaremos este mundo y enfrentaremos el juicio de Cristo. John F. Kennedy, Jr. salió felizmente de su casa sin saber que ese sería su último viaje. El Señor le dio y le quitó lo que tenía en este mundo. Por eso, debemos permanecer vigilantes e interceder por otros como las cinco vírgenes prudentes que prepararon aceite y esperaron la llegada del novio (Mateo 25:1–13).

Doy gracias a Dios por haberme guiado a La Verdadera Iglesia de Jesús. Luego de haber entendido la verdad, de haberme bautizado y de haber recibido el Espíritu Santo, he sentido verdadero sosiego en mi corazón. 🗨️

10. Una nueva vida a través de Dios

Autora: J. Chen

UN PASADO SALVAJE

Hoy soy cristiana debido al amor de Dios. Dios me escogió en mi etapa de rebeldía, cuando era la más indigna de todas las personas, para mostrarme lo mucho que me ama.

Cuando estaba en quinto grado, mi familia y yo nos mudamos de Calgary a un pequeño pueblo que estaba a sólo cuarenta y cinco minutos de dicha ciudad, y allí abrimos un restaurante. Mi mamá contrataba a más empleados los sábados para tener tiempo para llevarnos a mis hermanos y a mí a la ciudad para tomar clases de chino, natación, piano, arte, entre otras actividades.

Durante mi adolescencia, seguí tomando clases de chino los sábados. Pero cuando mi mamá nos dejaba a mis hermanos y a mí en la escuela china, a menudo no iba a la clase sino que deambulaba con mis amigos por el centro de la ciudad y el barrio chino. Nos juntábamos con otros amigos para pasar el rato.

Para divertirnos, robábamos coches para ir a dar una vuelta o para irnos de viaje por el fin de semana. También íbamos a fiestas, bebíamos, cometíamos actos de vandalismo, robábamos cuanto podíamos y nos drogábamos.

Dentro de nuestro grupo, nos peleábamos con frecuencia, tanto física como verbalmente, y a veces nos peleábamos con otros grupos que conocíamos. Había mucha violencia, traición, ira, falsas amistades, celos y mentiras.

En aquel período, mi familia estaba muy preocupada por mí. Ellos sabían que había formado malas amistades, pero no estaban al tanto de lo que hacía todo el día.

De los cuatro hijos que somos, yo soy la del medio y a menudo se referían a mí como “la problemática”. Desde que era pequeña, mis hermanos me dejaban fuera de todo porque era diferente a ellos. No era obediente como

ellos, ni me gustaba estudiar o ayudar con los quehaceres de la casa. Así que me volví más afín a mis amigos y me comencé a distanciarme cada vez más de mi familia.

Discutía con mi madre y le gritaba hasta casi enloquecerla. Una vez, ella corrió a casa desde el trabajo y empezó a beber whisky directamente de la botella. A pesar de que mi madre no solía beber, ese día estaba tan molesta y enojada conmigo que prefería morir. Mi padre era un hombre callado y de pocas palabras, pero me enteré por mis hermanos que él se había dado por vencido, y de hecho, me había repudiado como hija.

CONOCIENDO A CALVIN

Seguí viviendo una vida salvaje y peligrosa con malas influencias a lo largo de la escuela secundaria. En mi último año en la escuela secundaria, celebré mis diecisiete años con un asado en el parque. Del numeroso grupo de personas que se reunieron en el parque, conocí a alguien llamado Calvin.

Cuando nos conocimos, no nos llevamos bien porque nuestros mejores amigos eran enemigos, pero a pesar de nuestra mutua aversión empezamos a hablar por teléfono y luego nos hicimos amigos. En ese momento, él era parte de un grupo que hacía cosas peores que mi grupo de amigos.

Poco después de que nos conocimos, Calvin se trasladó a otra ciudad para terminar sus estudios. Hablábamos por teléfono todos los días y nos reuníamos cada vez que podíamos.

Luego de unos meses, empecé a tener más dificultad para ubicarlo. Él me dijo que era porque estaba yendo a la iglesia. Esto fue una gran sorpresa para mí, ya que nunca me había mencionado que era cristiano y que iba a la iglesia. La iglesia a que iba se llamaba La Verdadera Iglesia de Jesús.

Calvin estaba ocupado la mayor parte del tiempo porque atendía cultos religiosos los miércoles, viernes y sábados, y a veces incluso iba a servicios familiares. No sabía lo que le estaba pasando a él, porque estaba en la provincia vecina, así que decidí dejar mis estudios de lado por unos días para ir a visitarlo.

UN CAMBIO INESPERADO Y UNA CARGA LEVANTADA

Cuando llegué, Calvin parecía otra persona. Ya no se vestía con ropa de diseño exclusivo de color oscuro ni tenía reflejos ni peinados destacados. Tenía puesto un suéter verde y unos pantalones de color caqui. Calvin se había teñido el cabello de negro nuevamente y tenía el cabello prolijamente peinado hacia un lado con gel.

Sus amigos, miembros de La Verdadera Iglesia de Jesús, eran francos y agradables, muy diferentes a los amigos con los que Calvin se juntaba antes.

Durante mi visita, lo vi caminar a la parada del autobús para ir a la facultad por la mañana, llevando una mochila grande sobre su espalda. No hay nada de extraordinario en el acto en sí, ya que es algo común que muchas personas hacen todos los días. Lo extraordinario era el hecho de que era Calvin el que lo estaba haciendo. Con mis propios ojos fui testigo de cómo una persona puede cambiar totalmente. Cuando regresó de la universidad, le pedí que me llevara a la iglesia el sábado siguiente.

Cuando llegamos a la iglesia, el sermón era sobre la envidia. Fue muy interesante porque la envidia era un problema con el que lidiaba frecuentemente. Me sentí muy tranquila y feliz después de escuchar el sermón porque sentí como si una gran carga hubiera sido levantada de mis hombros.

Calvin me presentó a muchos hermanos y hermanas aquel día. Una hermana se acercó a mí y compartió muchas palabras de aliento conmigo. Ella me animó a buscar a Dios porque Dios realmente me amaba. Dijo que Calvin me podía traer a la iglesia, pero que no me podía conceder la salvación. Era mi propia responsabilidad buscar a Dios y encontrarlo. Realmente sentí el amor de Dios a través de los hermanos y hermanas aquel día, y esto me conmovió tanto que hasta lloré.

Siempre había pensado que conocía a Dios y que Él formaba parte de mi vida automáticamente; nunca pensé que tenía que “buscarlo”. Como católicos devotos, mi familia asistía a la misa del domingo todas las semanas, pero nunca sentí a Dios de la manera en que lo sentí a través de los hermanos y hermanas de La Verdadera Iglesia de Jesús. Los sermones nunca me conmovieron de la manera en que lo hicieron en esta iglesia.

CAMBIANDO VIEJOS HÁBITOS

Luego de esta experiencia en La Verdadera Iglesia de Jesús, volví a casa y empecé a leer la Biblia. También leí cuidadosamente el fascículo de creencias básicas que me habían dado en la iglesia. La última parte de este fascículo hablaba de la segunda venida de Cristo. En una sección del fascículo se cita el pasaje de 1 Tesalonicenses 4:16, 17:

El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.

Este pasaje provee una vívida descripción de la segunda venida de Cristo. Después de leerlo, tuve muchas ganas de ser uno de los que serán arrebatados en las nubes para recibir al Señor y regresar al hogar celestial.

Seguí estudiando la Biblia y aprendiendo más acerca de las creencias de La Verdadera Iglesia de Jesús. Unos meses después, asistí a los servicios de la casa de oración de Calgary y oré por primera vez con otros hermanos y hermanas.

El predicador dijo que teníamos que ser humildes, arrodillarnos ante Dios, arrepentirnos de nuestros pecados y pedirle perdón. También dijo que los que no habían recibido el Espíritu Santo debían orar y pedir el Espíritu Santo.

Seguí las instrucciones del predicador, me arrodillé y empecé a arrepentirme. Empecé a desenterrar todos los pecados que había cometido en el pasado, y me avergoncé al recordar lo que había hecho. Nunca me había avergonzado antes y nunca me había arrepentido de lo que había hecho.

Sin embargo, en esa oración me sentí muy avergonzada de mí misma e indigna de pedirle a Dios el Espíritu Santo. Cuando estaba pensando en esto, mis brazos empezaron a temblar, empecé a llorar y sentí la presencia de Dios por primera vez en mi vida. La oración fue muy tranquila y llena de luz.

Luego de experimentar la conmoción del Espíritu Santo, seguí estudiando la Biblia y la actitud que tenía hacia mi familia y mis amigos comenzó a cambiar. Hubo menos discusiones en casa, y Calvin me alentó a amar a mi familia y a respetar a mis padres.

Cada vez que discutía con mi madre, le contaba a Calvin, y él me exhortaba a pedirle disculpas a mi madre y a decirle que la amaba. Era muy difícil para mí decir “gracias” y “perdón”. A pesar de que tenía la intención de decir estas dos palabras, tuve que luchar contra todos mis viejos hábitos y mi orgullo para pronunciarlas.

Recuerdo haber llorado delante de mi madre cuando le dije que me había equivocado y que lo sentía. Ella también empezó a llorar y me abrazó.

EL BAUTISMO

A medida que continué buscando a Dios y estudiando la verdad, me di cuenta de que el bautismo que había recibido de niña no había servido para lavar mis pecados. Me registré entonces para ser bautizada en la próxima convocatoria espiritual.

El bautismo fue en un día frío en noviembre. Tuvimos que conducir por aproximadamente una hora y media para llegar al lago.

Cuando llegamos, caminamos hasta la orilla y vimos que ¡el lago se había congelado! Aunque había sol y la nieve todavía no había comenzado a caer, el lago ya estaba congelado.

Lo primero que pensé fue que Dios no quería que me bautizara ese día. Sin embargo, los hermanos y las hermanas tomaron la iniciativa y trataron de romper el hielo y hacer un agujero en el lago. Grandes y chicos comenzaron a lanzar piedras, pisotear el hielo y golpear el agua congelada con ramas que encontraron en la orilla.

Era muy conmovedor ver el esfuerzo de estos hermanos y hermanas. No estaban dispuestos a perder la oportunidad de salvar un alma más. Poco tiempo después, se hizo un agujero lo suficientemente grande como para dos personas en la gruesa capa de hielo y fui bautizada en el nombre del Señor Jesús.

UNA VIDA NUEVA JUNTOS

Calvin y yo nos casamos el año de mi bautismo. Como queríamos empezar una vida nueva en Cristo, decidimos mudarnos para evitar nuestro pasado y los malos amigos que hicimos años atrás.

Este cambio fue muy repentino. No nos separamos lentamente de nuestros amigos, sino que cortamos toda comunicación con ellos. Fue una decisión consciente y deliberada, sabiendo que si queríamos tener una vida nueva en Cristo, teníamos que cambiar nuestra forma de ser, y sobre todo, cambiar los amigos con quienes nos juntábamos. Gracias a Dios, por medio de su amor, estos cambios no fueron difíciles.

Ambos estamos agradecidos de que nuestro pasado no vino a buscarnos y que nuestros corazones no fueron tentados a volver a disfrutar de las maldades del mundo. Luego de renunciar a nuestro antiguo estilo de vida, tuvimos mucho tiempo libre en nuestras manos y decidimos llenarlo con Dios.

Anhelaba la llegada del atardecer de los viernes porque era el comienzo del sábado. Los hermanos de la iglesia me brindaron mucha atención porque sabían que me había bautizado recientemente y gentilmente estudiaron la Biblia con Calvin y conmigo durante la semana. Algunos miembros de la iglesia también nos invitaron a sus casas para cenar y para compartir la palabra de Dios con nosotros.

Como nos casamos muy jóvenes, Calvin y yo nos prometimos que si alguna vez discutíamos, nos arrodillaríamos a orar y confiaríamos nuestros problemas a Dios. Creímos que Dios cuidaría de nuestro matrimonio y se convertiría en el jefe de nuestra familia.

El cambio de mi vida sorprendió a mis amigos de antes y a mi familia. Incluso los padres de mis amigos, que antes nos seguían a todas partes para ver lo que hacíamos, no podían creer que les estaba hablando acerca de Dios y sobre cómo mi marido y yo estábamos dispuestos a encomendar nuestro matrimonio a Dios.

Juntos, Calvin y yo hemos degustado la alegría de vivir una vida sencilla y tranquila en Cristo, que es mucho mejor que lo que el mundo puede ofrecer.

ACEPTADA POR DIOS

Nuestro maravilloso Señor tiene un plan para todo. Incluso tuvo un plan para una muchacha de un pueblito quien no sólo era la oveja negra de la familia, sino que tampoco estaba dispuesta a escuchar a nadie.

Vine a la iglesia de Dios porque presencié el dramático cambio de la vida de un amigo, lo cual llamó mi atención y quise saber las razones de esta transformación. También fui atraída a conocer a Dios porque sentí su amor a través de los hermanos y hermanas en la iglesia, así como la conmoción de Dios en mí cuando oraba por el Espíritu Santo.

Romanos 8:38, 39 dice:

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

El amor de Dios es tan grandioso que no sé si lo podemos comprender completamente. Sólo podemos relacionarlo con lo que hemos experimentado en la vida y asumir que el amor de Dios es infinitas veces más grande que eso.

El único amor comparable al amor de Dios que he experimentado es el amor de mis padres. Mis padres habían sacrificado mucho para que mis hermanos y yo pudiéramos tener un buen futuro. Trabajaron muy duro en el restaurante e invirtieron su tiempo y dinero en nuestra educación y otras clases extracurriculares. Siempre nos dieron lo mejor y se quedaron con las sobras.

Aun así, este amor es limitado. En la etapa más rebelde de mi vida, mis padres me repudiaron como hija, no porque no me amaban, sino porque los había lastimado más allá de lo que cualquier ser humano puede soportar. Recuerdo que mi mamá me había dicho: “Te daré de comer, puedes seguir viviendo aquí, pero ya no eres mi hija”. Cuando escuché esto, lucí una cara estoica y no mostré ninguna emoción, pero en realidad me sentía vacía y sola por dentro.

Ahora entiendo por qué lloré tanto cuando fui a la iglesia por primera vez y cuando el Espíritu de Dios me conmovió cuando oraba en Calgary. Fue

porque aun en mis peores condiciones, cuando mi propia madre me había repudiado, Dios me había aceptado y amado.

A causa del amor de Dios, aprendí a buscarlo y me convertí en hija suya. 🗨️

11. La misericordia de Dios sobre mi familia

Autora: Adeline Lin

Lugar: Baldwin Park, California, EE.UU.

UN AÑO MÁS

“Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre, pero el consejo de Jehová es el que permanece” (Proverbios 19:21).

En febrero de 1997, lo único que quería hacer era volver a mi país y conseguir trabajo allí. Después de todo, Taiwán era mi lugar de nacimiento y donde estaban mis padres, parientes y amigos. Por ende, no deseaba quedarme en los Estados Unidos, donde había estado viviendo los últimos dos años para obtener mi maestría.

Como sabía que el mercado laboral no era favorable, regresé a Taiwán durante las vacaciones de invierno para distribuir mi currículum vitae y charlar con la gente, con la esperanza de poder así preparar mi futuro.

Después de hablar con un director del departamento de recursos humanos de cierta universidad, me di cuenta de que probablemente no tendría ninguna posibilidad de conseguir un puesto en mi campo de interés. Luego de la entrevista, me sentí muy desanimada y ansiosa sobre mi futuro.

Luego de regresar a los Estados Unidos, en una de las conversaciones que tuve con mi marido (que en ese entonces era un buen amigo mío), surgió una idea que no se me había ocurrido antes. “¿Por qué no te quedas un año más para hacer una pasantía?”, sugirió. Al principio tuve mis dudas, porque su idea era lo opuesto a lo que yo tenía planeado. No obstante, la idea de “quedarme un año más” fue como un rayo de luz al final del túnel. Me dio esperanza e incluso paz en el corazón, así que decidí darme otra oportunidad.

Inesperadamente, luego de tomar esta decisión, las cosas comenzaron a salir bien. En primer lugar, mi permiso de trabajo fue aprobado muy rápidamente. Inmediatamente después de recibir mi permiso de trabajo, conseguí un trabajo de docente. Además, en un período muy corto de tiempo, encontré un

lugar conveniente donde alojarme. En ese momento no tenía automóvil, así que Dios hizo que consiguiera un departamento a minutos de la estación de tren y los supermercados.

Todos estos cambios ocurrieron en un plazo de dos meses. En ese momento, aún no conocía al Dios verdadero, así que pensé que había tenido suerte y les di las gracias a mis “dioses”; no estaba consciente de que era la mano de Dios que me estaba guiando.

BUSCAR A DIOS CON SERIEDAD

A pesar de que pertenecía a una familia que observaba la religión tradicional china y había seguido a mis padres en el culto a los antepasados y la adoración de ídolos, en realidad, sabía muy poco acerca de todo esto. Por lo general, mi madre era la que se ocupaba de todos los detalles del culto a los antepasados, y el resto de nosotros simplemente seguía sus instrucciones.

Sin embargo, había dos cosas que realmente me molestaban. Una era ver a mi madre agotada por los preparativos de la comida sacrificial, y la otra era saber que la mayoría de esas actividades idólatras, como la quema de incienso y papel moneda, eran un desperdicio y eran perjudiciales para el medio ambiente. El ruido de los petardos y la música fuerte de la danza del león eran siempre una pesadilla para mí.

Me presentaron a mi marido a finales de 1996 y él me invitó varias veces a los servicios familiares de La Verdadera Iglesia de Jesús en Boston. A pesar de que no entendía la verdad y no me acostumbraba a la oración en lenguas, los miembros de la iglesia me habían recibido con gran calidez. Poco a poco, me fui familiarizando con los miembros y me fui acostumbrando a la manera en que ellos adoraban a Dios. Fui bautizada en abril de 1999. Gracias a Dios por aquellos hermanos y hermanas que compartieron sus testimonios conmigo, que me animaron y que se convirtieron en mis amigos espirituales.

Sin embargo, como carecía del anhelo de estudiar la verdad, no recibí el Espíritu Santo hasta mucho más tarde. No podía entender bien la Biblia, ni podía relacionar las enseñanzas de la Biblia con mi vida cotidiana. Durante los servicios, a menudo tenía dificultades para mantenerme despierta. Cuando me di cuenta de que yo era una de las pocas personas en la iglesia que aún no había recibido el Espíritu Santo, me alarmé y empecé a buscar a Dios con seriedad. Tenía miedo de que Dios me hubiera rechazado a causa de mi actitud incierta.

Después de orar por un año, durante una convocatoria espiritual en el año 2000, Dios finalmente derramó su precioso Espíritu Santo sobre mí. Sentí que

una mano me dio una suave palmada en el hombro izquierdo y de repente mi lengua se aflojó y comenzó a moverse. Estaba hablando en lenguas, comunicándome directamente con Dios. Finalmente me sentí aceptada y amada por Él. Desde entonces, su Espíritu me ha abierto los ojos: la Biblia ya no es un libro de cuentos y los sermones ya son una canción de cuna. También me di cuenta lo pobre que era espiritualmente.

La gracia maravillosa de Dios no terminó aquí. Durante los años que siguieron, Dios guardó a los integrantes de mi familia y los trajo a su presencia, uno por uno, de manera milagrosa.

EL BAUTISMO DE MI HERMANA

Mi hermana menor es una persona de carácter fuerte e independiente. Tuvo experiencias desagradables con los que habían tratado de predicarle, así que no tenía una buena impresión de los cristianos. Sin embargo, por medio de su colega, ella comenzó a tener contacto con gente de cierta iglesia en Xinzhu, Taiwán.

A pesar de que ella no sabía mucho sobre el cristianismo, lo que oyó y vio en esa iglesia no le pareció bien. Por otra parte, ella fue presionada a recibir el bautismo en un evento de aquella iglesia. Ella estaba preocupada y me empezó a contar lo que le estaba pasando, ya que yo era cristiana. Fue toda una sorpresa para mí recibir una llamada internacional de ella sólo para hacerme preguntas acerca de la Biblia y de Dios.

En ese entonces, yo me había bautizado recientemente y sabía muy poco acerca de Dios, así que le sugerí que visitara La Verdadera Iglesia de Jesús cerca de la casa de nuestros padres. Ella fue a la iglesia con un espíritu sediento de la verdad y se conmovió hasta las lágrimas apenas hubo comenzado el servicio. Ella supo de inmediato que esa era la iglesia a la cual Dios quería que asistiera.

Luego de estudiar la verdad en La Verdadera Iglesia de Jesús por un año y medio aproximadamente, mi hermana recibió el Espíritu Santo y decidió bautizarse en noviembre de 2001. En el día de su bautismo, cerrando los ojos para una oración antes de entrar al agua, sintió la luz cálida y gloriosa de Dios sobre ella. Otras personas que estuvieron presentes en su bautismo también vieron aquella gran luz.

UN RETRASO INESPERADO

En abril de 2003, mi hermana se iba a casar en la iglesia de Dallas. Ella y mis padres tenían planeado reunirse conmigo en Boston y pasar un tiempo conmigo antes de ir a Texas para la boda.

Cuando me estaba alistando para recogerlos en el aeropuerto, recibí una llamada de mi hermana. Ella me dijo que estaban esperando su vuelo de conexión en Detroit, pero que ella estaba a punto de ser deportada debido a un problema con su visa. Ella no sabía qué hacer.

Yo estaba muy conmovida cuando colgué el teléfono. Llamé rápidamente a un amigo que trabajaba en la Oficina Económica y Cultural de Taipéi en Boston, con la esperanza de obtener ayuda inmediata. Lo único que me dijeron fue: “Hagan lo que las autoridades les indiquen”. Luego, mi hermana me llamó de nuevo para decirme que a mis padres les permitieron entrar a los Estados Unidos. La policía estaba a punto de llevársela a ella, por lo tanto no pude decirme más nada por teléfono.

Pasaron tres horas tras el vuelo de conexión a Boston. Luego de la llamada telefónica, no sabía lo que sería de mis padres porque ellos no hablaban mucho inglés, no sabían cómo usar el teléfono público y nunca antes habían hecho conexiones por sí mismos. Sólo podía suponer que se subirían al próximo vuelo a Boston. Mi marido y yo no teníamos otra opción que esperar en el aeropuerto, verificando un vuelo tras otro. Finalmente, mis padres aparecieron en la puerta con seis maletas. Cuando los vimos nos aliviarnos y le dimos gracias a Dios.

Mi padre era una persona muy organizada y le gustaba planear las cosas de antemano. Le había llevado meses planear este viaje. Cuando llegó a Boston, lo único que quería hacer era volver a casa. Además, sentía culpa por no haber sido capaz de cumplir lo que le habían asignado. Le debía una disculpa a la familia del novio. Como ya habíamos reservado nuestros vuelos y hotel en Texas, decidimos ir sin la novia.

En cuanto a mi hermana, le dieron un “pasaje gratis” para viajar por el mundo, así que no regresó a Taiwán hasta dos días después. Ahora todos nos reímos cuando recordamos lo que pasó, pero en ese momento no fue nada divertido.

Luego de que mi hermana regresó a Taiwán, solicitó inmediatamente una visa de prometida. Según el abogado, llevaría dos meses para obtener la visa. Sin embargo, pasó casi un año y ella todavía no había recibido la visa. Fue un tiempo bastante difícil para mi hermana, porque mientras esperaba su visa, la gente le preguntaba repetidamente: “¿Qué haces aquí todavía?”

Doy gracias a Dios por darle fuerza y esperanza a mi hermana, para que fuera capaz de esperar con paciencia, ayunar, orar y confiar totalmente en Dios durante ese período. Un pastor le dijo que este retraso podía ser porque tenía algún asunto pendiente en Taiwán.

LA CREENCIA DE MIS PADRES

Ciertamente, el retraso abrió milagrosamente la puerta de salvación para mis padres. Tiempo atrás, mis padres se habían negado a ir a la iglesia porque no querían “traicionar” a sus antepasados y reemplazar algo que habían creído por décadas con algo ajeno a ellos. Sin embargo, durante ese año que mi hermana estaba esperando su visa, la actitud de mis padres se ablandó.

Cierto día de marzo, mi padre le preguntó a mi hermana: “¿Cómo podemos ayudarte?”. “Oren por mí”, respondió ella. Mi padre aceptó inmediatamente y le prometió a mi hermana diciendo: “Vamos a orar por ti todos los días. Diez minutos por la mañana y diez minutos por la tarde”. Mis padres incluso comenzaron a asistir a los servicios de la iglesia con mi hermana en abril de 2004, aunque con dudas al principio.

Un pastor fue a visitar a mis padres el 22 de abril, durante los servicios evangélicos de la iglesia de Taichung del Norte. Luego de haberles explicado ciertas cosas, la preocupación de mis padres por las lápidas de sus antepasados fue resuelta. Mi padre decidió deshacerse del altar pagano y de los ídolos de la casa. Mis padres querían bautizarse, y al ver su gran fe, el pastor decidió bautizarlos el 24 de abril.

El bautismo de mis padres, el cual siempre quise presenciar, sucedió de manera tan repentina que ni siquiera tuve tiempo para reservar un vuelo a Taiwán. Sólo pude darle gracias a Dios desde el otro lado del mundo.

Luego de que mis padres empezaron a orar por mi hermana, ella conoció a un agente de viajes que tenía mucha experiencia en la solicitud de visas. Él instruyó meticulosamente a mi hermana cómo llenar su solicitud de visa y le dio consejos sobre otros detalles importantes.

La visa fue aprobada rápidamente en junio. El 4 de julio de 2004, nuestros amigos y familiares se reunieron una vez más en la iglesia de Dallas para presenciar la boda de mi hermana.

La petición que le hice a Dios para que mis padres recibieran el Espíritu Santo también fue respondida; ambos recibieron el Espíritu Santo poco tiempo después de la boda. Ya sin mi hermana a su lado, el Espíritu de Dios sería su guía en el camino al reino celestial. ¡Gracias a Dios por su misericordia!

LA ENFERMEDAD DE MI PADRE

Mi padre tuvo hepatitis B desde que era niño pero no recibió tratamiento hasta que le diagnosticaron un tumor en el hígado en 2005. A finales de septiembre de 2006, se desmayó cuando estaba por bajar las escaleras. Gracias a

Dios, mi hermano mayor, que rara vez regresaba temprano del trabajo, estaba allí cuando ocurrió el accidente.

Una ambulancia llevó a mi padre a la sala de emergencias. Los médicos descubrieron que el desmayo fue causado por el excesivo sangrado de su hígado. Aquella noche, el médico emitió un formulario de “no resucitar” para que mi madre firmara. A pesar de que la condición de mi padre era crítica, fue dado de alta a los pocos días, gracias a la misericordia de Dios.

Durante ese tiempo, mi padre estaba planeando un viaje de dos meses a los Estados Unidos para visitar a mi hermana y a mí. A causa de su hemorragia interna, parientes y amigos le aconsejaron cancelar su viaje.

Sin embargo, mi padre le dijo a mi madre que este podría ser su último viaje a los Estados Unidos para visitarnos, y que creyó que el Señor Jesús lo cuidaría y le concedería este deseo. A pesar de que estábamos preocupados, al ver que tenía tanta fe en el Señor, pusimos nuestras preocupaciones de lado y esperamos su llegada ansiosamente.

Con la bendición de Dios, mis padres llegaron a Boston a salvo y más tarde fueron a Dallas por un mes para visitar a su nieta recién nacida. Pasaron todos los días de su estadía en los Estados Unidos en paz, satisfacción y alegría. Por la gracia de Dios, estos preciosos dos meses no sólo le fueron concedidos a nuestro padre sino también a nuestra familia.

En enero de 2007, poco después del regreso de mi padre a Taiwán, lo sometieron a otra embolización hepática a causa del tumor. Luego de esta intervención, mi padre sufrió fatiga y perdió mucho peso. El médico le dijo a mi madre que mi padre sólo tenía uno a dos meses de vida.

En este tiempo crítico, mi hermano, un profesor de física y el único integrante de la familia que no creía en Cristo, comenzó a orar. Debido a su profesión, siempre había puesto su fe en lo evidente y en su propia habilidad. Nunca había visto a Dios ni había sentido la necesidad de Dios. Sin embargo, cuando nuestro padre se enfermó, mi hermano supo muy bien que sus conocimientos científicos de nada servirían para ayudar a su padre. Aunque todavía tenía dudas, siempre oraba con nosotros cuando lo hacíamos. Durante el tiempo en que estuve en Taiwán, nuestro pasatiempo era cantar himnos, leer la Biblia y orar con nuestro padre.

Realmente le doy gracias a Dios por haberme dado fuerzas durante ese tiempo; todos los días podía tener un corazón tranquilo para dedicarme a largas horas de oración. Le pedí a Dios un milagro, pero también le dije que si era su voluntad que mi padre se fuera, que nos diera sabiduría para entender su buena voluntad y que nos consolara con su propia mano.

LA CREENCIA DE MI HERMANO

El estado de mi padre no mejoró, pero se mantuvo estable. El 4 de marzo de 2007, temprano por la mañana, fui a la habitación de mi padre para orar con él antes de partir para el aeropuerto. Como de costumbre, él me dio un poco de dinero japonés para que me comprara algo para comer mientras esperaba mi vuelo de conexión en Japón. En mi corazón, no quería alejarme de él porque tenía miedo de que esta fuera nuestra última despedida. Suprimí mi tristeza y, como siempre, acepté su amabilidad con una sonrisa y le di las gracias.

En el camino al aeropuerto y antes de embarcar, mi hermano y yo hablamos de Dios otra vez. Sorprendentemente, él estaba dispuesto a escuchar y compartir sus pensamientos.

Esa noche, él decidió no dudar más sino simplemente creer. Le rogó a Dios que sanara a nuestro padre. Cuando estaba orando por su cuenta en la habitación, el Espíritu Santo lo conmovió y empezó a hablar en lenguas.

Por fin experimentó a Dios y no podía sino creer en su existencia. Él estaba muy emocionado y sus preocupaciones desaparecieron inmediatamente.

Sin embargo, en los dos días siguientes espíritus malignos intentaron molestarlo. Él se golpeaba a sí mismo durante las oraciones. A veces, sus oraciones sonaban muy ásperas, como si estuviera regañando a alguien; y de acuerdo a sus estudiantes, su rostro se había vuelto negro como si tuviera contusiones. Parecía que el Espíritu Santo estaba expulsando a los espíritus malos, pero éstos no querían salir. Luego de varias batallas espirituales, todo volvió a la normalidad el tercer día. Un anciano de la iglesia visitó a mi hermano e impuso las manos sobre él. Confirmó que mi hermano había recibido el precioso Espíritu Santo.

Recibir la noticia me trajo gozo, pero al mismo tiempo me preocupaba la idea de que los espíritus malignos atacaran a mi hermano de nuevo porque él todavía no había sido bautizado. Mis padres se habían bautizado recientemente, por lo cual todavía eran débiles espiritualmente. Me arrepentí de no haberme quedado con ellos por más tiempo. Todo lo que podía hacer era rogarle a Dios que peleara esta batalla espiritual por ellos.

Gracias a Dios, poco después de mi partida, mi hermana pudo viajar a Taiwán con su hija de cuatro meses. Muchos pastores, ancianos y diáconos también se tomaron el tiempo para visitar a mi familia y orar con ella. Sus visitas calmaron mi corazón ansioso y me di cuenta qué tan precioso es tener amigos espirituales en tiempos difíciles.

EL DESCANSO DE MI PADRE

Poco después de mi regreso a los Estados Unidos, la salud de mi padre comenzó a deteriorarse. Temíamos que mi madre no pudiera cuidarlo más por su cuenta, así que lo llevamos al hospital. Poco después de su admisión, mi padre entró en coma.

Alrededor de las cinco de la tarde del 30 de marzo de 2007, mientras estaba preparándome para regresar a Taiwán, mi hermano me llamó y me dijo que nuestro padre no estaba en buenas condiciones y que debía despedirme de él por teléfono. Me quedé sin palabras y no quería creer en lo que acababa de oír. Sin embargo, luego de las palabras de ánimo de mi hermano, me calmé y le dije a mi padre que fuera con nuestro Señor Jesucristo, y que me reuniría con él más tarde en el hogar celestial.

Dos horas después, mi padre descansó de su labor del mundo, de su enfermedad, de su dolor y durmió en paz. Mi padre siempre ha sido un hombre de corazón tierno y nuestro Señor Jesús lo sabía. Cada vez que él veía acontecimientos tristes o desafortunados en la televisión, él cambiaba de canal, porque no podía soportar ver sufrir a la gente. Por lo tanto, fue su propia voluntad no recibir tratamiento de emergencia. Él prefería descansar en paz en lugar de vivir con dolor, cirugía y tubos por todo el cuerpo.

Gracias a Dios, a diferencia de otros pacientes con la misma enfermedad, mi padre no sintió mucho dolor. Dios dispuso maravillosamente al llevarse al paraíso antes de que sufriera a causa de su enfermedad.

Mi hermano no perdió su fe a pesar de que Dios no sanó a nuestro padre. Por el contrario, dio gracias a Dios por haberle quitado el dolor a mi padre, por haberle levantado una carga pesada a mi madre y por haber lavado su propio pecado. El 28 de abril de 2007, mi hermano recibió el bautismo, el lavado de los pies y la santa comunión.

En estos últimos años, Dios dispuso que muchos hermanos y hermanas alrededor del mundo nos acompañaran en nuestro camino de fe. Ellos se compadecieron de nuestras debilidades y nos impartieron cuidado, ayuda e intercesiones oportunas, para que toda mi familia pudiera ser bautizada en el nombre del Señor. ¡Que el Señor recuerde su amor!

A pesar de que vivimos en diferentes partes del mundo y no nos vemos con frecuencia, nos reuniremos en el hogar celestial algún día por medio del Señor Jesucristo.

Que Dios bendiga a aquellos con los que hemos compartido el evangelio y que los edifique. Que toda gloria y alabanza sean al Dios verdadero, nuestro Padre que está en los cielos. ¡Amén! 🗣️

12. Cómo fui escogida por Dios

Autora: Irene Lane

Lugar: Irvine, California, EE.UU.

UN NUEVO COMIENZO EN SINGAPUR

Mis abuelos budistas dejaron China en su juventud y se establecieron en Indonesia, donde nací muchos años después. Mi madre era budista de nacimiento, mientras que mi padre no creía en nada sino en sí mismo, y siempre se manejaba con confianza.

Tuve una infancia feliz en la casa de mis padres; lo único que me pedían era que me esforzara en mis estudios. Me habían mandado a una escuela cristiana, pero de vez en cuando le oraba a los retratos de mis abuelos. A veces, durante el año nuevo chino, visitaba el templo y pedía mejores calificaciones en el colegio.

Mientras tanto, los maestros en la escuela nos enseñaron el Padrenuestro y nos dijeron que Dios es omnipresente, por lo que podíamos hablar con Él en cualquier momento y en cualquier lugar.

En ese momento, tenía nueve años y todo iba bien en mi pequeño mundo. Un día, mi tío llamó a mi padre para hablarle sobre mi futura educación.

La generación de mis padres había ido a la escuela china, pero debido a la discriminación racial, todas las escuelas chinas en Indonesia habían cerrado cuando alcancé la edad de asistir a la escuela. Es por esta causa que algunos chinos-indonesios no pueden hablar chino con fluidez en la actualidad.

Luego de su conversación por teléfono, mi padre me sentó y me preguntó: “¿Quieres hablar chino e inglés con fluidez?”. Le respondí: “Sí”, y antes de que me diera cuenta, mi mamá y yo estábamos camino a Singapur.

Arreglaron que me quedara en la casa de una señora y que ella fuera mi tutora. Ella tenía unos sesenta años y sólo hablaba mandarín y hakka, un dialecto chino. Debido a que muchos padres chinos-indonesios mandaban a sus hijos

a estudiar a Singapur, esta señora operaba un negocio de alojamiento para estudiantes extranjeros.

Sentí como si mi vida hubiera quedado patas para arriba. En Indonesia, una familia típica tiene tres sirvientes y una niñera en casa para cuidar de los niños. Pero de repente, me trajeron a Singapur, sin besos de mamá ni sonrisas de papá y sin nadie a mi servicio. Tuve que aprender a ser independiente y a lidiar con la dificultad del estudio de la escuela y con una viejecita a la cual no le importaban los niños que vivían en su casa.

Me arrepentí de haberle dicho “sí” a mi padre. Si me hubiera negado, habría podido disfrutar de mi vida como cualquier otro niño normal en Indonesia. No sabía que Dios tenía un plan diferente para mí.

“VEN A VER”

*Jehová me llamó desde el vientre;
desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria (Isaías 49:1).*

No sabía que Dios me haría uno de sus escogidos, lo cual sucedió cuando tenía quince años, durante mi penúltimo año de la escuela secundaria.

Una amiga me preguntó a qué religión pertenecía y le dije que era budista y cristiana. Ella dijo: “¿Cómo puedes tener dos maridos? Tienes que elegir uno”. Esto me sorprendió. Todavía era joven, ¿por qué tenía que pensar sobre la religión? Realmente no sabía cómo elegir. Sólo sabía que Jesús estaba en todas partes y que es invisible. Pero según mi familia se suponía que yo debía ser budista.

Aquella noche, oré en mi cama. Crucé las piernas y levanté la mano en posición de oración budista, pero con mi boca, dije: “Señor Jesús, quiero dedicarte esta oración a ti ahora. Por favor, dime cuál es mi religión”.

Oré de la manera en que oran los budistas porque pensé que era budista, pero no había estatuas budistas o fotos de mis abuelos en frente mío. Al mismo tiempo, estaba consciente de que el Señor Jesús estaba disponible en cualquier momento y lugar, y no quería ofender a ninguno de estos dioses. No sabía que había un solo Dios.

Exactamente un mes después de aquella oración, Dios tuvo la gentileza de responderme a pesar de que no debí haber orado de esa manera, de lo cual no estaba al tanto en dicho momento. Un día, dos muchachos en la casa donde me alojaba me invitaron a La Verdadera Iglesia de Jesús. Ellos no habían ido a la iglesia por dos años y de repente sintieron ganas de ir. Así que me dijeron: “Oye, ven a ver”.

Inmediatamente, les pedí a otras tres muchachas que vinieran conmigo. Era un miércoles por la noche y la mitad del servicio estaba dedicada a la oración para pedir el Espíritu Santo. Esa fue mi primera vez en una iglesia y no hubo ninguna introducción sobre el habla en lenguas.

Sin embargo, algo maravilloso sucedió aquella noche. El orador usó alrededor de veinticinco pasajes bíblicos aquella noche y yo nunca antes había navegado los libros de la Biblia. Cada vez que tenía que buscar un versículo, era como si las páginas se movieran por sí solas. Siempre estaba en la página correcta, en el capítulo correcto y en el versículo correcto. “Dios me debe de estar ayudando”, pensé.

Había aprendido en la escuela que uno nunca debe espiar cuando uno ora. Pero cuando llegó el momento de orar, no pude resistirlo, así que le pedí disculpas a Dios y abrí los ojos con valentía. Lo que vi me dejó estupefacta. Todos estaban orando en voz alta y se estaban “sacudiendo” en forma ordenada. No pude entender nada de lo que estaban diciendo. Me volví hacia mi amiga que estaba al lado mío. Cuando la miré, ella dijo: “Shhh... mira”.

Después del servicio, una hermana de la iglesia vino a responder mis preguntas sobre el Espíritu Santo y el hablar en lenguas. Dijo que hablar en lenguas es hablar en el lenguaje de los cielos. En ese momento yo ya sabía unos cuantos idiomas y quería aprender este.

La segunda vez que fui a la iglesia, había un servicio de evangelización musical. El servicio me conmovió a tal punto que lloré. La letra de los himnos cantados por el coro era auténtica, cantada del corazón.

PRESENTADA A LA VERDAD

A pesar de las experiencias que tuve, aún tenía dudas y comencé a considerar otras iglesias. Decidí enfocarme solamente en mis mejores opciones esta vez. Sabía que me interesaba el cristianismo, pero no sabía a cuál iglesia debía ir.

Probé una iglesia carismática. El coro era maravilloso, pero tan pronto el predicador comenzó a hablar, me quedé dormida. Le dije a Dios que si iba de nuevo y me quedaba dormida otra vez, entonces no volvería a ir. De hecho, fui por segunda vez y me quedé dormida de nuevo. Sentía que los sermones de La Verdadera Iglesia de Jesús eran más interesantes y profundos. Aun así, me sentí confundida, me rendí y no asistí a ninguna iglesia después de esto.

Tres meses después, la hermana que se había sentado a mi lado me llamó y me dijo: “Oye, nuestra iglesia está organizando una competencia de bádminton. ¿Quieres venir?”. Aquél fue mi tercer contacto con La Verdadera Iglesia de Jesús.

El día de la competencia, algunos miembros estaban jugando al bádminton, otros estaban jugando al baloncesto. Me pregunté a mí misma: “¿Por qué se llaman “hermanos” y “hermanas” entre ellos? ¿Acaso son todos parientes? ¿Por qué parecen interactuar como si fueran una gran familia?”. Mi curiosidad me hizo investigar la verdad.

Ese día, la primera persona que se había sentado conmigo se refirió a Juan 3:5, que dice:

“[E]l que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios”.

Fue una declaración muy directa y difícil de digerir. También tuve muchas preguntas: “En primer lugar, ¿quiero entrar al reino de los cielos? ¿Cuál es el propósito de entrar al cielo? ¿Será poder hablar en una lengua desconocida?”.

A pesar de mis dudas, supe que esta iglesia ofrecía algo realmente extraordinario. El Espíritu Santo moraba en esta iglesia.

COMIENZOS DUROS

A partir de ese entonces, me puse a aprender sobre la iglesia activamente. Hice muchas preguntas acerca de la verdad y aprendí a orarle a Jesús. Seguí alentando a las tres muchachas que habían venido conmigo la primera vez a ir a la iglesia de nuevo. De las tres, una aceptó la verdad.

En aquel momento pensé que como fui la que había traído a mis amigas a la iglesia, debería de ser yo la primera en recibir el Espíritu Santo. Pensé que Dios se rige con los mismos principios que nosotros: al que llega primero le toca primero. Resultó ser al revés: “Los primeros serán últimos y los últimos, primeros”.

Cuando orábamos juntas, yo sólo podía decir “aleluya” en voz alta, pero esas tres muchachas empezaron a experimentar la conmoción del Espíritu Santo. Una de ellas comenzó a hablar en lenguas inmediatamente. Estaba sorprendida y decepcionada al mismo tiempo. “¿Qué sucede conmigo?”, pensé. “¿Será porque no he dominado la Biblia lo suficientemente bien?”

Me compré una Biblia sencilla y me dispuse a leerla de principio a fin. Todos los días a las seis de la mañana, antes de ir a la escuela, leía uno a tres capítulos de la Biblia. Pronto terminé de leer toda la Biblia.

Iba a la iglesia cuatro veces a la semana, leía la Biblia y oraba en voz alta en mi habitación todos los días. Cada vez que había una convocatoria espiritual, oraba hasta perder la voz. Hice todo lo que pude para pedir el Espíritu Santo, pero aún no lo había recibido.

Todavía me era menester aprender que Dios tiene su propio tiempo para todo. Todo lo que tenía que hacer era esperar y seguir orando.

Al parecer, a la señora con quien me hospedaba no le gustó que algunos de nosotros oráramos en voz alta pidiendo el Espíritu Santo. Ella llamó a mis padres en secreto y les dijo que yo iba a la iglesia todos los días, que no estaba estudiando, que estaba perdiendo el tiempo y que fui a creer en algo muy raro. Pero no era cierto. En ese momento, yo estudiaba todas las noches hasta tarde y sólo iba a la iglesia cuatro veces a la semana, no todos los días.

Ese fue el comienzo de la persecución de mi fe. En ese momento tenía quince años. Mis padres me llamaron y me dijeron que estaban muy molestos conmigo, aunque traté de explicarles que no era verdad. Mi madre me dijo: “Si plantas sandía, obtendrás sandía. Si tu madre es budista, entonces tú eres budista de por vida y no debes creer en ninguna otra religión occidental”.

Mis padres se habían enojado mucho y dijeron que si iba una vez más a la iglesia me comprarían un pasaje de vuelta a Indonesia, a pesar de que el año académico no había terminado. Gracias a Dios por darme la fuerza de voluntad para seguir estudiando la verdad. En aquellos días, fui a la iglesia en secreto y le pedí a Dios que me abriera un camino.

No me fue fácil ir a la iglesia los sábados. Dos veces al año, regresaba a Indonesia para estar con mis padres durante las vacaciones. Pero en esos tiempos felices, no pude ir a la iglesia los sábados. A veces viajando en coche pasábamos por La Verdadera Iglesia de Jesús y mi corazón clamaba ir allí. Para algunas personas, el culto del sábado puede ser simplemente parte de su rutina semanal, pero yo sé qué se siente querer ir a la iglesia los sábados pero no poder hacerlo.

Sólo Dios podía oír mis lamentos y ver las lágrimas en mis ojos. Mi cuerpo estaba en el coche, pero mi alma estaba adorando a Dios con los demás en la iglesia. Dios me entrenó para defender lo que es verdadero. Cuando el resto de mi familia estaba adorando a mis abuelos delante de su tumba, me quedaba sola en el coche. Durante el año nuevo chino, cuando todo el mundo llevaba flores y quemaban incienso en el templo, me quedaba sola en casa.

Para mi familia y para el resto de la gente, yo era necia y no honraba a mis padres. Para algunos, yo estaba loca. Pero en mi corazón había una llama ardiente. Sabía lo que estaba haciendo y, tal como el título de un conocido himno expresa, yo sé a quién he creído. A menudo, sonreía y le decía a Dios: “Señor Jesús, tú dijiste que sería bendecida cuando fuese perseguida por causa de tu nombre. Debo alegrarme y sentirme extremadamente feliz”.

RECIBIR EL ESPÍRITU SANTO

La persecución continuó pero yo seguí orando por el Espíritu Santo. Para entonces, dos años habían pasado y todavía no había recibido el Espíritu Santo. Sabía lo importante que era tener el Espíritu Santo y sentía sed de Él.

Asistí al primer día de una convocatoria espiritual estudiantil en junio de 1991. El primer día, el predicador les pidió a todos los estudiantes que oraran con fervor y perseverancia. Los ministros nos imponían las manos y, debido a que muchos estudiantes recibían el Espíritu Santo, los ministros dibujan un círculo en el suelo delante de donde estábamos arrodillados, para recordar quién había recibido el Espíritu Santo.

Luego de la oración, vi que también tenía un círculo marcado. El ministro dijo: “Gracias a Dios, has recibido el Espíritu Santo”. Me puse de pie rápidamente y dije: “Oh, no he recibido el Espíritu Santo porque sé claramente que estaba diciendo “aleluya” y no estaba hablando en lenguas todavía”.

A pesar de que el predicador me aseguró de que yo había recibido el Espíritu Santo, me negué a creerlo, así que al final, no recibí el Espíritu Santo hasta el próximo año. Recibir el Espíritu Santo me tomó tres años de oración. Fui necia al dudar de Dios.

El 2 de junio de 1992, asistí a la convocatoria espiritual estudiantil de nuevo con mis amigos. Luego de la primera oración, vi un círculo marcado en frente mío. Estaba sorprendida pero no me atreví a negar el Espíritu Santo de nuevo. A pesar de que sabía que mi lengua podía seguir diciendo “aleluya” claramente, no me atreví a dudar de nuevo.

El mismo predicador me dijo que había recibido el Espíritu Santo y que debía seguir orando. Esta vez no dije nada, sólo sonreí. Sabía que me había equivocado el año anterior y no quería cometer el mismo error.

Durante la oración de las cuatro de la tarde, decidí cambiar mi actitud y mi mentalidad. Cuando comenzó la oración, todo el mundo comenzó a pedir el Espíritu Santo perseverantemente, como de costumbre. Yo también me concentré completamente en la oración, con la misma urgencia, la misma sed, el mismo sudor, las mismas lágrimas y todo lo que tenía en mí.

Pero esta vez también hice algo diferente. Repetí “aleluya” en mi boca, pero en mi corazón le dije a Dios: “El pastor me dijo que Tú me has dado el Espíritu Santo. Esta vez no me atrevo a dudar. Gracias por haberme dado el Espíritu Santo”.

Tan pronto terminé de decir esto, mi lengua comenzó a enrollarse muy rápidamente. Estaba tan sorprendida que abrí los ojos. Delante de mí había

un ventilador que estaba girando muy rápido. Pensé que mi lengua estaba rodando más rápidamente que el ventilador. Otra diferencia en esta oración fue que no cayeron lágrimas por mis mejillas. En cambio, estaba llena de gozo y una corriente de felicidad brotó de mi vientre.

El Espíritu Santo es verdaderamente un espíritu que mora en nosotros. Una vez que lo recibimos, no nos dejará, sino que morará en nosotros siempre y cuando permanezcamos en su palabra. Tal como dice Marcos 11:24: “Por tanto, os digo que todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá”.

LOS CAMINOS DE DIOS SON MÁS ALTOS QUE NUESTROS CAMINOS

Desde que recibí el Espíritu Santo, Dios realizó aún más cambios en mi vida. En primer lugar, Él cambió mi carácter paulatinamente. El Espíritu Santo también me guió a entender la verdad poco a poco. Finalmente, en 1994, decidí bautizarme.

Luego de haber vivido ocho años en Singapur, el Espíritu Santo me dio la corazonada de venir a estudiar a los Estados Unidos. En ese momento, no supe por qué Dios me había guiado a los Estados Unidos a través de oraciones y señales, pero ahora sé.

Tal como Dios dice en Isaías 55:9:

“Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos, más que vuestros pensamientos”.

Al repasar los acontecimientos de estos años, si no hubiera venido a los Estados Unidos, no me habría bautizado en la iglesia de Pacífica en San Francisco. Tal vez hubiera seguido viviendo en Singapur. Y tal vez, nueve años atrás, no hubiera conocido a mi marido.

Alrededor del tiempo de mi bautismo, una hermana se estaba preparando para casarse y me dijo: “Casarse es un asunto muy serio. Es tan serio como bautizarse. Una vez que tomas la decisión y vas para adelante, no hay marcha atrás. No hay otro hombre, sólo éste”. Ella me dijo que si podía tomar la decisión de bautizarme, entonces el matrimonio sería mi segundo mayor compromiso.

Hasta ese momento, yo sólo estaba aprendiendo a comprometerme a lo primero y ya me estaba dando pavor. Sabía que una vez que decidiera bautizarme, no habría marcha atrás. No podría orarle a otro dios. Tenía que mantenerme en la fe toda mi vida. Mi actitud, mi habla y mi conducta tendrían que estar en sintonía con el Señor Jesús.

Ahora que me había comprometido al bautismo, estaba segura de que Dios también me mostraría su voluntad en mi matrimonio.

DIOS SALVÓ A MI FAMILIA

Cuatro años después de mi bautismo, me fui de la iglesia de Pacífica. Mi madre me llamó para que volviera a Indonesia porque estallaron violentos disturbios dirigidos a chinos-indonesios. Habían quemado casas, automóviles y otras propiedades. Muchos chinos y cristianos fueron asesinados, pero Dios me guió a ayudar a mis padres, a orar por ellos y a presentarles al Señor Jesucristo.

A pesar de que sufrí persecuciones en mi fe, me conmovió la letra de un himno que dice: “Aunque otros obstruyen nuestro camino, en Jesús tendremos paz y gozo”. Luego, leí Hechos 16:31–33:

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa [...] y en seguida se bautizó con todos los suyos”.

El Señor Jesús protegió a los miembros de mi familia y su negocio durante los disturbios sociales en Indonesia, y ellos también fueron testigos de los milagros de Dios en sus vidas. Durante ese año, mi hermano fue bautizado y mis padres empezaron a buscar la verdad. Una semana antes de mi boda, mis padres también fueron bautizados en Cristo.

¿Quién hubiera predicho que diez años después de mi bautismo, mis padres también recibirían la gracia de la salvación y serían bautizados?

Tal vez lo escuchamos todo el tiempo, pero lo diré de nuevo: nuestro Dios es un Dios vivo y todo lo que dijo en la Biblia es cierto.

Luego de que nos bauticemos, nuestras vidas cambiarán totalmente. Pasaremos a pertenecerle a Dios y Él nos cuidará a lo largo de nuestro camino cristiano. Dios nos guardará en completa paz en toda circunstancia y cuando nos encontremos con turbulencia en la vida.

Desde el punto de vista del raciocinio humano, fue muy doloroso dejar a mis padres cuando tenía nueve años. Sin embargo, Dios tenía algo maravilloso planeado en mi vida. Él me eligió y me dio algo que el dinero no puede comprar: su gracia salvadora.

Dios también quiso darle a mi familia esta gracia de salvación. No puedo imaginar dónde estaría yo ahora si no hubiera pasado por todas las bendiciones que Él me ha dado. Dios también nos ha encomendado lo que hemos de hacer por Él. No creo que sea una coincidencia que todos estemos aquí juntos (Hechos 17:26–27). Venimos de diferentes partes del mundo y hablamos diferentes idiomas, pero adoramos al mismo Dios.

Abramos nuestros corazones, dejemos que Dios controle y guíe nuestras vidas. Gracias a Dios por todo.

¡Que toda honra, alabanza y gloria sean sólo a su nombre! ●

13. El espíritu vivificante de Dios

Autora: Nhatha Nol-Mantia

Lugar: Boston, Massachusetts, EE.UU.

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo doy testimonio. A través de este testimonio quisiera honrar a Dios y compartir con el mundo cómo el Señor me trajo a su verdadera iglesia. Que el nombre de Dios sea glorificado.

Cuando era niña, fui educada en la fe católica romana y asistía al culto del domingo junto con mis abuelos maternos cada semana (la familia de mi padre es budista). Reconocía a Dios y tenía por estima la cruz dorada que llevaba en mi cuello, pero no conocía a Dios en un nivel íntimo, paternal. Sólo imaginaba a Dios como una figura autoritativa, impresionante y poderosa que gobierna la Tierra desde una distancia lejana. Creía que Dios era un ser supremo al cual no podíamos tocar y que era demasiado importante y estaba demasiado ocupado para interesarse en los asuntos triviales de este pequeño mundo.

Todas las noches antes de irme a la cama, recitaba el Padrenuestro rutinariamente y luego le pedía a Dios que me concediera todas las cosas que deseaba, sin saber con certeza si me estaba escuchando.

PERDER FE EN DIOS

Mis padres se divorciaron cuando yo tenía siete años y, consecuentemente, me mudé de California a Massachusetts. Vivía en Boston con mi padre durante el año escolar y pasaba los veranos con mi madre y mi padrastro. El nuevo marido de mi madre me desagradaba muchísimo; era el hombre más insoportable y terrible que jamás había conocido, y yo le echaba la culpa por haber desintegrado mi familia.

Luego de mudarme a Boston, dejé de ir a la iglesia porque mi padre no era religioso. Aun así, todas las noches antes de dormir recitaba el Padrenuestro y le pedía a Dios que juntara a mis padres de nuevo y reuniera a mi familia. Creía que mi padrastro era la causa de la separación de mis padres, por lo que

incluso le pedía a Dios que se “deshiciera de él” de ser posible, para que mi familia pudiera volver a estar junta de nuevo.

Así pasaron muchos años de lágrimas y vi la situación de nuestra familia empeorar. Mi madre estaba atrapada en una relación abusiva, mi padre entró en una depresión profunda y bebía a menudo, y yo estaba siempre sola en casa, en un departamento en un sótano oscuro, sin esperanzas, con el corazón vacío y llorando todas las noches hasta quedarme dormida. Empecé a dudar si Dios realmente existía, y si existía, ¿por qué no respondía a mis oraciones?

Con el tiempo, perdí la fe en Dios debido a que mi familia seguía estando separada y mis plegarias continuaban sin ser respondidas. No tenía a ningún pariente cercano en quien confiar y quien pudiera consolarme, así que comencé a depender de mí misma completamente. Mis compañeros del colegio se convirtieron en las personas más cercanas a mí. Estaba resuelta a tener éxito y ser feliz en la vida a pesar de las circunstancias.

La Biblia nos advierte no sumergirnos en las ambiciones de este mundo:

*“[P]orque nada de lo que hay en el mundo —los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida— proviene del Padre, sino del mundo”
(1 Jn 2:16).*

Sin embargo, mi idea de éxito y felicidad era ser rica, tener una profesión de alto perfil en el futuro y disfrutar de los placeres del mundo con la mayor frecuencia posible, tal como piensa la gente que vive sin Dios. Todo lo que hice en la escuela secundaria y en la universidad fue para alcanzar estas tres ambiciosas metas que me había propuesto alcanzar en mi vida.

Me convertí en una persona muy competitiva y egocéntrica, extremadamente orgullosa de mis propios logros. Todos los días trabajaba y estudiaba muy arduamente para ser la mejor estudiante, la mejor atleta y el individuo de mayor influencia de la comunidad. Por las noches, me escapaba de la casa para beber, bailar e irme de fiesta con mis amigos hasta la madrugada. De hecho, conocí a Vuthy, mi futuro marido en Cristo, en un club nocturno de la ciudad.

DARLE OTRA OPORTUNIDAD A DIOS

Vuthy y yo nos comprometimos en mi penúltimo año de la universidad, antes de que me fuera a estudiar a París. Cuando estaba en Francia, Vuthy me llamó y me contó que había empezado a asistir a algunos estudios bíblicos y que realmente lo estaba disfrutando. No le presté mucha atención al asunto porque conocía bien a Vuthy: se emocionaba fácilmente con diferentes cosas, pero perdía interés con la misma rapidez.

Sorprendentemente, el interés de Vuthy por el estudio bíblico duró más de lo esperado, y de vez en cuando me ponía al tanto de lo que había aprendido y me contaba algunos testimonios que había escuchado. Uno de los testimonios que recuerdo se trataba de cómo una hermana estaba viendo cosas indebidamente por televisión y, como resultado, Dios la castigó con una infección terrible en los ojos.

Una noche, fui a un bar gay en París con un par de estudiantes estadounidenses para ver de qué se trataba porque nos habían dicho de que era interesante. El lugar era como Sodoma y Gomorra, pero en aquel entonces no pensé que ir a ver fuera nada malo, porque sólo estaba ahí para pasar el rato, no para participar de las actividades.

A la mañana siguiente, cuando me miré en el espejo, me di cuenta de que mi ojo estaba hinchado. Inmediatamente recordé el testimonio que Vuthy me había contado sobre la hermana con la infección en los ojos. Estaba un poco preocupada y me pregunté a mí misma si era posible que Dios me estuviera castigando por haber ido al bar gay. Para asegurarme de que no me pasara nada, decidí arrepentirme y ver si la hinchazón desaparecía.

Milagrosamente, ¡mi ojo volvió a la normalidad esa misma tarde! Mi fe en Dios fue renovada luego de este incidente y decidí secretamente darle a Dios otra oportunidad.

Un día a las cuatro de la mañana, me desperté sobresaltada cuando sonó el teléfono. Cuando descolgué el auricular, oí que Vuthy estaba llorando emocionalmente. Le pregunté qué le pasaba, pero él no podía parar de llorar. Sentí un vacío en el estómago porque pensé que era algo serio. Cuando por fin pudo hablar, lo primero que dijo fue: “Dios existe, Dios existe”. En medio de sollozos, me explicó que cuando él estaba orando, el poder de Dios descendió por su cabeza, sintió una sensación cálida en todo su cuerpo y estaba sobre-llevado de gozo.

Luego, Vuthy me rogó que me arrepintiera, que me arrodillara a orar y que pidiera el Espíritu Santo como él lo había hecho; pero yo estaba realmente conmovida. No estaba segura si esto realmente estaba pasando o si estaba teniendo un sueño extraño. Sin embargo, sabía que Vuthy estaba muy cuerdo y que lo que estaba experimentando era real. Por amor a Vuthy y para darle esperanzas, le prometí que lo intentaría de verdad.

Todas las noches oraba en voz alta diciendo “aleluya” para pedir el Espíritu Santo tal como Vuthy me había dicho. Incluso traté de cambiar mi estilo de vida y abstenerme de pecar. Poco a poco, dejé de ir a las alocadas fiestas francesas, discotecas y bares. Por supuesto, todos mis amigos, incluyendo mi

compañera de cuarto, pensaron que estaba actuando de forma extraña; y la verdad es que ni yo estaba segura de mi fe ni a dónde todo esto iría a parar. Lo único que sabía era que estaba empezando a temer a Dios y que estaba empezando a sentirme bien con mi nueva perspectiva de vida. Ya no estaba tan interesada en alcanzar una de las tres metas de mi vida: mi satisfacción ya no estaba basada en los placeres pecaminosos del mundo.

CONVENCIDA POR CONDUCTA AJENA

Mi primer semestre en París terminó y estaba dispuesta a regresar a casa para las vacaciones de Navidad, feliz. Recuerdo haber estado muy emocionada cuando el avión aterrizó en Boston y estaba particularmente ansiosa por ver a mi prometido y observar si su apariencia o personalidad habían cambiado desde que me fui a Francia. Él me recogió en el aeropuerto vestido de traje, con un ramo de flores, con un nuevo corte de pelo y con su gran sonrisa característica.

Realmente se veía apuesto, pero lo más llamativo no era su apariencia sino la calma y tranquilidad que reflejaba su semblante. Su rostro estaba suave y relajado, casi radiante. Todos los pliegues de ira que tenía anteriormente sobre la frente parecían haber desvanecido, y él estaba allí de pie, mirándome con ojos dulces y amorosos. Cuando me habló, sentí que tenía un corazón satisfecho y tranquilo. Era evidente que se había convertido en una mejor persona. Y yo le di gracias a Dios por ello.

Este encuentro con Vuthy en el aeropuerto fue el punto de inflexión en mi vida espiritual. Dios renovó mi fe a través de Vuthy, tal como dice la Biblia:

“...para que también los que no creen a la palabra sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas [o esposos en este caso], al considerar vuestra conducta casta y respetuosa” (1 Pedro 3:1-2).

Al ver su transformación, le prometí a Vuthy ir con él a los estudios bíblicos de los viernes por la noche y los servicios religiosos de los sábados. Los sermones y estudios bíblicos despertaron mi interés y empecé a entender la palabra de Dios por primera vez en mi vida.

Me encariñé con las hermanas de la iglesia y las comuniones pronto se convirtieron en mi pasatiempo favorito. Se suponía que debía regresar a Francia después de las vacaciones de invierno para terminar mis estudios en el extranjero, pero ya no estaba interesada en alcanzar estas vanas metas de la vida. En lugar de ello, con Vuthy decidimos dedicarnos a una vida pacífica y feliz en el Espíritu Santo, bautizarnos y casarnos en Cristo.

Luego de confirmar el asunto con Dios en oración, Vuthy y yo decidimos alegremente casarnos ese verano. El 25 de abril de 1999, toda la congregación

de Boston viajó a la iglesia de Elizabeth en Nueva Jersey para el bautismo, y de nuevo el 10 de julio para nuestra ceremonia de bodas. Y como si esto fuera poco, Dios también me bendijo con el Espíritu Santo durante nuestra luna de miel: dos semanas en Filadelfia participando del Seminario Teológico Nacional de Jóvenes.

LAZOS RESTAURADOS

La fe de Vuthy sólo me podía llevar hasta cierto punto. Necesitaba experimentar a Dios directamente para que mi fe pudiera elevarse al siguiente nivel de independencia. En mi caso, ese momento ocurrió cuando Dios me liberó de la esclavitud del odio y el resentimiento.

Como dicho anteriormente, no tuve una infancia feliz debido al divorcio de mis padres. Como vivía con mi padre, nunca desarrollé una buena relación con mi madre. Odiaba a mi padrastro (ahora ex-marido de mi madre) por sabotear a mi familia y sentía resentimiento hacia mi madre por no haber estado allí cuando necesitaba amor maternal. El resentimiento hacia mi madre alcanzó su máximo nivel durante mi estadía en París, donde le escribí una carta muy emotiva y decidí que no quería tener nada que ver con ella.

Había decidido que nunca la llamaría de nuevo, pero cuando regresé a Boston y Vuthy y yo decidimos casarnos, ella fue la primera persona que me vino a la mente. No había hablado con ella en seis meses y recuerdo haber llorado y sentido mucha pena por mí misma porque no podía compartir la buena noticia de mi matrimonio con mi propia madre. Vuthy sintió pena por mí y me alentó a orar a Dios.

Seguí su consejo, me arrodillé y le oré a Dios con lágrimas pidiéndole que me librara de mi sufrimiento. Sorprendentemente, el teléfono sonó inmediatamente después de la oración: ¡era mi madre! Hace cierto tiempo atrás, ella había recibido la carta que le escribí desde Francia y quería hablar conmigo al respecto. Terminamos conversando por teléfono por dos horas. Hablamos de todo, desde el pasado hasta el presente y sobre mi futuro matrimonio.

Esta fue la primera vez que mi madre se sinceró conmigo y sentí como si la hubiera estado conociendo por primera vez. No puedo explicar cuán feliz me sentí después de hablar con mi madre aquella noche. Ya no tenía ningún tipo de resentimiento o rencor hacia ella. Dios respondió mi oración y restauró milagrosamente mi relación con mi madre.

LIBERADA DE LA ESCLAVITUD DEL ODIO

Unos meses después, viajé a California para asistir al funeral de mi abuelo materno. Fue muy agradable ver a mi madre de nuevo y dar inicio a esta nueva relación de madre e hija. Le conté cómo había encontrado a Dios y la verdad de la Biblia. Ella fue muy receptiva al respecto y se alegró por mí.

Yo estaba feliz y sentía que todo iba bien hasta que vi al ex-marido de mi madre en la funeraria. Al verlo, todos los sentimientos profundos de odio y resentimiento que había reprimido por más de diez años brotaron de mi corazón. Lo despreciaba de todo corazón y no podía ocultarlo más, estaba a punto de explotar. No le hablé durante el transcurso del día y traté de evitar su rostro, pero no podía dejar de pensar cuánto sufrimiento había causado este hombre a mi familia y a mí.

Aquella noche estaba muy deprimida y afligida, así que traté de encontrar algo de paz leyendo la Biblia. Sólo había estado estudiando la verdad por unos cinco meses, así que decidí leer Mateo por primera vez. Realmente es asombroso cómo Dios abrió mis ojos espirituales para que viera cuán cierta y viva es la palabra de Dios. Fui capaz de absorber todos los versos que leí y cuando leí Mateo 5:43-48 fue como si Dios me estuviera hablando directamente:

“Oísteis que fue dicho: ‘Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo’. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.”

Lágrimas cayeron por mis mejillas mientras leía estos versículos y me puse a pensar lo lejos que yo estaba de ser perfecta. No era más que un publicano, indigna de ser llamada hija de Dios. No amé sino que odié al ex-marido de mi madre, no lo bendije sino que lo maldije en mi corazón; no hice nada bueno por él, no oré por él y no lo saludé cuando lo vi en la funeraria.

Me sentí muy avergonzada, pero al mismo tiempo no pude evitar el odio que sentía por este hombre. No podía simplemente olvidar los recuerdos dolorosos o borrar las heridas emocionales y amar a un hombre que había despreciado por más de diez años. La gente simplemente no cambia de un día para el otro.

Me arrodillé, me arrepentí por tener un corazón malvado y le oré con lágrimas a Dios diciendo: “Dios, no tengo fuerzas para hacer lo que quieres que haga.

Si quieres que perdone y ame a este hombre, entonces tienes que ayudarme, porque no puedo hacerlo yo sola”.

Esa fue una de las mejores oraciones que he tenido en mi vida. Cuando me levanté de la oración, sentí como si una carga de mil libras de odio y rencor se hubiera levantado de mi pecho. Por fin fui liberada de llevar esta carga de pecado. Dios me había conmovido profundamente e hizo algo que yo no habría podido hacer por mi propia cuenta: Él cambió mi corazón y venció la ira y el rencor que había guardado por más de diez años en veinte minutos de oración.

Este cambio no fue algo temporal. La mañana siguiente, vi al ex-marido de mi madre de nuevo en la funeraria. Gracias a Dios, esta vez no sentí ningún tipo de resentimiento hacia él. De hecho, sentí pena por este hombre por cómo era y deseé en mi corazón que algún día él también pudiera conocer a Dios y disfrutar de la misma paz y alegría que yo sentía en mi corazón. Incluso me acerqué a él y lo saludé con una sonrisa sincera.

Lo había perdonado y él ni siquiera lo sabía. No había necesidad de que lo supiera. Este conflicto interno no era entre él y yo, sino entre Dios y yo, y sólo Dios podía resolverlo. Afortunadamente, el Señor es nuestro más grande Mediador.

EL ESPÍRITU VIVIFICANTE DE DIOS

Al reflexionar sobre la maravillosa vida que ahora tengo en Cristo, no puedo más que agradecer a Dios desde lo más profundo de mi corazón. Es curioso recordar que antes de venir a Cristo rara vez pensaba en Dios excepto durante la Navidad o la Pascua, y cómo dejaba a Dios en segundo plano una vez que las deprimentes vacaciones terminaban.

Durante aquel tiempo, de vez en cuando me sentía muy deprimida y tenía el impulso de ir a una iglesia para estar más cerca de Dios. No obstante, cada vez que iba a la capilla con las esperanzas de sentir un poco de consuelo, no sentía nada más que vacío. Así que luego de sentarme en uno de los bancos de la capilla y mirar la cruz de Jesús por unos minutos, me levantaba y me iba.

Las catedrales que había visitado en el pasado eran grandes y hermosas, pero no estaba buscando belleza estética, sino que estaba buscando el Espíritu vivificante de Dios. Ahora sé que la razón por la cual mi alma no estaba satisfecha en esas capillas es simplemente que Dios no estaba allí.

En Hechos 17:24, Pablo dice:

“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas”.

A pesar de que buscaba a Dios vehementemente, ahora que he recibido el verdadero evangelio y el Espíritu Santo, me doy cuenta de que Dios no reside en un edificio de ladrillos y cemento hecho por el hombre, porque

“Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren” (Juan 4:24).

Realmente agradezco a Dios por darme el Espíritu Santo y por abrirme los ojos para encontrar la verdad de la Biblia. Ahora puedo estar segura de que Dios existe y que realmente escucha nuestras oraciones. Aun mejor, sé que cuando todo llegue a su fin tendremos el consuelo y la esperanza de una vida eterna en el cielo. 🗨️

14. Jesús guarda a los suyos hasta el fin

Autor: Robert Cass

Lugar: Edmonton, Canadá

LA PRIMERA VEZ

Mi trayecto cristiano comenzó cuando tenía diez años. Una amiga nos invitó a mi madre, a mi hermana y a mí a su iglesia. El pastor predicó un mensaje simple: “Si aceptas a Jesús en tu corazón, irás al cielo; si no, irás al infierno”. Así que hicimos lo que nos dijeron: aceptamos a Jesús y dijimos una simple oración.

Antes de esta experiencia, yo era un pequeño delincuente; pero en los años que siguieron, traté de entender a Dios, orarle a Él y ser una buena persona. No puedo decir que haya sentido profundamente el amor de Dios en ese momento, pero creía que era mi deber ser bueno y que Dios estaría en algún lugar del mundo siendo Dios.

Pero luego, nos movieron el tapete. Tenía diecisiete años cuando a mi padre y a mí nos diagnosticaron una sinusitis sutil pero compleja. Esa sinusitis era tan insidiosa que ninguno de nosotros nos dimos cuenta de que, con el correr del tiempo, nuestro nivel de azúcar en la sangre había subido peligrosamente. Comencé a tener depresión y mis calificaciones en la escuela empeoraron. Abandoné a mis buenos amigos y pronto empecé a consumir drogas en el local de videojuegos que se encontraba frente a la iglesia.

La sinusitis me fastidió por unos cuantos años y mi vida siguió cayendo en picada. Perdí toda noción de lo poco que sabía de Dios. Me había separado de mi familia y ahora estaba soltero y con un hijo. Finalmente, la cura de mi enfermedad llegó. Todavía sufría de los daños de la infección, pero el nivel de azúcar en mi sangre se normalizó y fue determinado que estaba sano nuevamente.

Después de no mucho, un pastor me vino a buscar y me invitó a su iglesia. Así que fui y me arrepentí dolorosamente de haberme apartado de Dios.

Comencé a buscar a Dios con gran fervor. Me habían dado una segunda oportunidad y estaba sinceramente agradecido. Todos los días le dedicaba horas a la lectura bíblica, y el Espíritu de Dios vivificó las palabras de Jesús en mi corazón.

Mi alma y mi espíritu prestaban suma atención a las enseñanzas de Jesús sobre el acto de dar. Además, mi mejor amigo, que en ese momento financiaba a unas cuantas docenas de niños en países extranjeros, me predicaba siempre sobre el tema. Decidí entonces que ayudar a los necesitados sería mi forma de devolverle el favor al Señor, y compartir mis bienes con los pobres se convirtió en mi deseo.

POR MIS PROPIOS MEDIOS

Nunca había oído hablar de dones espirituales hasta que un día fui a un campamento cristiano donde todo el mundo hablaba en lenguas. No sabía lo que estaba sucediendo, pero recuerdo que el predicador dijo que él tenía los nueve dones espirituales.

Fui persuadido a ir al frente junto a otras personas. Inmediatamente, el pastor se me acercó y puso su mano en mi estómago y oró por mí. “¿Qué está haciendo?”, pensé. En ese momento, mi estómago tenía una hinchazón notable debido a los efectos secundarios de mi enfermedad. Muchos otros se juntaron alrededor mío y oraron por mí, y sentí que un tremendo poder venía sobre mí.

Sentí un inmenso amor que es difícil de expresar. Sólo puedo decir que estaba inmerso en el amor de Dios. Por tres días seguidos, cada vez que veía a alguien en el camino le decía: “Dios te bendiga”. Nunca había experimentado el amor de Dios de esa manera y quería compartirlo con todo el mundo. Todo lo que podía pensar era lo mucho que Dios me amaba. Y como si todo esto fuera poco, la hinchazón de mi panza se curó en cuestión de días.

Supe de inmediato que Dios era real y que realizaba milagros (que por cierto había presenciado varios) y empecé a pensar que mi propósito como cristiano era creer en las palabras de Jesús con fe y presenciar milagros.

Luego mi fe fue puesta ante cierto desafío. Mis cavidades nasales habían sufrido un daño permanente debido a la infección previa y sentía terribles chasquidos en mis fosas nasales. En ese momento me había enamorado y me quería casar, pero no lo quería hacer en mala salud. Empecé a orarle a Dios y a recitar las escrituras una y otra vez. Incluso ayuné dos o tres días a la semana por varios meses. Repetí esto año tras años, pero nada sucedió.

Aunque seguía adorando a Dios, mi relación con Dios comenzó a agobiarse. Levantaba las manos en la iglesia cuando nadie lo hacía, pero al mismo tiempo dudaba de mi bienestar espiritual.

Mis oraciones se hicieron cada vez más frenéticas porque sentía que Dios no me escuchaba. Finalmente, una noche, en medio de un gran dolor, decidí darme por vencido y nunca pedirle a Dios nada de nuevo.

POR MEDIO DE SU ESPÍRITU

Luego, conocí a una muchacha en el trabajo que iba a La Verdadera Iglesia de Jesús. Al principio, pensé que era un nombre bastante interesante para una iglesia. Ella nunca participaba de los estudios bíblicos que yo organizaba tan valiente y obedientemente en la oficina por un Dios que parecía no conocer. Pero ella era diferente. En ella podía ver un cierto gozo, una cierta paz y una cierta certeza que yo no poseía. Ella parecía tener una confianza natural en su fe.

Le dije que quería ir a su iglesia. Mi primera visita a La Verdadera Iglesia de Jesús fue durante un servicio especial.

Me había gustado mucho la iglesia y todo el mundo oraba en lenguas. Había disfrutado orar en lenguas en la iglesia anterior, pero mi lengua era diferente.

Antes de venir a esta iglesia, creía saber algo acerca de Dios: ayudar a los necesitados y hablar en lenguas. En aquella época, les había dado casi todas mis pertenencias a los pobres, pero no sentía nada. ¿Qué más podía hacer? No sentía ni una pizca de felicidad. ¿Qué es lo que estaba pasando? Se suponía que esto sería el clímax de mi experiencia cristiana, pero nada.

“Y si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1 Corintios 13:3).

Entonces, las cosas comenzaron a cambiar. Hubo una convocatoria espiritual en La Verdadera Iglesia de Jesús esa misma semana. Durante la oración, me pregunté cuándo terminaría la oración porque mi boca estaba cansada. Luego fui persuadido a ir al frente de nuevo ¡para más oración en lenguas! Fui sólo para mostrar buena voluntad, pero en realidad ya estaba cansado de “orar en lenguas”.

Hice una oración en silencio en la parte delantera de la capilla, diciendo: “Espíritu Santo, por favor ayúdame”. Tan pronto terminé de decir esto, un cierto pulsar atravesó mi cuerpo. Mi lengua empezó a rodar tan rápido como un ventilador y mi cuerpo comenzó a vibrar. Las lenguas con las que estaba orando ahora no eran de mi propia cuenta y eran completamente diferentes a las lenguas con las que había orado antes.

Cuando regresé a casa me arrodillé a orar de nuevo. “¿Qué está pasando?”, pensé. “¿No tenía ya el Espíritu Santo?” No podía dejar de orar en el Espíritu. El gozo y el consuelo que provenían de la oración eran sumamente gratificantes. Pronto me encontré llorando en la oración y entonando cánticos espirituales. Sentí profundamente el amor de Dios.

CERTEZA DIVINA

Luego de encontrar la iglesia de Dios, sentí una profunda conexión con Dios y pena por haber jurado nunca más pedirle ayuda a Dios. Estas palabras negligentes afligían mi conciencia.

Un día, mientras estaba angustiado por este asunto, oí la voz de Dios decir: “No te desampararé ni te dejaré”. Apenas escuché esto me eché a llorar por un buen rato. Mi Salvador aún me amaba. Y por supuesto, esto tenía sentido; de lo contrario, ¿por qué me habría dado el Espíritu Santo?

“[P]ues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!»” (Romanos 8:15).

De repente, me di cuenta de lo que verdaderamente significa ser cristiano. No se trata de ayudar a los pobres, ni de evangelizar, ni de levantar las manos en adoración. Se trata de Dios mismo, de pertenecer a Dios como un hijo pertenece a su padre, y de permanecer en Dios. Si Él quiere hacer algo bueno en mi vida, dejaré que lo haga y le dejaré recibir toda gloria.

Gracias a Dios, fui bautizado en La Verdadera Iglesia de Jesús un año más tarde. Aunque el bautismo fue quizá la experiencia más hermosa de mi vida, porque es el testimonio de que mis pecados han sido lavados por Dios, también siento una gran seguridad en su voz: “No te desampararé ni te dejaré”. Por fin comprendo qué significa que Jesús guarda a los suyos hasta el fin, sin importar dónde se encuentren, o a qué iglesia asistieron antes, o cómo fracasaron tratando de encontrarlo.

“Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, mayor que todos es, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Juan 10:28–29).

Pablo también dijo:

“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 8:38–39).

Ahora puedo decir que el evangelio completo es necesario para la salvación. Cuando crucé la calle de la primera iglesia a la que había asistido para

consumir drogas, nadie trató de detenerme. El poder de Dios no estaba conmigo en ese momento para ayudarme a trascender. Del mismo modo, cuando mi fe se estaba desviando de la verdad, nadie trató de rescatarme. Sólo hice según lo predicado.

Le doy inmensas gracias a Dios por preservar a La Verdadera Iglesia de Jesús en la fe verdadera para que los miembros puedan seguir aprendiendo sus palabras y seguir viviendo fielmente en el Espíritu. Esta iglesia no se ha ido por la tangente ni ha tratado de agradar a Dios por sus propios medios. Dios ha mantenido a esta iglesia en su verdad y en su amor por medio de su Espíritu.

Oro para que podamos seguir permaneciendo en Él hasta el fin. Amén. 🙏

15. Iré una vez más

Autora: Iris Chiang

Lugar: Garden Grove, California, EE.UU.

UN NUEVO AMIGO

En otoño de 1999, dejé Taiwán para ir a estudiar a San Francisco. En una sala de computación de la universidad conocí a un muchacho que trabajaba allí y nos hicimos amigos. Cuando se enteró de que yo acababa de venir a los Estados Unidos, ofreció ayudarme con amabilidad.

Pensé que me ayudaba con tanto entusiasmo porque le gustaba. Pero para mi sorpresa, me di cuenta luego de que él ayudaba a todo el mundo con el mismo entusiasmo. Su comportamiento me dejó perpleja.

Habiendo crecido en ciudades grandes, me enseñaron a desconfiar de la gente y estaba acostumbrada a las mentiras piadosas. Además, como trabajé de reportera en una empresa de publicaciones periódicas, conocí a muchas personas exitosas y a partir de sus experiencias no tardé de darme cuenta lo sórdida que es la sociedad.

No esperaba conocer a alguien tan ingenuo como mi amigo. Supuse que su vida sería miserable, pero después de observarlo por un tiempo, me di cuenta de que llevaba una vida feliz y que le daba gracias a Dios cada vez que algo bueno sucedía.

Yo creía que uno debía trabajar duro para conseguir lo que uno quiere, en vez de depender de Dios; porque al final de cuentas, ¿existe Dios realmente? Había ido a diferentes instituciones religiosas y nunca había sentido a Dios.

EL PRIMER ENCUENTRO

Aún recuerdo que la primera vez que fui a la iglesia con este amigo fue un viernes por la noche.

El pastor hizo mención de muchos milagros para demostrar la existencia de Dios, pero el sermón no me pareció tan espectacular. En cambio, tenía ganas

de preguntarle si podía demostrar que estos milagros provenían de una fuerza sobrenatural.

El pastor continuó diciendo: “Todos hemos pecado. Debemos reconocer nuestros pecados ante Dios, orar por el Espíritu Santo, y en el futuro podremos entrar al reino celestial. Cuando uno recibe el Espíritu Santo, hablará en una lengua desconocida”.

En ese momento, pensé que había venido a una secta o algo por el estilo.

Cuando concluyó el sermón, el pastor invitó a todos a ir a la parte delantera de la capilla para orar. Dijo: “Aquellos que estén enfermos o quieran pedir el Espíritu Santo pueden venir adelante; los ministros los ayudarán con la imposición de manos. Si oran a Dios en voz alta, Él hará caso a sus peticiones”. Al ver que todos se ponían de pie y se dirigían hacia delante, respiré hondamente y fui también.

Nos arrodillamos y cuando todo el mundo empezó a orar, entendí a qué se refería el pastor cuando le pidió a la congregación que orara en voz alta. Me quedé pasmada por el sonido de la oración en lenguas, y mi temor de haber venido a la iglesia equivocada fue confirmado.

Durante el tiempo que duró la oración, me pregunté repetidamente: “¿Cuándo va a terminar esta oración?”. Como nunca antes me había arrodillado por tanto tiempo, estaba sudando y sentía que me estaba por desmayar. Así que le pedí a Dios: “Por favor, que esta oración termine pronto. Si me desmayo va a ser una vergüenza”.

Gracias a Dios, supongo que ese fue mi primer milagro: me había arrodillado por treinta minutos y no me desmayé. Pero juré en mi corazón nunca volver a este lugar.

“TIENES QUE EXPERIMENTAR LA FE”

Luego, mi amigo me dijo: “Tienes que experimentar la fe”. Le respondí: “¿Cómo se experimenta la fe?”. Él dijo: “Cuando recibas el Espíritu Santo, sabrás que Dios existe y encontrarás las respuestas a las preguntas que tienes ahora”.

Luego dijo con más convicción: “La Biblia nos promete: ‘Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá’. Si estás dispuesta a orar y pedirle a Dios el Espíritu Santo, Dios te lo concederá”.

Todavía tomaba la existencia del Espíritu Santo con bastante escepticismo. Creía que la gente solía buscar a Dios sólo cuando buscaba ser sanada o cuando tenía dificultades en la vida.

Estaba muy satisfecha con mi vida y no tenía nada que pedirle a Dios. Además, no creía haber cometido ningún pecado y por lo tanto no necesitaba pedirle perdón a Dios. En lo que a mí respecta, no necesitaba el perdón de Dios y no tenía ninguna razón para creer en Él.

MI PROPIO MILAGRO

A pesar de que yo constantemente cuestionaba su religión, mi amigo nunca se dio por vencido y siguió intentando llevarme a la iglesia. Así que le dije: “Iré una vez más, pero si no experimento a Dios esta vez, por favor, no trates más de convencerme de que Dios existe y no me pidas ir a la iglesia nunca más”.

Fui a la iglesia ese sábado. Cuando me arrodillé y dije: “Aleluya, alabado sea el Señor”, mis manos comenzaron a vibrar ligeramente.

Qué curiosidad.

Para asegurarme de que no hice temblar mis manos yo misma, decidí ir a la iglesia otra vez la semana siguiente.

El siguiente sábado, me levanté por la mañana sintiendo que recibiría el Espíritu Santo ese día. El sermón que dio un hermano por la mañana me conmovió profundamente y me sentí identificada con sus palabras.

Lo más milagroso fue que ese día pude ubicar citas bíblicas leídas durante el sermón fácilmente. Hasta la hermana que me estaba ayudando a ubicar los libros de la Biblia me preguntó: “¿Eres cristiana? ¿Es por eso que tienes tanta familiaridad con la Biblia?”.

La verdad es que nunca había leído la Biblia antes. Cuando terminó el sermón, sentí la necesidad de orar. Mi amigo me sugirió: “Hay treinta minutos de oración en la capilla antes del almuerzo”. Decidí entonces asistir a aquella sesión de oración.

Me arrodillé en un rincón donde no había nadie y oré diciendo: “Aleluya, alabanzas al Señor”. Mis manos empezaron a temblar ligeramente como la vez pasada. Me dije a mí misma: “Si Dios existe, entonces que pueda experimentarlo y que reciba el Espíritu Santo”.

Mientras pensaba eso, sentí un rayo de luz iluminarme desde atrás como una corriente cálida. Mis manos se sacudieron con más fuerza y empecé a hablar en una lengua desconocida.

En ese momento, sentí un maravilloso mensaje en mi corazón: tanto mi bienestar como las bendiciones que he recibido en mi vida no fueron buena suerte ni el resultado de mi propio esfuerzo, sino que provinieron de la gracia que Dios me había dado.

En la oración reflexioné sobre mis relaciones interpersonales y me di cuenta de que cuando existía algún conflicto de interés con los demás, me era difícil amar o ayudar. Dios abrió mis ojos para que pudiera ver con qué frecuencia mis propios intereses tenían precedencia sobre los de otros.

Cuanto más oraba, más me daba cuenta de que era pecadora como los demás. Por fin me di cuenta de que Dios realmente existe. Él sabía cuáles eran mis dudas y sólo Él podía enseñarme a ser humilde, mostrarme lo insignificante que era y hacerme ver la necesidad de reconocer mis propios pecados.

Dios abrió mi corazón y me hizo entender que el pecado no se define por los estándares humanos de la moral o de la ley. Si no le pertenezco a Dios, entonces soy esclava de los pecados de este mundo. Mis pecados sólo pueden ser perdonados y limpiados por medio de Jesucristo.

Al mismo tiempo, Dios me hizo entender una lección mucho más importante que el pecado: su amor por mí.

SUYA SOY

Tan pronto me di cuenta de que Dios había cambiado mi corazón, mis lágrimas comenzaron a caer sin control, pero la alegría que sentía en mi corazón era algo que nunca había experimentado antes.

Me sentí como una oveja perdida que por fin encontró su camino a casa. Cuando tocaron la campana para concluir la oración, me di cuenta de que había orado por treinta minutos. Luego de esta experiencia milagrosa, finalmente creí que ésta era la iglesia en donde Dios moraba. ¡Alabado sea Dios!

Fui suya cuando recibí el bautismo en octubre de 2000.

El Espíritu Santo me fortaleció para que pudiera estudiar la Biblia activamente y con voluntad propia. Sabía que sólo podía disfrutar de la verdadera alegría y paz si aceptaba al Señor Jesús como mi Salvador.

Antes de creer en el Señor, pensaba que era feliz y bendecida. Sin embargo, luego de mi conversión, ahora comprendo realmente de qué se trata la verdadera felicidad. ¡Tener fe en Dios es una experiencia tan reveladora!

Dios es como un guardaespaldas permanente y un psiquiatra que atiende a mis problemas sin ningún costo. Lo más maravilloso es que no necesito decir nada: Dios ya sabe qué necesito a través de mis oraciones y me consuela por medio del Espíritu Santo.

A menudo, siento que Dios me da más que lo que le pido.

¿Cuán capaces somos los seres humanos? ¿Podemos realmente controlar nuestras vidas? Nunca imaginé que algún día daría testimonio por el Señor.

Esta experiencia me enseñó que no debemos sacar conclusiones prematuramente sobre cosas que no entendemos.

Dios existe. Por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros, podemos experimentar su presencia, siempre y cuando nos demos la oportunidad de aceptarlo y creer en Él.

Que toda gloria y alabanza sean para el Padre que está en los cielos. Amén. 🗨️

16. En mi desesperanza conocí a Dios

Autor: Jason Yu

Lugar: Baldwin Park, California, EE.UU.

La juventud es el período de oro de la vida, en el cual florecen las esperanzas y brilla el futuro.

Pero yo, un alumno de veinte años en el primer año de la universidad, era drogadicto y mi futuro era sombrío. En mi severa adicción a las drogas, me volví triste y desolado; perdí toda esperanza en la vida, y hasta mi familia estaba a punto de darse por vencida.

ADICTO A LA DROGA

En 1990, mi padre me mandó a los Estados Unidos para continuar con mis estudios. Como venía de Taiwán y no tenía ningún familiar inmediato en los Estados Unidos, me quedé con mi tía y asistí a una escuela secundaria en Nueva Jersey. Como mi tía era muy estricta, decidí solicitar admisión a la Universidad de Arizona para así alejarme de ella y tener más libertad.

Mi sueño se hizo realidad en 1995. Cuando me mudé a mi residencia universitaria, me sentí como pájaro liberado de su jaula. ¡Estaba rebalsando de emoción y alegría! Con el coche de lujo que mi padre me había dado, fui a muchas fiestas donde se consumían alcohol y drogas.

Por curiosidad e ignorancia, probé de todo. Me dije a mí mismo que era fuerte y que podía controlarme. Por desgracia, sobrestimé mis habilidades y antes de que me diera cuenta me volví adicto a la droga. Sabía que algo andaba mal cuando el consumo y la compra de droga aumentaron. Me dije a mí mismo que tenía que dejar la droga, pero cedí a mis antojos una y otra vez.

Lo que más me asustó fue que perdí el cabello. Debido al consumo descontrolado de droga, cada vez que me peinaba mi cabello caía a puñados. Esto me causó ansiedad a tal punto de que decidí afeitarme toda la cabeza pensando que así mi cabello volvería a crecer, pero fue inútil. Quedarme calvo a los 20 años, cuando las apariencias importan, fue un golpe terrible a mi autoestima.

Mi calvicie hizo que perdiera mi autoestima y que diera por sentado que el romance era una imposibilidad para mí.

De 1996 a 1998 estuve extremadamente deprimido por mi calvicie. Llevaba una gorra de béisbol todos los días y me escondía de quienquiera que viniera a visitar. Me estaba volviendo loco. Pensé incluso en hacerme un trasplante de cabello, pero no funcionaría debido al escaso cabello que me quedaba en la cabeza.

Devastado, busqué consuelo en el alcohol para entumecer el dolor. Seguí consumiendo drogas y me rendí a sentir lástima por mí mismo y depresión. Mis calificaciones fueron de mal en peor y finalmente fui expulsado de la universidad.

CAOS FAMILIAR

Mi padre, al darse cuenta de que su hijo había ido por mal camino, me instó a quedarme con mi hermano en California para ver si eso traería alguna mejora. De esta manera, de 1998 a 1999 asistí a la universidad en California, pero aun así no pude librarme de la adicción.

Llegó un punto en el que hasta mi familia se inquietaba cuando escuchaba de mí. Mi hermana, Ruo-Lan, se lamentó en retrospectiva diciendo: “Mi hermano a menudo desaparecía por dos o tres días, y cada vez que llamaba era para pedir dinero para redimirse de los traficantes de drogas. Lo tenían amenazado. Yo estaba nerviosa todos los días y tenía miedo de recibir sus llamadas”.

Me causa mucho dolor contar esto, pero mi madre incluso se arrodilló delante de mí rogándome que dejara la droga. Sin embargo, en aquel entonces mi corazón estaba endurecido y mi cuerpo estaba esclavizado a la droga.

Todos en la familia estaban desesperados y no sabían qué hacer. Mi padre quería que empezara de cero regresando a Taiwán e inscribiéndome en el servicio militar, pero luego de haber estado en los Estados Unidos por once años y no haberme graduado de la universidad, era demasiado vergonzoso volver así.

Estaba tan perdido que hasta pensé en convertirme en un monje budista. En tal impotencia, decidí seguir el consejo de mi abuela: “¡Cree en Jesús! Es la única solución”.

BUSCANDO A DIOS

A partir de ese entonces, miraba canales evangélicos en la televisión por la noche y pronto empecé a experimentar cosas extraordinarias.

Cuando quería fumar, oía al evangelista de la televisión predicar contra el tabaquismo. Cuando deambulaba por las calles, oía voces o mensajes que me decían que volviera a casa. Cuando quería ver pornografía, o no podía alcanzar las revistas que estaban debajo del sofá o las cintas se habían borrado de alguna manera.

En aquel tiempo no sabía nada sobre la dimensión espiritual y pensé que unos seres extraterrestres me estaban guiando. Poco a poco, empecé a leer la Biblia. A menudo me cruzaba con versículos de la Biblia que me instaban a no caer en las trampas del diablo.

De a poco me di cuenta de que Dios detesta la obscenidad, así que quemé todo material pornográfico que tenía. También comencé a orar y le pedí a Dios que me rescatara. A menudo, mi aflicción me hacía sentir tan humilde que terminaba en lágrimas y en una sensación de total falta de esperanza.

Un día, un miembro de La Verdadera Iglesia de Jesús le presentó el evangelio de su iglesia a mi hermano, pero como mi hermano no creía en Dios, mi hermana fue invitada a la iglesia, en cambio. Ella fue a la iglesia para orar por mí, para pedirle a Dios que me ayudara. Cuando regresó esa noche, dijo: “¡Es increíble! ¡El Espíritu Santo está en La Verdadera Iglesia de Jesús!”

LA VERDADERA IGLESIA DE JESÚS

Yo quería ir a la iglesia, pero tuve dudas debido a mi calvicie. Además, ¿no da lo mismo orar y estudiar la Biblia en casa?

Aun así, Dios conmovió a una hermana a invitarme a la iglesia, pero debido a mi calvicie, rechacé sus invitaciones una y otra vez. Pese a su insistencia, le dije: “Ya he tomado la decisión, por favor, no me llames más”.

Pensé para mis adentros: “¿Por qué no se da por vencida y cuelga de una vez por todas?”. Así que le dije: “No iré a menos que Dios me diga que vaya”. Antes de colgar dijo: “Está bien, está bien. ¿Por qué no te anotas la dirección de nuestra iglesia: B-a-l-d-w-i-n, iglesia de Baldwin Park?” (Nota del traductor: la palabra “bald” en inglés significa “calvo” y “win” significa “ganar”, “triunfar”, “vencer”).

Me quedé anonadado cuando escuché la dirección. ¿Cómo “Bald Win”? ¿El calvo ganará? He estado luchando contra la calvicie desde que tenía 20 años. ¿Acaso esto significa que Dios quiere que vaya a esta iglesia y que voy a superar mi calvicie? ¿Acaso esto significa que voy a triunfar?

Esto realmente me dio esperanzas, así que le pregunté a Ruo-Lan más tarde: “¿Es verdad que la iglesia está en Baldwin Park?”. Cuando me lo confirmó, grité

en voz alta: “¡El Señor Jesús tiene compasión de mí! ¡Quiero ir a la iglesia! ¡Quiero ir a la iglesia!”.

Querer ir a la iglesia es una cosa, pero tener que enfrentar a la gente con mi calvicie es otra. Tuve ciertas inquietudes cuando visité la iglesia por primera vez, y hasta me puse un poco de spray para aumentar el volumen del cabello.

Luego de regresar a casa de la iglesia, soñé que mi pelo volvió a crecer. Creo que esta fue la forma de Dios de darme confianza.

En las subsiguientes sesiones de culto, sentí como si Dios me estuviera hablando a través de los sermones. Muchas veces me conmoví profundamente por los mensajes que se daban en el púlpito y me di cuenta de que no debía estar tan molesto por mi apariencia porque sólo había dos cosas que realmente importaban: el temor a Dios y el aborrecimiento al pecado.

También experimenté el poder de la palabra de Dios:

“La palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12).

Cuando por fin entendí el mensaje de la Biblia, dejé de usar mi gorra de béisbol. Ya no tuve miedo de revelar mi verdadero ser cuando adoraba a Dios en la iglesia. Además, me arrepentí completamente delante de Dios y le pedí que perdonara mis transgresiones pasadas. Agobiado por mis pecados pasados, lo único que podía hacer era confiar en el poder del Espíritu Santo para vencer mis debilidades.

RENOVADO POR EL ESPÍRITU SANTO

Me había propuesto orar por el Espíritu Santo todos los días. En diciembre de 2000, comencé a ayunar y orar antes de los servicios. Me dije a mí mismo: “Siempre recordaré el día en que Dios me dé el Espíritu Santo”. La mañana del 25 de diciembre, me animé a mí mismo a ayunar y a concentrarme en la oración en la iglesia.

En lágrimas, me arrepentí de todas mis transgresiones pasadas y una gran ola de calor vino sobre mí mientras estaba en profunda oración. Era como si todo mi cuerpo hubiera sido electrificado. Sentí una fuerte corriente fluyendo a través de mis manos. Por fin había experimentado el poder de Dios y esto es algo que nunca olvidaré. Luego de la oración, varios miembros de la iglesia me dijeron que cuando uno recibe el Espíritu Santo siente gozo y habla en lenguas.

Aún no hablaba en lenguas, pero me propuse orar de nuevo el día siguiente. Al día siguiente, oré de nuevo con todo mi corazón y el mismo poder volvió

otra vez, pero tampoco hablé en lenguas. El pastor me aconsejó no estar tan tenso. Seguí su consejo y no mucho después recibí el Espíritu Santo.

Recibir el Espíritu Santo es maravilloso. Cuando los malos pensamientos se apoderan de mí, el Espíritu Santo me reprende y me vuelve más consciente de ellos. Cuando obedezco al Espíritu Santo, los malos pensamientos desaparecen de inmediato. Cada vez que siento necesidad de consumir drogas, fumar o beber, oro en el Espíritu y el Espíritu Santo me ayuda a vencer estos deseos y encontrar paz y gozo en el Señor.

En marzo de 2001, fui bautizado en el nombre del Señor Jesús. Luego del bautismo, sentí como si fuera un hombre nuevo porque todas mis cargas fueron quitadas. Antes era un caparazón vacío y sin esperanza que albergaba pensamientos suicidas, causaba estragos en mi familia y deambulaba por las calles.

Sin embargo, el Padre misericordioso me sacó de las tinieblas y me trajo a la luz. Él me escogió y me dio el Espíritu Santo, dándome así la oportunidad de renacer. Todo lo que tengo y todo lo que soy es a causa de Él. Esta es la razón por la cual estoy firmemente convencido del versículo de Lucas 1:79:

“[P]ara dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para encaminar nuestros pies por camino de paz”.

Sólo Dios todopoderoso puede realizar tal milagro. Luego de haber experimentado la gracia de Dios, siempre estoy feliz de ver la Luz en mi vida. El triunfo sobre mis pecados y mi transformación me animan a andar diariamente por la senda de la luz.

Experimenté el verdadero amor de los hermanos en la iglesia, y por fin puedo dejar de lado todos los resentimientos del pasado. También me veo obligado a compartir la gracia de Dios con los demás.

El Señor Jesús es “[mi] camino, [mi] verdad y [mi] vida” (Juan 14:6). 🗨️

Perdido y encontrado

1. Dios ha estado siempre conmigo

Autora: Carol Chan

Lugar: Houston, Texas, EE.UU.

UNA VIDA COMPLACIENTE

He sido creyente de La Verdadera Iglesia de Jesús desde que fui bautizada a las dos semanas de vida. En ese momento, estaba muy enferma de asma y mi mamá pensó que no iba a sobrevivir. Sin embargo, mi vida siguió luego del bautismo.

Nos mudamos a Vancouver, Canadá, cuando tenía cuatro años, y gracias a Dios mi asma desapareció por completo. Sin embargo, mi familia dejó de ir a la iglesia después de inmigrar allí, por lo que crecí sin saber quién era Dios, sin buscar a Dios, sin leer la Biblia y sin orar. En mi tercer año en la universidad, mis padres decidieron volver a acudir al culto del sábado en la iglesia de forma regular tras ser alentados por un miembro de la iglesia, y yo fui con ellos.

Luego de egresar de la universidad, conseguí empleo en una aerolínea, lo cual me permitió viajar alrededor del mundo casi sin pagar nada. Mi madre no sólo me compró un coche sino que también me compraba ropa, me preparaba la vianda para llevar al trabajo y me permitía vivir en casa sin pagar alquiler. ¡Mis colegas pensaban que era muy afortunada y mimada! Yo pensaba que era invencible.

Mi vida espiritual, sin embargo, estaba en decadencia. Aunque iba a la iglesia de manera regular, yo era siempre la última en llegar y la primera en partir. Cuando los miembros me invitaban a quedarme para el almuerzo, inventaba excusas para no quedarme.

Tenía muchos amigos mundanos y todos los fines de semana tenía algo que hacer y un lugar adonde ir. No podía ni siquiera orar por cinco minutos sin distraerme pensando en películas o en qué comer para el almuerzo. Para mí, comer era más importante que cualquier otra cosa.

Mi vida era tan tranquila y complaciente que no sentí la necesidad de Dios en absoluto. Gracias a Dios, no fue su plan que yo siguiera una vida sin Él.

SOLITARIA Y DESESPERADA

En 1999 me casé con alguien que no era miembro de la iglesia. Dos años después, mi marido fue trasladado por su empresa a Copenhague, una hermosa ciudad con mucho que hacer y disfrutar, y allí nos mudamos. Casi sin previo aviso, en el invierno de 2002 mi marido fue trasladado a un pequeño pueblo pesquero y petrolero en Noruega, y nos mudamos nuevamente.

Todo cambió. Antes tenía amigos, un buen trabajo y el cuidado de mis padres; ahora, nada. Por ende, me sentí extremadamente aburrida y solitaria. Solía caminar por el pueblo deseando que alguien me hablara.

No sólo me sentía sola, sino que los inviernos eran duros. Todos los días hacía un frío terrible y algunos días la oscuridad duraba casi veintiuna horas. Como tampoco tuve el lujo de tener un coche, solía trasladarme en autobús en el invierno brutal, caminando a las paradas y esperando allí al autobús con frío, a oscuras y bajo aguanieve.

Vivíamos en un departamento que estaba sobre una colina y la acera se congelaba cuando hacía frío, así que cada vez que salía de compras me resbalaba y me caía. Lo peor era que todo costaba tres veces más de lo que yo estaba acostumbrada. Por ejemplo, una pizza costaba alrededor de cincuenta dólares y una Coca-Cola, siete dólares. Como disfrutaba de la comida, esto era una situación terrible para mí. Mi marido y yo comíamos alimentos enlatados y arroz a regañadientes para ahorrar dinero.

Me quejé y le dije a mi marido que no podía vivir así. Él me dijo que no me preocupara porque estaríamos allí por sólo unos meses, pero un día le avisaron que teníamos que quedarnos allí por lo menos dos años. Me empecé a preocupar. No quería que mi vida consistiera sólo de aburrimiento, tristeza y soledad todo el tiempo, y no quería tener que pagar una cantidad exorbitante de dinero al comprar cualquier cosa.

Por primera vez en mi vida empecé a sufrir ataques de pánico. Luego empecé a tener insomnio y ansiedad, y poco a poco todo terminó en un estado de depresión. Todos los días sentía que la oscuridad me rodeaba y no quería salir de la cama. No tenía ganas de hacer nada y lloraba constantemente. Lo peor era que no podía dejar de pensar en ello aunque quisiera.

En este estado de desesperación, empecé a buscar a Dios por primera vez. Dios me conmovía a orar y también empecé a cantar himnos.

Una noche soñé que estaba orando, tenía el Espíritu Santo y me sentía feliz, y luego desperté. Sin embargo el insomnio no mejoró. Estaba tan agotada y ansiosa que no quería vivir más. No había alegría en mi corazón. Pensé que iba a terminar en un asilo mental y que la gente se olvidaría de mí.

Les conté a mis padres lo que me estaba pasando y mi padre me sugirió pasar un tiempo en la casa de ellos para tomar algo de descanso y recuperación espiritual. Hacía dos semanas que no había dormido y obviamente no podía funcionar ni hacer nada así.

Al día siguiente, tomé un vuelo de regreso a Vancouver.

GOZO Y RENOVACIÓN ESPIRITUAL

Mi padre y una hermana de la iglesia me fueron a buscar al aeropuerto y me llevaron a casa. Un par de horas más tarde, el pastor llegó a petición de mi padre. Lo primero que me preguntó fue si tenía el Espíritu Santo. Por favor, pensé, no me hables del Espíritu Santo, lo único que necesito ahora desesperadamente es algo que me ayude a dormir.

Pero él insistía y me decía que tenía que “pedir, buscar y llamar”, así que nos pusimos de rodillas y oramos. Mientras orábamos, escuché a la hermana cantar el comienzo de “Frère Jacques”, una canción de cuna francesa, cuya letra quiere decir: “Fray Santiago, Fray Santiago, ¿duermes tú? ¿duermes tú? Tocan las campanas, tocan las campanas: din, dan, don, din, dan, don”.

Pensé que esto era muy extraño, así que luego de la oración, le pregunté por qué estaba cantando esta canción. ¡Ella respondió que no sabía que había cantado la canción! Desde ese día, tuve ganas de orar por el Espíritu Santo porque yo le importaba a Dios y Él entendía mis problemas.

Aquella noche, me acosté en la cama y traté de dormir sin éxito. Cuando cerré mis ojos en otro intento de dormir, de repente sentí como si mi cuerpo se moviera a gran velocidad por un espacio oscuro. Abrí los ojos y vi que todavía estaba en la cama.

Cuando cerré los ojos de nuevo, la visión volvió a aparecer. A medida que mi cuerpo se precipitaba a través del espacio oscuro, una gran pared de fuego apareció ante mí. Atravesé el fuego y grité: “¡Dios, ayúdame!”.

Abrí los ojos y la visión desapareció. Me quedé pensando qué significaba. El fuego no era siniestro o algo por el estilo. Al contrario, sentí que mi fe se había fortalecido. Nunca entendí el significado de la visión hasta que mucho más tarde me crucé con este versículo:

“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mateo 3:11).

El día siguiente era sábado y no había dormido por quince días. Fui a la iglesia y oré con importunidad por el Espíritu Santo. Estaba muy agotada pero presté mucha atención al sermón. Sentí cómo mi alma tenía sed de la verdad.

Esa noche, pude apagar mi cerebro y dormir, aunque no muy bien. Aun así, agradecí haber descansado aunque sea un poco para continuar mi búsqueda espiritual.

Durante la semana, el insomnio iba y venía. Seguí orando por el Espíritu Santo, pero no noté ningún cambio hasta el viernes. Lo que ocurrió durante el culto del viernes es algo que nunca olvidaré.

El pastor invitó a la congregación a orar en la parte delantera de la capilla para recibir la imposición de manos, así que fui. Durante la oración, sentí que el pastor impuso sus manos sobre mí pero no pasó nada, así que él siguió de largo.

De repente, sentí una corriente eléctrica a través de mi cuerpo y no pude controlar mi lengua, la cual parecía que iba a cien kilómetros por hora.

Lo primero que cruzó por mi mente fue: “Así que esto es lo que se siente cuando uno recibe el Espíritu Santo”. Durante la oración, sentí agradecimiento y gozo porque Dios me había dado el Espíritu Santo después de todos estos años. Sentí que Dios me quitó todos los pecados esa noche.

Pensé que todo iba a estar bien después de recibir el Espíritu Santo, pero no fue así. Pasé por un período de dudas y batallas espirituales porque no podía entender por qué Dios me había dado este regalo a mí, una pecadora.

Discutí el asunto con una hermana y ella me dijo: “No nos toca preguntar por qué. Cuando recibimos un regalo, nos limitamos a decir ‘gracias’”. Me di cuenta de que ella estaba en lo correcto. No debemos cuestionar a Dios sino que debemos aceptar lo que Él nos da.

Así, puse de lado mis dudas en mis oraciones y en cambio le di gracias a Dios por el Espíritu Santo. Luego de orar de esta manera, empecé a tener una actitud más sana y empecé a recuperarme de la depresión. Aún más significativamente, el insomnio desvaneció poco a poco.

Sin embargo, al pensar en volver a Noruega, tuve la preocupación de que pudiera volver a mi antiguo estado de depresión. Allí estaría sola en la fe, sin compañeros espirituales. Dediqué mucho tiempo en la oración pidiéndole a Dios que me ayudara. Gracias a Dios, Dios me concedió la paz que necesitaba.

Luego de ocho semanas en Vancouver, me sentí espiritualmente renovada y llena de gozo ante la idea de reunirme con mi marido y conocer más a Dios.

BENDICIONES Y PROVIDENCIA DE DIOS

Mateo 6:33 dice:

“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”.

Busqué vehementemente el reino y la justicia de Dios, y las bendiciones empezaron a caer a cántaros en mi vida.

En mi vuelo de regreso a Noruega, pensé que luego de todo lo que había pasado sería bonito ir de viaje a Italia con mi marido. La semana siguiente, mi marido me llamó desde el trabajo y me dijo que la empresa le había dado un viaje gratis de una semana para dos personas a Italia y me preguntó si quería ir.

En otra ocasión, yo estaba en el autobús y decidí que aquella noche iba a estudiar la Biblia y a cantar himnos. Generalmente, mi marido miraba televisión después de cenar, así que estaba preocupada de que no pudiera concentrarme. Esa noche, le dije a mi marido que iba a estudiar la Biblia y él me dijo que iba a ver televisión. Prendió el televisor pero el cable no funcionaba. Estudié la Biblia por una hora y luego de esa hora el cable volvió a funcionar.

Tres meses en Noruega pasaron a ser cinco años y medio. En estos cinco años me hice muchos amigos y encontré un buen trabajo. Dios también nos dio un nuevo hogar. Ya no me resbalaba y no me caía yendo al supermercado, porque nuestro departamento nuevo se encontraba arriba de un supermercado.

Una vez más, era posible que la compañía de mi marido lo trasladara a otro lugar, posiblemente Europa o África del norte. Me preocupaba que nos mandaran a un país donde no había iglesias de La Verdadera Iglesia de Jesús. A pesar de que había mantenido mi fe en Noruega, quería ir a un lugar donde fuera capaz de adorar a Dios con otros miembros de la iglesia.

Cuando estábamos de vacaciones en Vancouver en la primavera de 2008, recibimos una llamada telefónica con respecto a nuestro traslado. Mi marido me dijo que su compañía quería ofrecerle un puesto en Houston. ¡Qué alegría! Dios no sólo escuchó mis oraciones, sino que conoce mis pensamientos y preocupaciones y comprende mis necesidades.

En Houston, las bendiciones de Dios continuaron lloviendo sobre mí. Tras ayunar y orar para que la mudanza transcurriera bien, Dios me dio un bonito departamento y un trabajo muy bueno al poco tiempo de llegar. Gracias a

Dios, ahora puedo ir a la iglesia de Houston y tener la oportunidad de servir a Dios. Ahora no sólo puedo adorar a Dios con otros miembros de la iglesia, sino que también puedo disfrutar de la bendición de estar en comunión con ellos.

Ahora entiendo mejor lo que Pablo le escribió a la iglesia de Roma:

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:3–5).

No creo que estaría aquí hoy si no hubiera sufrido ataques de pánico, depresión e insomnio. No hubiera buscado a Dios activamente si nada de esto hubiera pasado, porque mi vida en Vancouver era tranquila y despreocupada. Sin embargo, regresé a Dios a través de las tribulaciones y Él me renovó.

Cuando miro hacia atrás, puedo ver cómo Dios siempre ha estado conmigo aunque le di la espalda. Él me ha bendecido toda la vida, pero nunca lo había apreciado ni había hecho el esfuerzo de seguirlo hasta que tuve dificultades.

Quisiera compartir las siguientes palabras de aliento con los hermanos que fueron bendecidos con una buena vida: por favor tengan cuidado y mantengan su fe, porque éste es el momento en el que pueden enfrentar pruebas y caer. Si llegan a caer, recuerden buscar a Dios, porque Él es el único que puede levantarlos. 🙏

Milagros de sanación

III

1. En sus manos

Autor: Robert Kealiinohomoku

Lugar: Maui, Hawaii, EE.UU.

En el nombre del Señor Jesucristo doy testimonio. Doy gracias a Dios por darme esta oportunidad para compartir la asombrosa gracia de su amor en mi vida.

En mis años en la escuela secundaria, solía jugar al fútbol americano en la hermosa isla de Hawaii, pero mi amor y mis ambiciones por el deporte fueron dados por terminados cuando sufrí una contusión cerebral causada por trauma al cuello. Cuando desperté en el hospital al día siguiente, no pude recordar qué me había sucedido.

Los médicos se sorprendieron al verme aún con vida y capaz de caminar, porque mi condición fue tan grave como la de Christopher Reeves, el actor. La única diferencia fue la causa del accidente: el Sr. Reeves cayó de un caballo.

Cuando sucedió el accidente, mis padres estaban en la parte continental de los Estados Unidos. Yo no tenía parientes en Hawaii. Afortunadamente, unos creyentes de la casa de oración de Maui se enteraron de mi situación y me vinieron a visitar al hospital de inmediato.

Los médicos básicamente nos informaron que mi carrera como deportista había terminado. También dijeron que había tenido la suerte de no quedar paralizado y todavía ser capaz de moverme. Durante la semana que estuve en el hospital, le oré y le di gracias a Dios por cada respiro que podía tomar a causa suya.

Aunque mi carrera jugando al fútbol americano fue breve, Dios me abrió otra puerta. Después de terminar la escuela secundaria, Dios me dio la oportunidad de ir a la parte continental de los Estados Unidos a estudiar arte culinario.

DIOS PLANEA NUESTROS PASOS

Luego de graduarme de la universidad, Dios me permitió volver a la isla y trabajar en un complejo turístico donde conocí a mi esposa. En 1996, me mudé a la isla principal para asumir el cargo de jefe de cocina, y de 1996 a 2001 seguí asumiendo cargos más altos en mi carrera.

Dios me bendijo en el trabajo, guiándome y protegiéndome. En agosto de 2001, me enteré de que mi esposa estaba embarazada de nuestro tercer hijo. Al mismo tiempo, fui invitado a dar una exhibición de cocina para la fundación James Beard en Nueva York.

Se suponía que mi socio y yo íbamos a asistir a esta convención juntos y a cocinar delante de la prensa, pero en ese entonces estábamos teniendo algunas diferencias de opinión en cuanto a nuestro trabajo. A medida que el viaje se acercaba, tuve un mal presentimiento, así que pedí ser reemplazado.

Cuando le conté a mi esposa sobre mi decisión, ella no estaba para nada contenta, porque habíamos planeado ir a Nueva York juntos. Pero yo ya estaba decidido. Quién se hubiera imaginado que el día en que teníamos planeado volver de Nueva York, el 11 de septiembre, los terroristas atacaron Las Torres Gemelas de Nueva York.

Aquella mañana, mi esposa me llamó al trabajo y me dijo que prendiera el televisor; no podía creer lo que estaba viendo. Oré por la gente que fue a Nueva York en mi lugar, y le di gracias a Dios por no haber permitido que fuera. El chef y los asistentes que fueron no pudieron dejar Nueva York hasta tres semanas más tarde. No pudieron volver y sus familias los estaban esperando ansiosamente en las islas. Cuando por fin volvieron, habían cambiado. Algunos estaban traumatizados y tuvieron que buscar ayuda profesional.

PRUEBAS Y SUFRIMIENTOS

En febrero de 2002, tuve un accidente automovilístico leve y mi problema de cuello resurgió. A través de rayos X, los médicos vieron que mi cuello se había dislocado y que había un espacio de un centímetro entre la primera y la segunda vértebra.

Los médicos concluyeron que era necesario fusionar la primera y la segunda vértebra con parte del hueso de mi cadera. En abril, decidimos avanzar con los planes para la cirugía, para que pudiera recuperarme completamente. Como esta era mi primera cirugía, el neurocirujano me explicó todas las opciones que tenía.

El doctor me dijo que podría necesitar un cuello ortopédico, y en caso de que mi situación fuera grave, un halo. El halo es una jaula de metal colocada

alrededor de la cabeza para facilitar la cirugía. Se insertan tornillos en áreas estratégicas del cráneo para ayudar que el hueso crezca y sane correctamente.

Cuando me sometí a cirugía, todos los hermanos y hermanas en Honolulu oraron por mí. Tuve mucho temor, pero le pedí a Dios que me diera fuerzas para mantenerme positivo.

Cuando me desperté de la operación, noté una jaula alrededor de mi cabeza. Afortunadamente, dos de las tres operaciones realizadas fueron exitosas. El médico estuvo en lo correcto: fue necesario colocarme el halo. Mi esposa me dijo que debía tenerlo puesto por doce semanas.

Quería irme del hospital lo antes posible. Los médicos dijeron que no podía irme hasta que pudiera caminar, pero gracias a Dios, pude caminar el día después de la operación y por ende fui dado de alta al tercer día.

MÁS CERCA DE DIOS

Alquilé una cama médica que me permitió subir y bajar de la cama de manera más eficiente, y también dormir la noche entera sin inconvenientes.

Cierta noche desperté con un dolor agudo en la cabeza. Sentía como si al mismo tiempo alguien me hubiera golpeado en la cabeza con un bate de béisbol y como si la cama médica me estuviera electrocutando. Mi esposa me escuchó gritar y me preguntó qué pasaba, pero le dije que no sabía.

Básicamente, el halo se había desplazado y yo estaba sangrando donde estaban los tornillos. Desperté a mi mamá y ella inmediatamente nos reunió a todos para orar. El dolor era insoportable y se estaba intensificando, por lo cual acudimos a la sala de emergencia de inmediato a las tres de la mañana.

Tuvimos que esperar hasta las siete para que un médico pudiera vernos. Me dieron analgésicos pero no surtieron efecto. Trataron de arreglar el halo, pero tampoco funcionó. Entonces volvimos a casa y mi mamá tuvo que conducir muy despacio porque cada bache en el camino hacía que los tornillos rasparan mi cráneo.

Luego de dos días de insomnio, tuve que volver a la sala de emergencias a causa del dolor. Me dieron más analgésicos. El dolor era tan insoportable que a tal punto les dije que ya había tenido suficiente. Como el neurólogo de este hospital no sabía qué hacer, tuve que volar a Honolulu. Le oré a Dios para que el viaje transcurriera sin inconvenientes.

Apenas llegué a Honolulu fui al consultorio del médico. Gracias a Dios, repararon el halo en menos de cinco minutos y pude dormir todo el camino de vuelta a casa.

A través de este período de dolor y sufrimiento, tuve la oportunidad de acercarme más a Dios. En junio de ese mismo año, participamos del retiro de jóvenes en la iglesia de Honolulu. Puse todo esfuerzo posible para poder acudir. Todos los hermanos y hermanas se alegraron de que hubiera venido.

Durante ese retiro, tuve una de las oraciones más intensas que experimenté. Los dos pastores que estaban allí al paso me impusieron las manos en oración y lloré como un bebé. Ellos me alentaron a orar con más fuerzas porque estaba muy consciente del amor de Dios y de su deseo de bendecirme.

Oré fervientemente para recibir el Espíritu Santo, pero no fue el momento de Dios.

DIOS ES EL MÉDICO MÁS CAPAZ

Durante las doce semanas con el halo, el halo se desplazó dos veces. Tres días antes de que pudiera quitármelo, los médicos me tomaron otra radiografía y notaron que la fusión ósea no había funcionado.

Me sugirieron esperar un año y ver si el hueso se sanaría por sí solo. Al año siguiente, el 2 de mayo de 2003, me tomaron otra radiografía y nuevamente los huesos aún no se habían fusionado. Los médicos me dijeron que tenía que empezar el tratamiento de nuevo. Pero dentro de mí, decidí confiar el asunto en manos de Dios.

Un mes después, hubo otro retiro de jóvenes en Honolulu y decidimos ir. Durante los primeros días del retiro mi esposa sintió conmoción cuando oraba y lloró, pero sin entender por qué lloraba. Luego, una hermana tuvo una visión: vio que el cielo se abrió y que caía mucha lluvia. Poco después, mi esposa recibió el Espíritu Santo y esto nos consoló en gran medida y nos animó a los dos.

Esa noche, oré muy profundamente a Dios. Le oré y le dije a Dios que Él era el médico más capaz. Le dije que si me podía sanar, le confiaría mi vida a Él y me comprometería a servirle.

De repente, sentí que las vértebras de mi cuello se fusionaron. Me sentí lleno de gozo.

Todos me animaron a seguir orando y a decir “aleluya” en oración. Al día siguiente, seguí tal consejo, recibí el Espíritu Santo y empecé a hablar en lenguas. Le agradezco a Dios sinceramente por sus bendiciones.

Durante y después del retiro, continué orando y sentí como si tuviera un cuerpo nuevo. Mi abuela falleció cuando aún estaba en el retiro, pero Dios me dio fuerzas para ir al funeral y superar la pérdida. Los días que pasé

en Honolulu fueron demasiado maravillosos para expresarlos con palabras. Lo único que puedo decir es que sentí la paz absoluta de Dios.

Al mirar atrás y ver el camino que recorrí hasta llegar al día de hoy, debo agradecer a Dios por haber estado siempre conmigo, por haber sanado mi lesión cervical y por haberme acercado más a Él.

Esto me enseñó que debemos poner nuestras vidas en manos de Dios. El plan que Dios tiene preparado para nosotros es el mejor. A veces no sabemos dónde iremos o qué haremos en nuestras vidas. Realmente debemos orar y confiarle nuestro camino a Dios.

Ahora que Dios me ha traído de vuelta al redil y me ha dado el Espíritu Santo, quiero glorificar su nombre y espero ser una vasija útil a Él todos los días de mi vida.

La forma en que las manos de Dios me guiaron me hace recordar un hermoso pasaje de la Biblia, el cual Job escribió al ser inspirado cuando se encontraba en gran sufrimiento:

“¿No me vertiste como leche, y como queso me cuajaste? Me vestiste de piel y carne, me tejiste con huesos y nervios, me concediste vida y misericordia, y tu cuidado ha guardado mi espíritu” (Job 10:10–12). 🗨️

2. Dios obra de maneras misteriosas

Autor: Joseph Liu

Lugar: Vancouver, British Columbia, Canadá

UN CORAZÓN DEFECTUOSO

Jessica nació en una noche ventosa en otoño de 1986 a las diez y media de la noche. Los dos médicos que asistieron el parto la examinaron y declararon que era una beba sana y normal. Sin embargo, a Jessica no se la vio sonreír mucho durante sus años como bebé.

A los doce meses, una enfermera comunitaria, al colocar su estetoscopio en el pecho de Jessica, abrió sus ojos sorprendida. La enfermera determinó que Jessica tenía un soplo en el corazón que parecía bastante fuerte.

Fuimos de inmediato a nuestro médico de cabecera, quien confirmó efectivamente que Jessica tenía un soplo en el corazón. Luego de varias visitas al cardiólogo en el Hospital de Niños en Vancouver, nos dijeron que Jessica tenía un agujero en la unión de las cuatro cavidades del corazón y una válvula mitral deformada. Su electrocardiograma (ECG) también mostró que tenía un pedazo de tejido suelto en el interior del corazón.

Se tomó la decisión de operarla lo más pronto posible. Fue bastante desconcertante para nuestra familia recibir esta noticia, porque la abuela de Jessica, la diaconisa Chow, apenas había fallecido un par de meses antes.

Jessica tenía sólo un año en ese momento. Su cardióloga fue la Dra. Marion Tipple, una de las mejores cardiólogas infantiles de Canadá. La Dra. Tipple también enseñaba cardiología a futuros cardiólogos infantiles.

El cirujano fue el Dr. Ashworth. En la primera cirugía, el agujero del corazón fue parchado con el tejido suelto que había en su corazón, pero la reparación de la válvula mitral fue sólo parcialmente exitosa. Dijeron que Jessica necesitaría otra cirugía a pecho abierto en el futuro.

PROBLEMAS RECURRENTES

Debido a su problema de corazón, Jessica tenía muy poca energía y era muy susceptible incluso a enfermedades menores. Un resfrío leve podía dejarla tendida en la cama jadeando. Era común para nosotros acudir a la sala de emergencias apresuradamente, a veces incluso en el medio de la noche.

En 1988, la Dra. Tipple decidió que la única solución era someter a Jessica a una segunda cirugía de inmediato; pero esta vez para quitar por completo la válvula mitral y sustituirla por una válvula de cerdo o una válvula artificial.

Cualquiera fuera el caso, Jessica necesitaría muchas operaciones más en el futuro porque en ese momento era demasiado pequeña, y a medida que fuera creciendo, su corazón y su válvula también irían creciendo. Nuestra familia estaba totalmente devastada por esta noticia. No podíamos hacer nada más que seguir la sugerencia de la doctora y poner el futuro de nuestra niña en sus manos.

Mientras tanto, yo no había mantenido mi fe desde hacía más de veinte años, y a menudo me oponía a mi madre cuando ella me hablaba de Cristo. Como había recibido un mayor nivel de educación, yo creía que lo que decía mi madre acerca de Jesús no era verdad, y siempre me oponía a ella y a la Biblia.

Y como si todo esto fuera poco, las enfermeras de British Columbia entraron en huelga ese mismo año. Sólo casos considerados de vida o de muerte podían ser atendidos. Todas las demás cirugías fueron canceladas. Toda nuestra familia estaba muy estresada por el asunto.

CIRUGÍA SIN ÉXITO

Una tarde, el teléfono sonó. Una enfermera nos dijo que lleváramos a Jessica de inmediato al hospital, porque había una vacante para su cirugía al día siguiente. Ante el temor de que esta fuera la última vez en que viéramos a Jessica viva, me aseguré de que todos le dieran un último abrazo antes de llevarla al hospital.

Hasta su abuelo la abrazó y no la quiso soltar. Jessica tenía dos años y medio en ese momento. Jessica se quedó toda la noche en el hospital para prepararse para la cirugía. Me quedé con ella toda la noche y la acuné en mis brazos hasta que la cirugía comenzó a las ocho de la mañana del día siguiente.

Antes de la operación, el Dr. Leblanc, un cirujano cardíaco establecido y reconocido, entró a nuestra habitación y me dijo que había estudiado el caso de Jessica en detalle la noche anterior. Dijo que podía reparar la válvula mitral de Jessica sin sustituirla por una válvula artificial. Esto nos alivió un poco y

nos trajo algo de alegría, porque no había mejor sustituto para nuestro cuerpo que nuestro propio tejido.

La cirugía duró ocho horas y por fin vimos a Jessica en la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI). Ella estaba conectada a una media docena de máquinas y tenía tubos por dentro y por fuera de su cuerpo. Estaba dormida sin moverse, y pesaba sólo ocho kilogramos.

Imaginamos que estaría en Cuidados Intensivos por dos o tres días y que luego la podrían transferir a una sala de cuidado general. Al tercer día, Jessica aún estaba en coma, pero yo podía sentir que apretaba mi dedo. Aunque ella tenía los ojos cerrados, aun así derramaba lágrimas.

El personal de Cuidados Intensivos trató de desconectarla de las máquinas y de detener el suministro de drogas en varias ocasiones, pero su corazón no pudo soportar tal presión. Por lo tanto, Jessica fue conectada a las máquinas de nuevo. Esto se repitió varias veces a lo largo de los cinco o seis días siguientes.

Finalmente, al séptimo día, el Dr. Leblanc tuvo una reunión con dos especialistas del corazón, la Dra. Tipple y el Dr. Sandoz, y nos dijo que iba a tener que realizar otra cirugía a pecho abierto y colocar una válvula artificial.

Sin embargo, nos informó que no iba a poder operar a Jessica de inmediato, ya que tenía una cirugía urgente que tenía que llevar a cabo al día siguiente, pero nos prometió operarla en dos días.

Yo estaba muy preocupado por la condición de Jessica, debido a que ella había estado en coma y no había comido por siete días. Les pregunté a los tres médicos si Jessica podría sobrevivir otra cirugía a pecho abierto dada la condición en que se encontraba.

Los médicos intercambiaron miradas en silencio por unos minutos, esperando que otro respondiera a mi pregunta. Finalmente, la Dra. Tipple me miró y me dijo que no había otra opción. Jessica no podía vivir continuamente dependiendo de los sistemas de soporte vital.

Con ánimo pesado, firmé la carta autorizando que la cirugía fuera llevada a cabo. Mi esposa y yo dejamos el hospital pensando que seguramente esta vez Jessica no sería tan afortunada como las veces anteriores.

VOLVER A DIOS

No hablamos mucho cuando llegamos a casa. Le dije a mi esposa que sacara la foto de Jessica de la pared, ya que nos entristecía mirarla. No había ido a la

iglesia por más de veinte años y ni siquiera había orado o hablado con Dios durante todo este tiempo.

Aquella tarde entré a mi habitación, cerré la puerta y me arrodillé. Le pedí perdón a Dios por ser un hijo pródigo y le dije que no iba a desaparecer de nuevo. Le pedí a Dios que me devolviera a Jessica y le pedí que no castigara a mi niña por los pecados que yo había cometido en el pasado.

Tuvimos una cena seria esa noche y ninguno de nosotros tenía apetito. Cierta tiempo después de la cena sonó el teléfono. Escuchar sonar al teléfono me sobresaltó con temor. ¿Cuál sería la noticia? ¿Estaba viva Jessica todavía? ¿Debo contestar el teléfono?

Al final contesté y el Dr. Leblanc me dijo que iba a diferir la cirugía y mantener a Jessica en observación. Aparentemente, había ocurrido una mejora repentina y parecía que Jessica se estaba recuperando rápidamente.

Esto trajo una felicidad inmensa a nuestros corazones. Nos apresuramos a llegar al hospital a la mañana del día siguiente y encontramos a Jessica despierta y mirándonos. Acariciamos sus brazos y su frente, y le dimos gracias a Dios por su perdón y compasión.

Jessica dejó Cuidados Intensivos en dos días y una semana más tarde fue dada de alta. Antes de irnos del hospital, el Dr. Leblanc vino a examinar a Jessica y le pregunté qué había pasado.

Él dijo que no sabía por qué Jessica se había recuperado tan rápidamente, especialmente sin ayuda médica. Sin embargo, nos pidió que lo visitemos cada vez que Jessica fuera a hacer su revisión médica anual con la Dra. Tipple.

El Dr. Leblanc nos dijo que para nosotros no había necesidad de pedir turno, sino que fuéramos a su oficina directamente en cualquier momento. No es para nada común poder ver a un cirujano sin cita previa.

La salud de Jessica está progresando bien. Hoy en día aún sigue visitando a la Dra. Tipple para sus revisiones médicas anuales y la doctora está muy contenta con el progreso de Jessica. Jessica ahora tiene dieciséis años, y a través de nuestras oraciones pedimos a Dios que ella continúe siendo un miembro fiel y regular de La Verdadera Iglesia de Jesús, tal como lo es ahora.

Nuestro Dios es un Dios compasivo. Dios obra de maneras misteriosas y su poder está sobre todas las cosas. Amén. 🕊

3. Maravillosa gracia, maravillosa sanación

Autora: Claire OuYang

Lugar: Hillsborough, Nueva Jersey, EE.UU.

Años han pasado desde que fui bautizada el 27 de abril de 2003. Al mirar atrás, siento como si aún hubiera sido ayer. Antes del bautismo, yo era como cualquiera otra oveja perdida, sin saber adónde me dirigía o qué habría al final del camino. Soy bendecida, porque el gran Pastor me encontró y me llevó de vuelta a su redil. Sin embargo, pasamos por un valle oscuro de sombra de muerte antes de que Dios me guiara a la calidez del sol nuevamente.

Cada vez que cuento este testimonio siento la gracia de Dios en mayor magnitud. No obstante, siento que todavía no he logrado transmitir totalmente la gran misericordia que Dios me mostró. En esta oportunidad comparto nuevamente las maravillosas obras de Dios hacia mi familia, pues he aprendido que ningún conocimiento de este mundo supera el conocimiento de comprender la maravillosa gracia de Dios.

LA GRACIA SALVADORA DE DIOS HACIA MI FAMILIA

Mi marido fue el primero de la familia en recibir el evangelio. Me maravillé ante el cambio que se produjo en él después de su conversión. Él solía ser testarudo y contencioso, pero luego de haber escuchado las enseñanzas de la Biblia por un tiempo, se convirtió en una persona amable que estaba dispuesta a ceder y hacía todo según los estándares de la Biblia. Este Dios que fue capaz de causar tal cambio me conmovió y, en 2003, los dos decidimos ser bautizados.

En ese momento, estábamos muy conformes con nuestras vidas. Ni siquiera nos imaginamos que una prueba difícil nos aguardaba delante, tal vez debido a nuestra complacencia ignorante.

Nuestra hija cumplió 15 años ese mismo año. Sin que yo me enterara, ¡mi esposo le pidió a Dios otro hijo! Su petición fue concedida y un mes después

de nuestro bautismo, quedé embarazada a los 43 años. Una amniocentesis confirmó que el bebé sería niño, lo cual nos hizo muy felices.

Pero luego vino la prueba.

PASANDO POR EL VALLE DE SOMBRA DE MUERTE

En septiembre, cuando tenía veinticinco semanas de embarazo, una ecografía de rutina reveló la presencia de un tumor del tamaño de un puño. Los médicos sugirieron quitar el tumor de inmediato por medio de cirugía. Mi marido y yo no teníamos idea de lo que estaba pasando y nuestra única preocupación fue que el tumor no afectara al bebé.

El hospital nunca tuvo un paciente que necesitara una extirpación de tumor durante el embarazo, por lo que más de diez especialistas de diferentes disciplinas se reunieron para evaluar mi caso. Por mi parte, yo nunca había sufrido ninguna enfermedad grave. Nunca se me pasó por la mente que esta cirugía era de alto riesgo. Pensé que como ya había sido bautizada en el Señor, lo único que tenía que hacer era confiar en Él.

La biopsia determinó que estaba en la tercera etapa de cáncer de colon. Como era optimista, estaba contenta de que no era la etapa terminal y no estaba muy preocupada. Sin embargo, mi marido estaba destrozado. La gente alrededor nuestro también estaba desconcertada: “¿No se acaban de bautizar ellos? ¿Por qué Dios permitiría que una mujer embarazada contrajera cáncer?”. Parecía que todo el mundo tenía dudas sobre nuestra fe y espiritualidad.

El hermano que nos introdujo al evangelio, el hermano Chen, estuvo con nosotros durante toda esta odisea. Nos animó diciendo:

“No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla” (1 Corintios 10:13).

Esto es tan cierto. Dios es verdaderamente fiel y justo. Además,

“herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre” (Salmos 127:3).

Tuvimos a este niño luego de haber creído en el Señor; Dios simplemente no terminaría mi vida de esta manera.

EXPERIMENTAR A DIOS EN MEDIO DEL SUFRIMIENTO

Por la gracia de Dios, el tumor más grande fue quitado sin afectar al feto. Los médicos me dijeron que debido a que las células cancerosas se estaban propagando rápidamente, querían hacer una cesárea tan pronto fuera posible

en noviembre. De esta forma, el bebé nació prematuramente. Era pequeño, pero en todo aspecto era tan sano y activo como cualquier otro bebé nacido a término.

A medida que las células cancerosas se diseminaron, empecé a tener dificultades para consumir alimentos. Cada vez que comía algo, lo vomitaba en cuestión de minutos. Mi peso bajó de 54 kilogramos a 36 kilogramos. En diciembre, los resultados de una tomografía revelaron que el cáncer se había extendido al hígado, al bazo y a otros órganos, y la quimioterapia era la única opción disponible.

Empecé el primer ciclo de quimioterapia en enero de 2004. Gracias a Dios, las primeras sesiones de quimioterapia fueron bien. Sufrí náuseas y pérdida de cabello, pero no sufrí otros tipos de efectos secundarios.

“Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6, 7).

Dios realmente escucha nuestras peticiones. Cuando comenzó mi segundo ciclo de quimioterapia, ya no sufrí ninguna molestia, e incluso mi peso comenzó a aumentar de manera constante.

Cuando finalizó el segundo ciclo de quimioterapia, me hicieron una tomografía por emisión de positrones, o PET por sus siglas en inglés. ¡Estaba libre de cáncer! Hasta el quimioterapeuta y el oncólogo se alegraron conmigo, porque ellos también eran cristianos. Todos sabíamos que estábamos presenciando un milagro.

DIOS, FUENTE DE TODA BONDAD

El hermano Chen me preguntó si me había sentido afligida durante mi estadía en el hospital. A decir verdad, no. Creí firmemente que Dios estaba conmigo todo ese tiempo.

Esta enfermedad me ayudó a ver mi necesidad pasada. Durante este sufrimiento, me acordé de los pecados que había cometido en el pasado. Cada vez que le pedía perdón a Dios en las oraciones con lágrimas y súplicas, siempre recibía paz y consuelo.

Cuando estaba en el hospital, mi marido y yo recitábamos el Salmo 23 todos los días y nuestros ojos siempre se llenaban de lágrimas. Antes pensaba que era más afortunada que la mayoría de la gente, pero después de este incidente, me di cuenta de que todas las cosas buenas de la vida son otorgadas por la

gracia de Dios. Simplemente no existe la pura suerte. Le doy gracias a Dios por esta preciosa lección.

Dios me ha guiado paso a paso a su redil. Primero guió a mi marido a conocerlo, y durante el tiempo que duró mi enfermedad, mi marido nunca pensó en abandonarme, sino que me cuidó y se ocupó de todo detalle posible. Los hermanos y hermanas de las diferentes iglesias en los Estados Unidos también oraron por mí mientras duró mi tratamiento. Claramente, ¡he recibido una gracia abundante!

Hace más de una década, mi marido y yo vimos una película llamada Silkwood. Hacia el final, la protagonista cantó una canción que nos conmovió a los dos. No fue hasta nuestra conversión que nos enteramos de que la canción se llamaba “Gracia Admirable” (Amazing Grace). Es como si Dios nos hubiera preparado para ser elegidos.

“Perdido estaba yo, mas vine a sus pies; fui ciego, visión me dio.” ●

4. Mi travesía cristiana

Autor: Thomas Erickson

Lugar: Coos Bay, Oregon, EE.UU.

UN PASADO INFELIZ

Hace muchos años atrás, en 1968, le hice una promesa a Dios. En ese momento era muy ferviente pero no tenía conocimiento de la verdad. Cada vez que trataba de hacer algo para Dios, no había resultado alguno. Pasé muchos años tratando de predicarles a otros acerca de Jesús, pero fue una experiencia muy frustrante.

A pesar de que le había hecho una promesa a Dios, aún tenía muchos problemas en mi vida. Fui capaz de dejar de fumar y beber y de decir malas palabras, pero no pude deshacerme de la oscuridad que había en mi alma. Desalentado y abatido, entré en un estado de depresión.

Si alguien me hubiera preguntado cómo me sentía, lo único que habría podido decirle es que sentía como si estuviera en el fondo de un pozo sin poder escapar. No podía tomar decisiones racionales y aceptar responsabilidades se convirtió en una lucha monumental. Estaba desesperado.

En ese momento estaba casado y tenía cuatro hijos, pero mi matrimonio estaba en ruinas.

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Me volví a casar hace un poco más de once años, pero tanto mi esposa como yo teníamos un exceso de carga de nuestros pasados. A los cinco años de nuestro matrimonio, nos propusimos buscar al Señor.

Comenzamos a ir a la iglesia. Nos dimos cuenta de que en realidad no nos conocíamos, así que nos tomamos tres días de vacaciones para pasar un tiempo juntos, leer la Biblia y aprender a comunicarnos.

También establecimos algunas metas, siendo una de ellas orar juntos todas las mañanas. Esto puede ser algo común para algunos, pero no era común para mí

o mi grupo de amigos. Otra meta que establecimos fue leer la palabra de Dios todos los días.

Mi esposa trabajaba todos los días, de 12:00 a 18:00 y yo trabajaba el turno nocturno de 18:00 a 2:00. Ella me despertaba por la mañana y hacíamos devociones. Luego ella se iba al trabajo y yo me quedaba sin nada que hacer, así que empecé a pasar mis tardes orando.

A medida que mantuvimos nuestras devociones y oraciones, sentimos que el Señor nos estaba conmoviendo y nos hacía desear entablar una relación más estrecha con Él. Poco a poco, Dios nos comenzó a mostrar la necesidad de ser bautizados en el nombre de Jesús.

Esto no era aceptable en la iglesia a la que asistíamos en ese momento. Por lo tanto, continuamos buscando a Dios y orando por su guía. En el proceso de esta búsqueda me enfermé y no pude desempeñar ningún trabajo que requiriera trabajar cinco días a la semana.

LA LUCHA CONTRA LA ENFERMEDAD

Sabía que algo andaba mal con mi salud. Fui al hospital y el médico descubrió que tenía cáncer de vejiga.

Pasé por cirugías menores y mayores, y entré en una nueva etapa de mi vida con una tolerancia al dolor que nunca antes había experimentado. No era capaz de tomar la medicación que me habían recetado, así que bajé la dosis lo más que pude.

Durante esa época, el momento más doloroso era la noche, cuando mi esposa, Willa, se iba a dormir y yo me quedaba solo. Continué acercándome más a Dios y sentí como si su Espíritu me estuviera abrazando en mi sufrimiento. Su gracia realmente nos basta.

Luego de un tiempo me curé, pero esa cercanía que sentía con Dios también desapareció. Cuando me di cuenta de esto, casi deseé que volviera mi cáncer para que pudiera sentirme cerca de Dios de nuevo. Pero orando y leyendo la Biblia con mi esposa, de a poco, las cosas mejoraron y la relación con nuestros hijos también mejoró.

LA LUCHA CONTRA LA PÉRDIDA

A veces trataba de hablarle a mi hijo menor, aunque él no tenía deseos de comunicarse conmigo. Un día, Willa y yo sentimos que debíamos interceder por nuestro hijo menor. En ese momento, aún no había recibido la plenitud del Espíritu Santo, por lo que oramos por nuestro hijo pero no recibimos ninguna

dirección específica. El 8 de septiembre de 1999, recibí una llamada telefónica diciéndome que mi hijo se había suicidado.

Es verdad que cosechamos lo que sembramos. Cuando somos jóvenes y tenemos la vida por delante, tenemos la gran oportunidad de ser ejemplares hacia nuestras familias, de servir a Dios y de ejercer influencia positiva sobre nuestros vecinos.

Cuando buscamos a Dios y lo adoramos, tenemos que hacerlo de todo corazón. Debemos andar en el amor de Dios, obedecer sus palabras, estar en contacto con su sabiduría y aplicarla a nuestras vidas. Pero cuando mi hijo murió, yo aún no había llegado a ese punto de mi vida.

LA VUELTA A LA IGLESIA VERDADERA DE DIOS

Luego de este incidente, fuimos rechazados por mi familia, pero seguimos buscando a Dios. Sabíamos que debía haber algo más que hacer en nuestro servicio a Dios que lo que estábamos experimentando. Esta situación continuó por un tiempo más y comenzamos a asistir a otra iglesia.

Pensé que esta era la iglesia que estaba buscando: “Por fin voy a encontrar plenitud y paz”. Sin embargo, a través de las palabras de Dios y por medio de la conmoción que Dios puso en mi corazón, supe que esta iglesia no nos llevaría a donde queríamos ir.

Empecé a estudiar la palabra de Dios con diligencia y usé Internet para buscar más sobre la verdad. Navegué por cientos de sitios web y leí las declaraciones doctrinales de diferentes iglesias, pero no encontré lo que necesitaba.

Un día, una mujer de nuestra iglesia nos prestó un libro. Ese libro contenía una descripción de muchas iglesias, incluso La Verdadera Iglesia de Jesús. Me gustó lo que esta iglesia tenía que decir. Estaba tan desesperado que le envié un correo electrónico a la Asamblea General de los Estados Unidos (USGA).

Sabía que estaban muy ocupados pero quería una respuesta inmediata. Así que me fijé en la lista de correos electrónicos y encontré uno de California del sur, pero debía haber usado el correo electrónico de California del norte, ya que era el lugar más cercano adonde vivía yo.

Unos días después recibí una respuesta. Esta persona me invitó a La Verdadera Iglesia de Jesús. Lo que me impactó profundamente fue lo que escribió: “Seré tu siervo guía”. Cuando leí esto me dije a mí mismo: “Este debe ser un verdadero cristiano”. Me refirieron a la iglesia local en Pacífica, California.

El hermano Stephen Ku me escribió y me invitó a la convocatoria espiritual de la iglesia. Estaba tan emocionado y tan sediento de la verdad. Fui bautizado en el nombre del Señor Jesús y encontré paz.

Aunque a veces el Espíritu Santo vino sobre mí en el pasado, nunca fue tan poderoso como el día en que empecé a hablar una nueva lengua cuando surgi de las aguas durante el bautismo. Había encontrado esperanza para mis hijos porque el gran Consolador, el que permanece en mí e intercede por mí, también está trabajando en el corazón de mis hijos a través de mi oración.

Aprendí a no ser egoísta sino a sacrificar mi vida. Soy algo viejo, aunque aún no me considero viejo todavía. No sé cuánto tiempo me queda, pero le daré a Dios toda la fuerza que me queda, sin importar cuán poca sea. No hay mayor llamado o bendición que servir a nuestro Señor. Busca a Dios. Sirvele con todo tu corazón. Sé un ejemplo a los demás. Camina en santidad.

COMUNIÓN EN LA PALABRA DE DIOS

El verano de 2002 tuve la maravillosa oportunidad de asistir al Seminario Teológico Nacional de Jóvenes en la Iglesia de Pacífica. Aprendí varias cosas en ese seminario.

Primeramente, después de un par de días me di cuenta de que ya no era un adolescente y que sólo podía hacer cuanto pudiera según mi capacidad. Aprendí y tuve una nueva resolución de orar y buscar a Dios.

Durante esas dos semanas, había una cercanía y una comunión entre los hermanos que nunca había experimentado antes. Cuando oramos por la plenitud del Espíritu Santo, supe que Dios oyó nuestras peticiones. Supe que nos estaba preparando para algo.

Willa y yo vivimos en Coos Bay, Oregon, en un parque de casas rodantes. Este parque en Coos Bay es un terreno maduro y listo para la cosecha. Sé que no tengo la fuerza ni el coraje para enfrentar el desafío de predicar el evangelio a mis vecinos. Esto me hizo clamar al Señor por la plenitud de su Espíritu para ayudarme a proclamar su palabra.

LLAMADA A LA ACCIÓN

Antes de que yo asistiera al seminario teológico, mi esposa, quien aún no se había bautizado, tenía más coraje que yo para predicar el evangelio. Pero ahora he cambiado.

El seminario fue la experiencia más hermosa de mi vida. Nunca olvidaré lo que aprendí y experimenté allí. Reconozco que es preciso introducir cambios en mi hogar.

También reconozco que el cambio debe comenzar en mí: la manera en que me comporto, el coraje con el que debo predicar el evangelio y la perseverancia de ir contra la corriente.

Jesús se acercó y les habló diciendo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones [...] y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28:18-20).

Ya no puedo tomar las palabras de Dios a la ligera, ni puedo tomar algún atajo en la oración o diluir el evangelio. Debemos predicar la verdad. Amén. ●

5. En memoria del décimo aniversario de la gracia de Dios

Autora: Claudia Chen

Lugar: Toronto, Ontario, Canadá

Nota del editor: en una edición anterior de la revista Manna, el diácono Fritz Chen compartió cómo la paz de Dios lo ayudó a superar los días en que tuvo que luchar contra el cáncer de estómago. En este décimo aniversario de estar en remisión, su esposa Claudia recuerda los días oscuros por los que pasó junto a su marido y agradece a Dios por su profundo amor y misericordia. El testimonio completo del diácono Chen, "La paz en el Señor", puede ser encontrado en la revista Manna, edición 32, pág. 10–13.

Los pasajes en bastardilla fueron tomados del testimonio del diácono Chen.

EL MILAGRO DE DIOS

Conocí a mi marido en 1983 a través de un pastor. Nos casamos en 1984 y tuvimos a nuestra hija, Rebecca, al año siguiente. Llevamos una vida tranquila hasta principios de 1986. El trabajo de mi marido empezó a requerir más dedicación y horas irregulares, por lo cual le fue difícil comer de forma regular.

Debido a esto, comenzó a tener problemas de estómago que fueron cada vez más severos. Durante una revisión médica de rutina en 1993, el médico se sorprendió al ver la condición del estómago de mi marido.

Me sometí a cirugía para extirpar un tumor canceroso en el estómago (linfoma gástrico). Al principio, el médico propuso quitar todo mi estómago y luego someterme a quimioterapia.

Fritz avanzó con la operación y le quitaron el estómago en diciembre de 1993. Yo estaba parada fuera del quirófano, mirando por las ventanas de la puerta que me separaban de él. Lágrimas corrieron por mi rostro. Los familiares de otros pacientes trataron de consolarme, pero no pude oír ni digerir ninguna

de sus palabras. A pesar de orar constantemente en mi corazón, sentí mi corazón romperse dentro de mí.

Me dije a mí misma: “Padre celestial, ¿estás ahí? ¿Sabes lo impotente que me siento! Aun así, sé que eres muy compasivo y sé que sabes que en este momento no puedo darme el lujo de perder a mi esposo”.

Nuestra hija tenía sólo ocho años y no me atreví a decirle que su padre tenía una enfermedad muy grave. Así que le seguí pidiendo a Dios que no se lo llevara, sino que le diera más tiempo.

También le pedí a Dios que, de ser posible, dejara a Fritz con al menos una parte de su estómago para que pudiera comer. Sentí como si estuviera tratando de negociar con Dios.

Al final, el médico sólo quitó cuatro quintos de mi estómago. Para mi sorpresa, no tuve que hacer quimioterapia luego de la operación porque el tumor resultó ser benigno. Gracias a Dios, los médicos me dijeron que estaba sano.

Los médicos y las enfermeras estaban estupefactos. No podían entender cómo esto podía haber sucedido. Mi marido y yo nos abrazamos y lloramos en la habitación del hospital porque sabíamos que era un milagro de Dios.

“JESÚS CIERTAMENTE SANARÁ A PAPÁ”

En enero de 1995, Fritz regresó al hospital para una revisión médica y todos los análisis resultaron normales. Alrededor del mismo tiempo, él decidió que debíamos mudarnos de Taiwán a Canadá, así que con la guía de Dios, llegamos a Toronto el 1 de marzo de 1996.

Un año y un mes después de habernos establecido en Canadá, mi marido comenzó a experimentar molestias en el estómago de nuevo, pero el médico pensó que era debido al estrés de adaptarse a un nuevo país. Pasamos otro año con él vomitando a menudo después de las comidas.

En febrero de 1998, fui enviado al hospital. Mi condición era mucho más seria esta vez. No había podido comer por mucho tiempo porque el tumor había ocupado la mayor parte de mi estómago. Mi parecer era esquelético.

Un mes después, Fritz ya no podía comer nada por la boca. Para ese entonces, su peso había bajado a 49 kilogramos, y nunca sabía si lo íbamos a tener con nosotros al día siguiente.

Los médicos recomendaron que no me sometiera a cirugía, porque estaba demasiado débil y hubiera sido demasiado arriesgado operar. Sugirieron que hiciera quimioterapia directamente. Sin embargo, en ese momento estaba incluso demasiado débil para comenzar el tratamiento de inmediato.

Luego de examinar mis informes, el cirujano estaba convencido de que podía operarme con éxito, a pesar de las objeciones de los otros médicos. La operación fue planeada para dos semanas más tarde, el 16 de marzo de 1998.

Esta vez estaba más preparada para afrontar lo que sucediera, así que le dije a mi hija que era muy posible que perdiéramos a papá en cualquier momento. Todas las noches, mi hija y yo oramos con importunidad, a pesar de que la condición de mi marido era cada vez peor.

Una noche, cuando estábamos orando en casa, me sentí tan impotente que le clamé a Dios: “Señor, si todo esto viene de ti, no tengo quejas. Sólo espero tener la oportunidad de ir a la iglesia y asistir al servicio sabático junto a mi marido por última vez, tal como lo hacemos siempre”.

Milagrosamente, sentí una calidez saliendo de mi corazón, como una fuente de agua que brota. Aunque estaba llorando amargamente, sentí una alegría indescriptible en mi corazón que me daba ganas de reír. Esta sensación duró hasta que dejé de orar.

Le dije a mi hija: “No sé por qué, pero me siento muy feliz”. Mi hija me dijo: “¿No te dije que Jesús ciertamente sanará a papá?”. Los niños son verdaderamente simples y puros; a veces los adultos realmente nos preocupamos demasiado.

Realmente agradezco a Dios por habernos consolado mediante la oración. Con la presencia de Dios, tuve más valor para enfrentar lo que estaba por venir, porque ya no me sentía sola.

EL PODER DE LA ORACIÓN

El período de tiempo justo antes de la operación fue el más crítico y difícil porque me estaba muriendo. De vez en cuando, hasta perdía el conocimiento.

Durante aquellos días, Fritz rara vez me hablaba. Todos los días me quedaba con él, leía la Biblia, cantaba himnos, meditaba sobre la letra de los himnos y le oraba a Dios en mi corazón. Sabía que tenía que cuidarme y mantener una buena salud para cuidar a mi familia.

El 10 de marzo de 1998 fue el día más doloroso para mí, ya que la condición de Fritz empeoró de manera drástica. Vomitó tres tazas de sangre y tuvo cuatro deposiciones de sangre. Fritz me dijo que tal vez era la voluntad de Dios que Dios se lo llevara esta vez. Luego, empezó a pronunciar su última voluntad y testamento. Le pedí que dejara de hablar, lo abracé y lloramos juntos.

Aquella noche, él quiso que me quedara con él en el hospital. Tuve problemas para conciliar el sueño, así que simplemente me quedé acostada en la cama

orando hasta que salió el sol. De repente escuché el fluir del agua. El sonido provenía de cierta distancia y al seguir escuchándolo me di cuenta de que era el sonido de oración.

Al principio, la voz era muy débil, pero cuando escuché con más atención, se hizo más fuerte y lleno de poder. ¡Mi marido estaba orando en lenguas!

Vi que estaba tendido en su cama orando; ese sonido provenía de él. Esto me dio mucho consuelo, así que me acosté de nuevo y me quedé dormida hasta que el médico llamó a la puerta a las nueve de la mañana.

Gracias a Dios, pude mantenerme a flote a través de la oración hasta el día de la operación.

UNA OPERACIÓN EXTRAORDINARIA

Cuando llevaron a mi esposo al quirófano a las ocho de la mañana, le dije: “Voy a estar esperándote en la sala de espera”.

Cuando fui llevado al quirófano, mi esposa me vio hacer un gesto con la mano y decir “Que la paz sea contigo”, tal como solíamos despedirnos habitualmente... Alrededor de las diez de la mañana, el médico, sudando profusamente, salió del quirófano y le informó ansiosamente a mi esposa que me encontraba en un estado muy crítico, mucho peor de lo que él había previsto.

El médico dijo que si seguían con la operación y fracasaban, era muy probable que mi esposo muriera en el quirófano. Si no lo operaban y dejaban a Fritz en su condición actual, sobreviviría solamente dos o tres días.

Mi hermana estaba conmigo cuando el médico habló con nosotras. Le dijimos que hiciera lo que pudiera y que nosotras le oráramos a nuestro Dios. El joven médico puso su mano en mi hombro y me consoló. Me dijo que tuviera fe y que le pidiera a Dios que lo guiara, y se apresuró a volver al quirófano.

Mis brazos y piernas se debilitaron después de que el médico desapareció detrás de las puertas. Corrí al baño y le lloré amargamente a Dios. Me pareció que todas las experiencias que había tenido y la paz que había sentido no habían significado nada. Le pregunté a Dios: “¿Estabas bromeando conmigo cuando intentaste consolarme en mis oraciones?”.

Originalmente, el médico había previsto que la operación duraría seis horas. Sin embargo, a las dos de la tarde todavía no habíamos recibido más noticias. Me sentí muy inquieta.

En ese momento, vi dos rostros familiares entrar a la sala de espera: eran el anciano Huang y el hermano Jackson. Se sentaron a nuestro lado, cantamos

himnos y el anciano Huang me dio palabras de aliento. Esto me consoló y me dio fuerzas.

La operación continuó hasta alrededor de las cuatro de la tarde, cuando el doctor salió de nuevo y le dijo a mi esposa: "¡Tu Dios lo ha salvado!". El médico describió la operación como "buscando un camino en la selva". Él no sabía cómo había logrado completar la operación, pero su rostro daba a saber que había sido un éxito.

El médico hizo un diagrama en un pedazo de papel de periódico para mostrarnos cómo se había llevado a cabo la operación. Aún tengo ese pedazo de periódico. El médico nos mostró cómo había quitado el estómago entero y el bazo. Partes del páncreas y de los intestinos también fueron quitadas. Luego nos mostró cómo unió las partes restantes.

El 2 de abril, treinta y ocho días después de su hospitalización, mi marido fue dado de alta. Luego de que Fritz volvió a casa, le continué orando a Dios. No soy muy buena cocinera, pero le pedí a Dios que me ayudara a cocinar de modo que la comida le apeteciera, y así sucedió.

Fritz dejó de comer comida de bebé muy rápidamente y empezó a comer comidas normales. ¡Comía de todo! Durante la quimioterapia, continuó subiendo de peso hasta que sobrepasó el peso que los médicos dijeron que una persona sin estómago podía tener. Subió 18 kilogramos de peso en tres meses, ¡gracias a Dios!

El 1 de agosto de 1998, durante la santa comunión en la iglesia de Toronto, mi marido y yo vimos la misma visión: el jugo de vid en la copa se había vuelto carmesí por la sangre de Cristo. Una vez más, fuimos alentados por la gracia inconmensurable de Dios.

En el año 2000, Fritz tuvo la oportunidad de participar del programa de formación teológica organizado por la Asamblea General de los Estados Unidos (USGA). El hecho de que pudiera terminar los tres años que duró el curso estuvo más allá de nuestras expectativas.

Han pasado más de diez años desde que mi esposo fue hospitalizado por primera vez. Aun así, los ojos se me llenan de lágrimas cada vez que recuerdo lo que pasó, porque el amor de Dios es realmente profundo, ancho y largo. ¿Cómo podremos recompensar a Dios por su amor? En estos diez años, he visto milagros de Dios todos los días, y todos los días he contado las bendiciones de Dios. Ahora me doy cuenta de que debemos apreciar los momentos que tenemos en familia, porque cada uno de esos momentos es un regalo de Dios.

Durante esta prueba, realmente sentí el poder de la intercesión de los hermanos y hermanas. Tal como dice la Biblia:

“[S]i dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:19).

Nuestra fe es viva y verdadera, y yo creo que Dios está aquí en nuestra iglesia. Lo he visto con mis propios ojos y lo he experimentado yo misma.

Dios sabe cuánto podemos soportar. Siempre y cuando sigamos aferrándonos fuertemente a Él, Él nunca nos abandonará. No importa con qué nos encontremos en el camino, la gracia de Dios será siempre suficiente. ●

6. La paz trascendental de Dios

Autora: Patricia Chen

Lugar: Irvine, California, EE.UU.

UNA NOTICIA PERTURBADORA

"Pues ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello.»" (Santiago 4:14-15).

Me identifico mucho con este pasaje y estoy agradecida por la oportunidad de compartir la maravillosa bendición de Dios en mi vida.

Servir a Dios es una gracia maravillosa y aprecio todas las oportunidades que tengo para hacerlo. Cuando fui asignada por la iglesia a ir a Australia para ayudar con el Seminario de Docentes de Educación Religiosa que iba a ocurrir en abril de 2003, no dudé en aprovechar esa oportunidad e hice los arreglos necesarios para el viaje en diciembre de 2002.

Ese mismo mes, también fui a ver al médico para hacer un examen médico de rutina. Luego de examinarme, el médico encontró un pequeño bulto en mi ovario izquierdo, por lo que programó una segunda ecografía para tres meses más tarde. Cumpliendo con mi parte, regresé en marzo de 2003 para la segunda ecografía.

Durante la segunda ronda de exámenes, el médico me informó que el bulto había crecido y ahora era del tamaño de un kiwi. Eso explicaba el hormigueo que había sentido en mi abdomen izquierdo esos últimos meses. Para no correr ningún riesgo, el médico me instó a someterme a cirugía dentro de las próximas semanas para extirpar el tumor.

Hubo una gran lucha interna en mi corazón cuando escuché la noticia. ¿Qué pasaría con mis planes de viajar a Australia el próximo mes? ¿Qué debería hacer? Si me operaba, tendría que hacer reposo en cama por al menos una semana y tendría que cancelar el trabajo que me había sido entregado.

LUCHA INTERNA

Aunque no era una cuestión de vida o muerte, era un dilema para mí. ¿Debo confiar en Dios y pedirle que tenga misericordia de mí, para que pueda tener la fe suficiente para ir a Australia y operarme cuando regrese? ¿O debo seguir el consejo del médico y quitar el tumor de inmediato?

Siempre les digo a mis alumnos de educación religiosa que deben confiar en Dios, pero la pregunta es, ¿hasta qué punto? Sentí que mi fe estaba siendo desafiada. ¿De veras creía que Dios me ayudaría, o mi fe era simplemente una noción teórica? Cada una de las pruebas que enfrentamos en la vida puede ser el comienzo de la gracia renovadora de Dios. Sin embargo, antes de aprender esta lección primero tenemos que confiar que la gracia de Dios nos basta. A medida que estos pensamientos pasaban por mi mente, sentí que mi poca fe aumentaba.

Dentro de mi corazón, una pequeña voz me decía que no tuviera miedo, sino que enfrentara esta prueba con valentía. La gracia de Dios me bastaría. Luego de pensarlo por unos minutos, le dije al doctor que debido a mi viaje, no iba a ser posible operarme hasta principios de mayo. Él me preguntó si esa era mi decisión final y le respondí firmemente: “Sí”. El médico programó otro chequeo para el 28 de abril y una cirugía el 1 de mayo a las ocho y media de la mañana.

Luego de salir de la clínica, consulté con otro médico y un profesional médico. Ambos me advirtieron que si mi tumor creciera en las próximas semanas, existía la posibilidad de que podría romperse y en tal caso tendría una hemorragia interna que complicaría la situación.

Cuando escuché esto, sentí un escalofrío en la espalda. ¿Y si había tomado la decisión equivocada? Las luchas internas volvieron de nuevo. ¿Voy o me quedo? La iglesia ya había comprado el pasaje de avión. Había docentes de diferentes iglesias en Australia esperando ansiosamente este seminario. Eran docentes que trabajaban incansablemente para Dios, sin esperar ningún tipo de compensación. Sólo el amor de Dios podía inspirar tal dedicación. En comparación con todos estos voluntarios, ¿no debo yo, siendo trabajadora de tiempo completo de Dios, cumplir más todavía con el trabajo que Él me ha confiado?

LA PAZ TRASCENDENTAL

El tumulto interno comenzó a sosegar poco a poco. Me acordé de mi madre cuando tuvo que someterse a cirugía unos años atrás. Casualmente, en ese momento yo también había sido enviada lejos a realizar trabajo sagrado.

Dios quería que aprendiera a encomendarle todas mis cargas a Él. A través de la oración, Dios nos dará una paz inesperada como dice Filipenses 4:7:

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”.

Era una lección difícil, por eso con más razón debía someterme a la voluntad de Dios, porque esa era la forma de recibir fuerzas de Él. Con mi familia y mis colegas orando por mí, partí hacia Australia. Gracias a Dios, experimenté una vez más la alegría y el valor de trabajar para Él. Durante el seminario, absorbí las palabras de Dios y sentí su presencia fuertemente al orar junto a los docentes. No es posible obtener tal alegría del trabajo del mundo secular.

Todos los días le pedí a Dios que me guiara y me ayudara a aceptar las pruebas que Él puso en mi camino. Sin embargo, una parte de mí no se atrevió a pedirle que me quitara el tumor. Me sentí pequeña e insignificante, y que no merecía la gracia y la misericordia de Dios. Sólo le pedí que me guiara de regreso a los Estados Unidos sin inconvenientes y que la cirugía fuera exitosa.

EL PODER DE DIOS

Regresé a los Estados Unidos sin inconvenientes el 26 de abril. El 28, fui a ver al médico como lo tenía programado. Recuerdo que el médico me preguntó si estaba lista para la cirugía del lunes siguiente. El médico también me recordó que tenía que pedirle a alguien que me viniera a buscar después de la cirugía. Mientras el doctor me hablaba, una pequeña voz dentro de mí me instó a solicitar otra ecografía para determinar el tamaño del tumor. Debido a este poderoso impulso, le pedí valientemente al médico que me tomara otra ecografía.

Gracias a Dios, el médico aceptó tomarme otra ecografía y, milagrosamente, no pudo encontrar el tumor. Buscó un largo tiempo, pero simplemente no podía localizarlo. Yo sabía en mi corazón lo que había sucedido y no pude dejar de decir “¡Aleluya, alabado sea el Señor!”. El médico estaba perplejo y dijo que el tumor había desaparecido por completo. Al final, me dijo que no había necesidad de operarme.

Dios supo muy bien lo aterrizada que estuve por la operación y me libró de ella. Los estadounidenses tienen un dicho que dice “ninguna cirugía es buena cirugía”. Cuando salí del hospital, me sentí ligera en los pies y rebozada de gozo. En seguida, llamé a mi marido y a mi familia y les di la buena noticia. También llamé a mis colegas y compartí con ellos mi inmensa felicidad y paz.

Agradezco a Dios por haber guiado mi camino y por dejarme experimentar su presencia en mi vida. Si no fuera por la misericordia y la gracia de Dios,

el tumor no podría haber simplemente desaparecido. También agradezco a Dios por haberme dado el coraje de pedir otra ecografía, porque gracias a ello no tuve que entrar al quirófano.

Juan 14:27 dice:

“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo”.

Este versículo puede aplicarse directamente a este milagro. Que toda la gloria sea al nombre de Dios. Amén. 🙏

Visiones provenientes de Dios

IV

1. Mi Padre celestial

Autor: Johnny Cheng

Lugar: Toronto, Ontario, Canadá

Aleluya, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo doy testimonio sobre una experiencia que tuve en oración el 26 de diciembre de 1999 en la iglesia de Toronto, Canadá. Durante esta oración estaba pensando en mi padre, que estaba trabajando muy duro en Taiwán para sustentar a nuestra familia aquí en Canadá. La última vez que lo había visto había sido hace más de un año y realmente lo echaba de menos. Aunque mi padre es muy estricto, quería que volviera y me abrazara, y quería decirle lo mucho que lo amaba. Recordar que él estaba tan lejos me dio ganas de llorar.

Unos minutos después de comenzada la oración, una luz brillante iluminó mis ojos y me comenzó a envolver hasta que me rodeó por completo. Vi a una persona vestida de blanco acercarse a mí. Detrás de ella, había cinco o seis personas más, también vestidas de blanco. Entonces me di cuenta de que la primera persona era Jesús y las personas que lo seguían eran ángeles.

Jesús se acercó a mí y puso sus brazos amorosos a mi alrededor. En ese momento me sentí increíblemente alegre, en paz y confortado. Me sentí totalmente seguro y protegido. Jesús me abrazó por un largo tiempo. Luego dijo: “Yo soy tu Padre, Yo soy tu Dios”. Jesús me estaba diciendo que no me preocupara. Mi padre estaría bien en Taiwán, y Jesús lo cuidaría a él y a mí.

De curiosidad, alcé mi vista porque quería ver cómo era Jesús, pero no pude ver su rostro, ya que brillaba muy intensamente. Su rostro era aún más luminoso que el sol. Los rostros de los ángeles también brillaban como el de Jesús. Los ángeles, tomados de la mano, formaron un círculo alrededor mío y de Jesús, cantaron himnos en un lenguaje espiritual y alabaron al Señor. A pesar de que no entendí lo que cantaban, su cantar sonaba celestial, armonioso y melodioso. ¡Nunca había oído a alguien cantar tan hermosamente en mi vida!

Miré hacia abajo, donde estaba arrodillado, y vi que el piso se había vuelto blanco y puro. La blancura empezó a extenderse gradualmente desde el lugar

donde Jesús y yo estábamos, irradiando en todas direcciones hasta cubrir toda el área. Parecía que la iglesia había desaparecido y sentí que ya no estaba en el mundo. ¡Me di cuenta de que estaba en el cielo! Esta fue la primera vez en que vislumbé el reino celestial con mis propios ojos. Las palabras no pueden describir el hermoso paisaje que me rodeaba. Todo era blanco puro, pero no parecía extraño.

Luego oí el timbre de la oración. Jesús se puso de pie, comenzó a partir y los ángeles lo siguieron. Ellos desaparecieron en una luz blanca a lo lejos.

Cuando terminó la oración, empecé a sentir la presencia de los otros hermanos y hermanas que estaban orando a mi lado. Abrí los ojos y me di cuenta de que estaba en la iglesia. ¡Estaba sumamente alegre porque había visto al Padre celestial con mis propios ojos y Él me había abrazado!

Nunca olvidaré esta experiencia maravillosa. Ahora sé que el Señor Jesús también es mi más querido, apreciado y amoroso Padre celestial. Él me cuidará, me amará y estará siempre a mi lado. Me siento muy bendecido de ser su hijo. Que toda gloria y alabanza sean para nuestro Señor Jesús por siempre. ¡Aleluya! Amén.

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (1 Juan 3:1–2). ●

2. Convocado a salir del mundo

Autor: Richard Solgot

Lugar: Tampa, Florida, EE.UU.

Fui criado en una familia con una larga tradición católica que se remonta a principios del siglo XVII en Francia, y fui educado en el sistema educativo católico. A través de los años, sin embargo, empecé a sentir un vacío en mi corazón. Sentí que faltaba algo, que había un vacío en mi vida, pero no sabía qué era.

Cuando entré en las fuerzas armadas, me alejé de mis creencias católicas y dejé de ir a la iglesia con la frecuencia de antes. Pero gracias a Dios, luego de casarme, mi esposa, miembro de La Verdadera Iglesia de Jesús, esperó pacientemente mi conversión y derramó muchas lágrimas en oración por mí.

Luego de quince años, Dios finalmente comenzó a obrar en mi corazón. Él me empezó a mostrar lo que tenía que hacer para llenar ese vacío dentro de mí. Mi familia y yo empezamos a tener estudios bíblicos en nuestra casa los sábados por la mañana. Mis hijos ya habían sido bautizados en La Verdadera Iglesia de Jesús y yo no estaba opuesto a que mi esposa intentara mejorar la vida espiritual de ellos. Tanto mi esposa como mi hijo Randy ya habían recibido el Espíritu Santo y hablaban en lenguas. Aunque yo no me opuse a que ellos oraran de esta manera, no tenía deseo de adquirir ese don. Sentía que tenía que conservar mis creencias y orar de la forma en que me habían enseñado antes.

Al concluir nuestros estudios bíblicos matutinos, me arrodillaba y mi esposa me pedía que orara en voz alta. Pero yo le decía: “No, voy a orar de mi propia forma”. Oraba entonces en entendimiento, en silencio. Les oraba a María y a los santos, recitando las oraciones que había aprendido en la iglesia católica.

LA PRIMERA VISIÓN

Oré de esta manera por bastante tiempo, hasta que algo sucedió un sábado por la mañana. Habíamos estado planeando ir a La Verdadera Iglesia de Jesús

en Pacífica, California, para asistir a una convocatoria espiritual. Mi esposa quería que nuestro hijo menor, Sean, que en ese momento aún era un niño, se bautizara. Yo le decía: “Bueno, iremos”, pero en realidad no quería ir. Traté de buscar una excusa para escapar de la situación de modo que ellos fueran y yo pudiera quedarme en casa. Como en ese momento yo aún estaba en el ejército, pensé que podría mentir y decir que no me habían aprobado las vacaciones. Sin embargo, Dios conoce nuestros corazones y sabe qué es lo mejor para nosotros. Una vez que Dios elige a alguien, no hay vuelta atrás.

Cuando nos arrodillamos a orar esa mañana, mi esposa me dijo otra vez: “Por favor, ¿por qué no oras en voz alta? Simplemente di “aleluya, alabado sea el Señor”. Dilo en voz alta, una y otra vez”. Pero yo dije: “No me molestes, no voy a decir eso. Voy a orar a mi manera”.

Al empezar la oración, experimenté algo que nunca antes había experimentado en mi vida. Si alguien me hubiera dicho que yo iba a tener esta experiencia, no le habría creído.

Cuando me arrodillé a orar, Dios me hizo ver una visión. Me vi a mí mismo arrodillado en un círculo de luz y al borde del círculo había seis figuras vestidas de túnica de monjes con las capuchas sobre sus rostros. Tenían espadas de fuego en sus manos y se me acercaban.

Nunca había experimentado nada así antes, por lo cual lo primero que hice fue abrir los ojos. Al abrir los ojos, no vi nada fuera de lo común. Cerré los ojos nuevamente y la visión continuó. Esto me asustó. Recordé entonces, a partir de nuestros estudios bíblicos, que podemos echar fuera demonios en el nombre de Jesús, así que dije: “¡Aleluya, en el nombre del Señor Jesucristo, vete Satanás!”. En ese entonces no me di cuenta de que lo había dicho en voz alta, pero luego mi familia me dijo que así había sido.

De repente, esas seis figuras oscuras fueron reemplazadas por seis figuras blancas y gloriosas. Sentí calidez, conmoción y seguridad. La oración terminó en ese momento.

No quería contarle a mi familia acerca de la visión, porque había sido una experiencia extraña y totalmente nueva para mí. Mi familia sabía que algo había pasado, porque me había escuchado decir “aleluya” en voz alta. Me preguntaron: “Papá, ¿qué pasó?”. Les dije: “Oh, nada”. Pero ellos dijeron: “No, ¡algo sucedió! Gritaste “aleluya” una y otra vez”. Entonces les conté lo que había visto y mi esposa me dijo: “Dios está tratando de decirte algo. Necesitamos orar de nuevo”.

LA SEGUNDA VISIÓN

Cuando me arrodillé a orar por segunda vez, otra visión vino a mí. En esta visión, me vi a mí mismo en un viejo barco de madera, como los que existieron en tiempos bíblicos. El barco y todo el mar a su alrededor estaban en llamas. Estaba aterrorizado; no sabía qué hacer.

Miré a la distancia y pude ver una hermosa isla verde. Luego vi que mi familia estaba de pie en la isla y mi esposa tenía a nuestro hijo más pequeño en brazos. Me estaban haciendo señas para que me fuera hacia a ellos. Me pregunté cómo lo lograría ya que el mar estaba en llamas, el barco estaba en llamas y no había manera de que pudiera llegar a ellos.

De repente, oí una voz decir: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. Miré hacia la isla, de donde provenía la voz, y vi que detrás de mi familia había una hermosa figura blanca. No pude ver su rostro, pero sabía que era nuestro Señor Jesús. Él estaba de pie detrás de ellos, con sus brazos alrededor de ellos.

Perdí el temor y me vi avanzar hacia el mar de fuego. Cuando entré al mar, empecé a llorar como un bebé. La oración terminó en ese momento.

Lloré por treinta o cuarenta minutos después de esto. Mi esposa me preguntó varias veces qué había visto y le describí la visión. Ella me preguntó: “¿Qué piensas que Dios está tratando de decirte?”. Le dije: “Tenemos que ir a San Francisco. Tenemos que ir y debo ser bautizado para el perdón de mis pecados”.

LA PROMESA DEL ESPÍRITU SANTO

Viajamos a California para la convocatoria espiritual. Nunca antes había experimentado el orar en lenguas de tantas personas juntas, con gozo y con lágrimas. Fue así cómo oré yo también en la primera oración matutina de la convocatoria espiritual. La oración fue muy reconfortante para mí. Definitivamente pude sentir el Espíritu Santo obrando entre los creyentes y en mí. Pude sentir la conmoción del Espíritu Santo.

Mi hija, que tenía trece años en ese momento, recibió el Espíritu Santo esa mañana. Cuando vi su cara y lo radiante que se veía, y cuando oí su testimonio acerca de lo feliz que estaba, decidí que yo también quería experimentar lo mismo.

En la siguiente oración, en las últimas horas de la tarde, me dirigí al frente a orar. Durante la oración traté de concentrarme en nuestro Señor Jesús, en su cruz y en su sufrimiento por mí. Pensé en todos los pecados que había cometido en mi vida, me humillé ante Dios y le pedí perdón.

El ministro vino a imponerme las manos durante la oración. Cuando su mano se acercó a la parte superior de mi cabeza, el calor de su mano comenzó a penetrar mi corazón. Empecé a sudar y una luz blanca entró por el lado derecho de mi cabeza y bajó hacia mi corazón. Cuando la luz salió, llevó consigo todos mis problemas, todas mis tristezas y todas mis frustraciones.

Empecé a llorar y a hablar en una lengua desconocida. Mi lengua empezó a moverse y supe que el Espíritu Santo me estaba llenando. Nunca antes había experimentado algo semejante en mi vida. Alabo a Dios y le agradezco por el precioso don del Espíritu Santo.

DE SIERVO A AMIGO

Durante el resto de la semana previa a mi bautismo, Satanás comenzó a obrar en contra de lo que yo sabía era la voluntad de Dios. Empecé a tener dolores de cabeza terribles que me daban náusea todos los días. A veces no pude dormir o ni siquiera abrir los ojos. Gracias a Dios, mi esposa supo lo que estaba pasando. Gentil pero firmemente, me convenció volver a la capilla para escuchar las clases. Poco a poco, después de unos tres días, los dolores de cabeza desaparecieron y con la ayuda de Dios la batalla contra Satanás fue ganada.

Mi hijo y yo nos bautizamos el 5 de julio de 1985 en el Océano Pacífico y desde entonces nuestras vidas fueron llenadas de bendiciones. Por supuesto, pasamos por pruebas y tribulaciones, pero sabemos que nuestro Señor Jesús está aquí con nosotros y que nos guía a cada paso que damos. A través de Él, todos nuestros pecados han sido lavados, nuestra vida eterna está en sus manos y un día nos uniremos a Él en el cielo.

¡Qué alegría saber que Dios me ha convocado a salir del mundo para ser su amigo! En Juan 15:15–16, el Señor Jesús dice:

“Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dé”.

Alabo y agradezco al Señor Jesús por su maravilloso amor. ¡Que toda la gloria sea a su santo nombre! 🙏

3. Bendiciones sobre bendiciones

Autor: Mike Yuan

Lugar: Canoga Park, California, EE.UU.

Cuando estaba preparando este testimonio, me vino a la memoria cómo Jesús sanó a la mujer que había estado sangrando por doce años, según consta en Lucas capítulo 8. Nadie podía curarla, así que vino ante el Señor Jesús con la fe de que al tocar el borde de su manto sería sanada.

Cuando la mujer lo tocó, el Señor Jesús sintió que cierto poder había salido de Él. Entonces, preguntó inmediatamente: “¿Quién me ha tocado?”. La mujer, sabiendo que no iba a poder pasar por desapercibida, salió temblando de la multitud para confesar que había sido ella quien había tocado al Señor y para dar testimonio de su inmediata sanación.

Al igual que esta mujer, yo también quiero dar testimonio de los milagros que el poder de Dios ha hecho en mi vida.

SIN SENTIDO DE PERTENENCIA

Mi testimonio comienza en 1984, cuando estaba en primer grado. Tenía seis años en ese momento y era mi primer día de colegio chino. Recuerdo que era muy tímido y estaba aterrorizado cuando entré al aula llena de extraños. Pero en un rincón del aula, vi a un niño que casualmente iba a la misma escuela primaria que yo.

Le conté a mi mamá acerca de él y ella me dijo: “¿Por qué no te sientas a su lado?”. A partir de ese momento, nos convertimos en mejores amigos y todavía hoy somos muy buenos amigos. Desde la escuela primaria hasta la universidad, permanecemos juntos atendiendo las mismas instituciones. Ciertos años incluso nos vimos todos los días de la semana.

Tener un amigo así realmente me ayudó durante mi infancia porque mis padres peleaban constantemente en casa. Ellos se gritaban, se tiraban cosas y

a veces se golpeaban. Yo estaba en tercer grado cuando mis padres se divorciaron. Elegí vivir con mi mamá y visitar a mi papá fin de semana de por medio.

Fue muy difícil crecer en estas circunstancias. Nunca sentí que mi vida era completa ni encontré sentido de pertenencia. Pasé por una variedad de emociones: rabia, soledad, falta de rumbo, depresión, ira, miedo e incluso violencia. Esta montaña rusa emocional me hizo hacer cosas que ahora lamento mucho.

HALLÉ A DIOS EN LA UNIVERSIDAD

Durante mi último año en la escuela secundaria, limité mi selección de universidades a UCLA (Universidad de California en Los Ángeles) y UCSD (Universidad de California en San Diego).

Fue difícil para mí decidir a qué universidad ir. Cada universidad tenía sus ventajas y desventajas. Al final, tomé la decisión con una moneda. Si daba cara, iría a la UCLA; si daba ceca, iría a la UCSD. Decidí lanzar la moneda una sola vez y cualquiera fuera el lado de la moneda que cayera para arriba, iría a esa universidad. Al final, dio cara.

En mi primer día de clases en la UCLA, descubrí que estaba en la misma clase de matemáticas que mi amigo de primer grado. En esa clase, él me presentó a otro compañero que era miembro de La Verdadera Iglesia de Jesús. Me senté con él todas las clases de matemáticas ese trimestre y nos hicimos amigos. Después de ese trimestre, sin embargo, no tuve ninguna otra clase más con él y no me encontré con él con frecuencia hasta casi terminar mi segundo año en la universidad.

Durante los dos primeros años de la universidad, me quedé en el dormitorio universitario. Para el tercer año, estaba planeando quedarme con mi tío, que acababa de comprar una casa cerca de la universidad. Sin embargo, una semana antes de que terminara el trimestre, mi tío se casó de repente y me botaron antes de que tuviera la oportunidad de mudarme a su casa.

Durante la última semana de clases en junio, mientras caminaba de regreso a mi cuarto para seguir estudiando para mi último examen final, vi a mi amigo de la clase de matemáticas, quien estaba mudando sus cosas de su dormitorio para irse a casa. Nos saludamos y terminamos hablando sobre la situación de vivienda del próximo año. Él me dijo que había una posibilidad de que necesitara un compañero de cuarto, pero que no estaba seguro todavía. Yo le dije que podría ser que iría a necesitar un lugar para quedarme, pero que tampoco estaba seguro todavía. Así que le di mi número y nos despedimos.

No fue hasta finales de agosto que recibí una inesperada llamada suya. Llamó para decirme que tenía planeado quedarse con esta otra persona, que también era un miembro de La Verdadera Iglesia de Jesús. Necesitaban un compañero de cuarto más y me preguntó si aún estaba interesado. En ese momento, yo estaba en el proceso de buscar un compañero de cuarto, pero todavía no había encontrado a la persona adecuada, así que acepté rápidamente.

Durante ese año escolar, en 1999, los estudiantes que pertenecían a La Verdadera Iglesia de Jesús y que iban a la UCLA se reunían en nuestro departamento todas las semanas, así que era difícil para mí evitar el tema de la iglesia y de Dios. Empecé a aprender sobre el Señor Jesucristo, la salvación y la vida eterna. ¿Qué papel desempeña Jesús en la salvación? ¿Qué debo hacer para ser salvo? ¿Por qué todo el mundo ora de forma tan graciosa?

Todas las semanas aprendía algo más acerca de Dios, y a través de la ayuda y el cuidado de los hermanos y hermanas que estaban en la UCLA, pasé de dudar de Dios a orar fervientemente por el Espíritu Santo. Sabía que el Espíritu Santo era necesario para entrar al reino de los cielos y quería experimentar a Dios de la manera en que todos los hermanos y hermanas de la UCLA lo habían experimentado.

FINALMENTE ENCONTRÉ MI HOGAR

Por la gracia de Dios, fui bautizado el 12 de marzo de 2000. Hechos 2:38 dice:

“Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”.

Juan 3:5 añade:

“El que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios”.

Había decidido bautizarme primero y preocuparme por el Espíritu Santo después. Al menos así podía tener la mitad de los requisitos para salvarme, lo cual era mejor que no tener ninguno. Pero gracias a Dios, el día en que recibí el bautismo de agua fue también el día en que recibí el Espíritu Santo, tal como está escrito en Hechos 2:38.

Ese mismo día también participé de mi primera santa comunión. Estaba muy emocionado todo el servicio. El pastor se aseguró de no dejar de lado ningún detalle de cómo el Señor Jesús fue entregado y el dolor que tuvo que soportar. Traté de contener las lágrimas lo más que pude, pero luego me di por vencido; fue demasiado difícil.

Me pregunté a mí mismo: “¿Jesús pasó por tanto dolor sólo por mí? ¿Yo le causé a Jesús tanto dolor y sufrimiento? ¿Quién soy yo para que Él fuera torturado, deshonrado y crucificado por mí?”.

Cuando nos arrodillamos para orar, vi una visión. Vi la imagen de dos hombres. Uno de ellos estaba golpeando y apaleando al otro. El primer hombre golpeó y pateó al segundo hasta dejarlo en el suelo, pero éste nunca se defendió. Cada vez que caía al suelo, se levantaba de nuevo sólo para ser golpeado otra vez.

Al mirar de cerca los ojos del hombre que golpeaba, vi una rabia y un dolor familiares. Entonces, me di cuenta de que esa persona era yo, y luego me di cuenta de que la otra persona era nuestro Señor Jesucristo.

¿Era yo el que golpeaba a Jesús? ¿Era yo igual a los soldados romanos que azotaban, golpeaban y se burlaban de Jesús? Seguí viendo cómo el otro hombre era derribado una y otra vez, y cada vez que caía al suelo, se levantaba sólo para ser derribado de nuevo. Lo miré a los ojos y vi su dolor y sufrimiento.

También vi su amor.

“¡Deja de golpearlo!”, grité. Luego, me volví al Señor Jesús: “¿Por qué no te quedas en el suelo? ¡Deja de levantarte, no vale la pena!”.

Pero seguía viéndome a mí golpeándolo repetidamente. Seguí suplicando y suplicando hasta que caí de rodillas, cerré los ojos y lloré amargamente.

Yo era el que le había hecho daño, el que lo hirió cada vez que lo empujé fuera de mi vida, cada vez que le desobedecí y cada vez que estuve enojado o con miedo. Todo esto eran los golpes que me había desquitado sobre Él.

Cuando estaba llorando en la oración, sentí que dos brazos me envolvieron con la calidez con la que un padre abraza a su hijo. Era como si por fin hubiera encontrado mi hogar. Luego, sentí que mi lengua comenzó a moverse. Cual represa de agua abierta repentinamente, sentí el amor y el poder del Espíritu Santo fluir hacia cada rincón de mi cuerpo.

Mirando mi vida en retrospectiva, de no haber tomado las decisiones que tomé, no habría sido traído a la presencia de Dios. Si no hubiera conocido a mi amigo de primer grado, nunca habría conocido a mi compañero de cuarto en la universidad; o si la moneda hubiera dado ceca, o si mi tío nunca se hubiera casado, etc...

También pienso en todo lo que me ha causado dolor y tristeza en mi vida. Si nada de esto hubiera pasado, no sería la persona que soy ahora y tal vez no habría tenido la necesidad de conocer a Dios o desear el Espíritu Santo. Viví una buena parte de mi vida sin una figura paterna, pero ahora puedo valorar y apreciar el hecho de tener un Padre celestial.

Así fue cómo toqué el borde del manto de Jesús.

CONSTRUYENDO LA CASA DE DIOS

Cuando era pequeño, mi madre me enseñó a ahorrar. De ella aprendí a vivir con frugalidad. Cuando estaba en la universidad, mi mamá pagó mis aranceles pero yo tuve dos o tres trabajos para pagar lo demás.

Luego de graduarme y un año después de haberme bautizado, seguí trabajando en uno de los trabajos que tenía en la universidad. No ganaba mucho dinero, pero estaba feliz y satisfecho. Ese trabajo nunca entró en conflicto con los servicios del sábado, los estudios bíblicos o las comuniones. Disfrutaba de los proyectos que hacía y de las personas con quienes trabajaba; además, no había demasiada presión laboral y tenía buenos beneficios.

Durante este tiempo, la casa de oración de Canoga Park se estaba disponiendo a comprar una capilla, pero aún nos faltaban USD \$316.000. Cada vez que oraba, tenía un ardiente deseo de hacer más por Dios y contribuir a la compra de la capilla. Decidí ofrendar setenta y cinco por ciento de mis veintidós años de ahorros para el fondo de la capilla.

Al mismo tiempo, también estaba buscando un nuevo trabajo a medias. Había enviado mi currículum a varios sitios de búsqueda laboral al azar y me sorprendí mucho cuando un día, una compañía me llamó para que acudiera a una entrevista. Gracias a Dios, obtuve el trabajo. Lo milagroso fue que el nuevo trabajo me ofreció un aumento del cuarenta por ciento. Esto sucedió en un tiempo oportuno, permitiéndome ofrendar más dinero al fondo de la capilla.

En mi primer día de trabajo, me enteré de que la compañía estaba atravesando procedimientos de bancarrota y reorganización. A pesar de que la compañía no andaba bien, fue capaz de mantenerse a flote con los negocios.

Gracias a Dios, durante los dos años que trabajé en esa compañía, Dios no permitió que quebrara. Además, Él me dio la oportunidad de ofrendar y contribuir a la construcción de su casa.

NO ME DES POBREZA NI RIQUEZAS

Por la gracia de Dios, la iglesia de Canoga Park fue dedicada el 18 de mayo de 2003.

Dos semanas antes de la dedicación, me enteré de que mi compañía finalmente se quedó sin fondos y estaba en bancarrota, lo que significaba que me había quedado sin trabajo. Alrededor de ese tiempo, otro hermano de Canoga Park también fue despedido. En lugar de estar angustiados, Dios nos inspiró a los dos para que ayudáramos con los preparativos de la dedicación, por lo que

no me sentí deprimido por la pérdida de trabajo ni me preocupé por conseguir empleo.

Después de la dedicación, pasé las siguientes dos semanas buscando trabajo. Gracias a Dios, empecé a trabajar a la tercera semana. La compañía que me ofreció el puesto también me ofreció un aumento del cincuenta por ciento por sobre el salario de mi trabajo anterior. Vacilé aceptar el trabajo porque estaba consciente de la tentación que viene con la riqueza y el estatus social.

El dinero puede convertirse fácilmente en un ídolo en nuestros corazones y hacer que nos alejemos de nuestro Señor Jesucristo, por lo que siempre me alentaba a mí mismo con un pasaje de Proverbios:

*“Dos cosas te he pedido,
no me las niegues antes que muera:
Vanidad y mentira aparta de mí,
y no me des pobreza ni riquezas,
sino susténtame con el pan necesario,
no sea que, una vez saciado, te niegue y diga: «¿Quién es Jehová?»,
o que, siendo pobre, robe
y blasfeme contra el nombre de mi Dios”
(Proverbios 30:7-9).*

Le pedí a la empresa que me pagaran un poco menos. Al principio, ellos no entendieron lo que les estaba pidiendo ni por qué alguien pediría algo semejante. Al final, insistieron en su oferta original, así que acepté el trabajo.

Mientras trabajé para esa compañía, Dios me guió y me protegió constantemente, y fui capaz de asistir a los cultos y las comuniones de la iglesia. Luego de trabajar allí por un año, un cierto día pensé en verificar el estado de mi cuenta bancaria.

Nunca le presto mucha atención a mis cuentas de ahorro; de hecho, probablemente las reviso una vez al año. Pero cuando revisé mi cuenta bancaria ese día, me di cuenta de que en estos tres años de trabajo, mis ahorros habían superado la cantidad que había ahorrado los veintidós años anteriores. Dios había saldado todo el dinero que yo había ofrendado.

Agradezco a Dios que luego de este trabajo Dios me ayudó a encontrar otro trabajo diferente. Aunque el salario es más bajo, el trabajo es más estable y me permite acercarme más a la iglesia.

BUSCAD PRIMERAMENTE EL REINO DE DIOS

Siento que mi experiencia fue como la de Abraham. Él estaba dispuesto a ofrecerle su hijo Isaac, su más preciada posesión, a Dios en el monte del Señor.

Al final, Dios no sólo le devolvió Isaac a Abraham, sino que también le añadió muchas bendiciones, tantas que es imposible contarlas.

Abraham fue capaz de ofrecerle lo mejor a Dios porque llevó una vida teocéntrica. Sus decisiones y acciones giraban en torno a Dios.

Si comparo mi vida cuando empecé a asistir a las reuniones de jóvenes de la UCLA con mi vida ahora, la mayor diferencia que encuentro es que en el pasado solía anclar mi vida en el mundo. Cuando me acababan de presentar a Dios, asistía a la reunión de jóvenes o a los servicios sólo cuando tenía tiempo, cuando no tenía clases o cuando no tenía que estudiar.

Sin embargo, cuando empecé a participar más de las reuniones de jóvenes y de los servicios de la iglesia, mi vida comenzó a encaminarse menos hacia el mundo y más hacia Dios. En lugar de saltar la comunión de jóvenes para ir a clase, empecé a arreglar el horario de mis clases en torno a la comunión.

Cuando estaba buscando un nuevo trabajo luego de haber sido despedido, insistí en buscar un trabajo que me permitiera asistir a todos los servicios sabáticos del viernes a la noche y los sábados. Quise dedicar estos dos períodos de tiempo para concentrarme en adorar a Dios y ayudar con el trabajo de la iglesia.

En este esfuerzo de llevar una vida cada vez más teocéntrica, Dios siempre me animó con Mateo 6:33:

“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”.

En estos últimos años, Dios me ha dado muy poco de qué preocuparme en la vida. A menudo, me veo a mí mismo preocupándome más por los asuntos de la iglesia que por los míos. Ciertamente, cuando le ofrecemos lo mejor a Dios en su montaña, Dios proveerá y nos dará bendiciones sobre bendiciones.

Le doy gracias a Dios por la oportunidad de ser su utensilio. Que toda la gloria y el honor sean al nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Aleluya, Amén. 🗨️



 La Verdadera Iglesia de Jesús

ISBN 978-1-930264-19-9



9 781930 264199 >